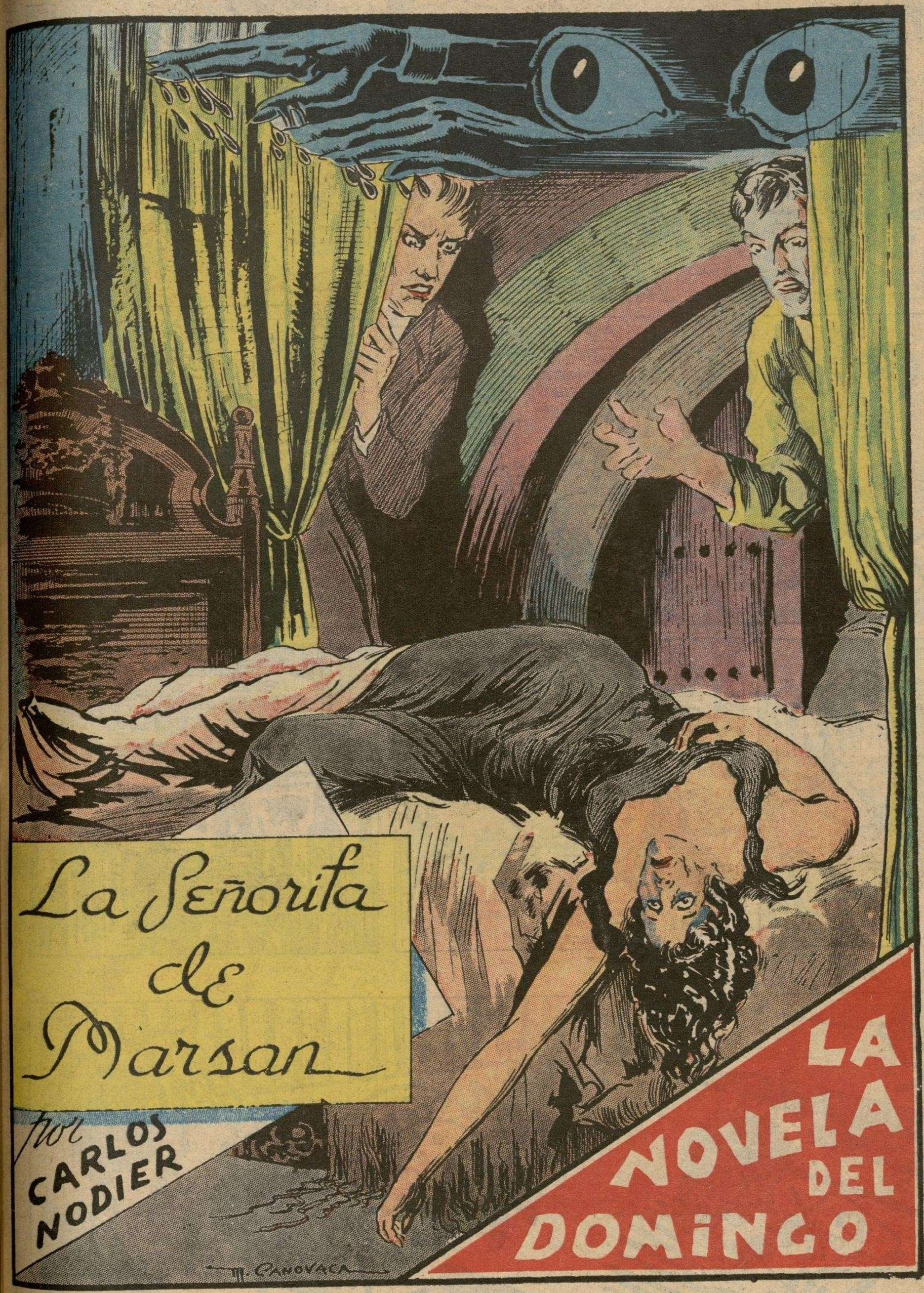
DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 7 DE AGOSTO, DE 1938

Suplemento Dominical

ESPAÑOL BIBLIOTECA NACIONAL



En Este Número:

★

LAS CORISTAS DEL CINE SUBEN DE CUADRO

★

LA RAZON DE LAS OBRERAS

★

PELIGRO
Un Tio Cuarentón

★

YO, PECADOR
por Edward Everett Horton

★

FALTAN COMEDIAS
por Harold Lloyd

★

Trucutú • Rod Rian
Myra la Intrépida
y Otras Historietas

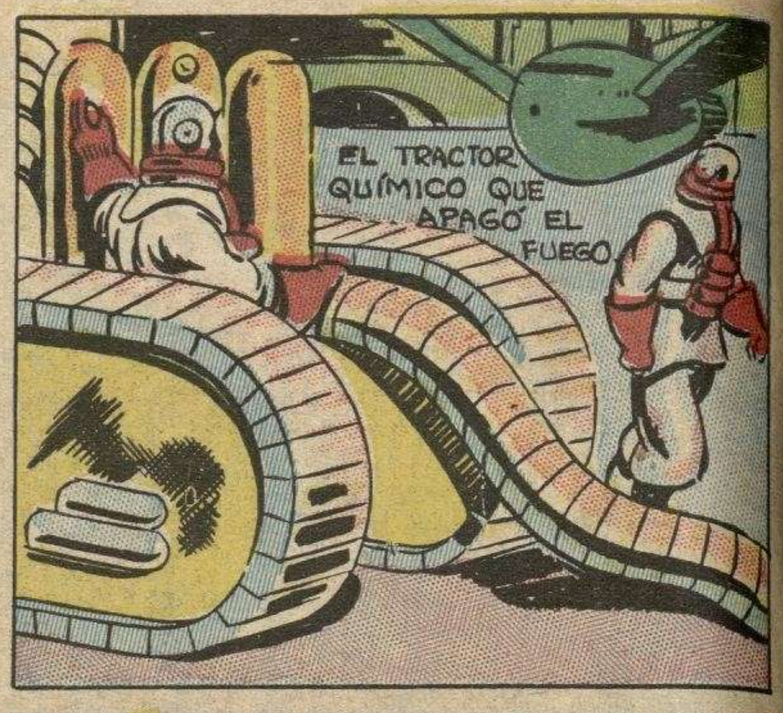
★

M.E.C.D. 2016

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

por PAUL H JEPSON



NUESTRA ALDEA

M.E.C.D. 2016

La señorita de Maysan

por Carlos Nodier

Continuación

—¡Casi nada, amigo, casi nada, te lo juro! ¡Quince o veinte pies a lo más y seremos libres! ¡Y ya no tenemos otro medio de salir de la :Torre Maladetta», porque la vuelta es imposible! ¡Mira el cielo, mira el alba naciente! ¡Desde aquí ni se oye el rumor del Tagliamento, y éste es el lado de Saint-Veit!

Yo le decía todo esto ya al pie de la pared. El cayó a mi lado y corrió hacia la luz.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. ¡Perdidos, perdidos para siempre! ¡Esto no es una salida, si no es la salida de la vida a la muerte! ¡Es el balcón de la plataforma destruída, el balcón en que aparecen Lucrecia y Beatriz, y al que según nos ha dicho Barbarina esta mañana o ayer, ningún ser vivo puede llegar si no tiene alas!... ¡Y en verdad se necesitan alas para subir o bajar de esta torre! ¡Estamos perdidos, Máximo!

Me adelanté y me asomé al balcón. Su altura era inmensa, porque dominaba a pico el lado más profundo de la costa. Para colmo de males, el Tagliamento no se había detenido y seguía creciendo, creciendo. Me senté en las losas y apoyé mi cabeza entre mis manos.

Después de un momento de reflexión me serené, pues si cedo fácilmente al desaliento no tardo tampoco en encontrar buenas razones que me devuelven mi confianza en mi destino. Solbioski no había salido de su abatimiento.

—Nuestra situación es molesta —le dije—y hasta peligrosa si quieres; pero le falta mucho para ser desesperada.

—Y ¿quién podrá sacarnos de ella, desgraciados de nosotros? ¿Tienes alas acaso?

—Cálmate y no me niegues un momento de atención. Nuestra casi fantástica desaparición de la sala en que estábamos acostados hará que los terrores de Bartolotti lleguen a su último grado; pero la imaginación de este hombre no es de las que conceden un gran imperio a la maravilloso. He observado que era más positiva la naturaleza de sus temores, y estoy seguro que a nuestra ausencia le atribuirá una causa natural. Sinceramente creo como tú que no hará nada, pero hablará. No tardarán en abrirse las puertas del castillo, pues el día está próximo, y si alguien sale de él será en busca nuestra «Puck» me siguió ayer todo lo que pudo, el pobre animalito, hasta la base del torreón. El indicará el camino que hemos seguido que reconocerán además por el reciente desmoronamiento, pues algunas de esas piedras negras y musgosas que han rodado bajo nuestros pies presentarán a la luz algunas de sus caras que jamás la habían visto. Es probable que el doctor Fabricius haya llegado ya. Tiene gran interés en reunirse a nosotros, y los progresos del río, que aumenta a simple vista, le habrán decidido seguramente a salir temprano de Saint-Veit, antes de encontrarse separado de nosotros para varios días. Tú conoces su actividad, su decisión y su valor. Por otra parte, el buen Federico, a quien tú has colocado en observación en la parte baja que las aguas comienzan a invadir, no esperará a venir con nosotros a que le rodeen por completo. Lo habrá calculado con su buen sentido, y no ha de seguir de centinela en un sitio que es innecesario vigilar cuando la «Torre Maladetta» va a quedar encerrada por la inundación. Puede llegar a la cima del torreón tan fácilmente como nosotros. Están tan visiblemente marcados los escalones que yo los he podido encontrar de noche. El hallazgo de nuestra palanca, de nuestro saco y nuestras herramientas al lado de una trampa movible acabará de dirigirle. El solo puede sacarnos de aquí con que traiga dos o tres brazas de cuerda, que sin gran trabajo puede encontrar en el castillo y podremos ver llegar al mediodía, desde la sala, este sol que ahora comienza a levantarse, pues nuestro trayecto ha sido más largo de lo que yo esperaba. Tranquilízate, pues, amigo mío, y no temas que la Providencia nos abandone.

—¡Así, que tú cuentas —replicó Solbioski moviendo la cabeza— con la llegada del doctor Fabricius, porque el Tagliamento no se ha desbordado aún, y con la llegada de Federico, porque el Tagliamento se ha desbordado ya!

Comprendí el alcance de esta objeción.

—Yo cuento, José, con el uno o con el otro. Además —añadí cogiendo bruscamente mi linterna—, nada nos dice hasta ahora que este resto de explanada no comunique con algo. No es probable que las damas bajaran desde lo alto de la torre a éste maravilloso balcón que el arte de un arquitecto medieval abrió para alegría de los ojos enfrente de una de las más bellas páginas de la naturaleza pintoresca. Yo garantizo que con un poco de atención... ¡Si antes lo digo! ¡Hay aquí un hueco tan estrecho como una tronera, pero está abierto y practicable.

Permitía, en efecto, el paso de un hombre de costado; pero era tan estrecho, para su largura, que mi corazón palpitó violentamente a la idea de que el menor temblor en las ruinas podía cerrarnos para siempre la entrada de este agujero mientras buscábamos la salida.

Habíamos recorrido ya más de cincuenta pasos cuando de pronto el pavimento de losas tan anchas como el camino, tomaba una pendiente rápida y resbaladiza, sobre la que me sostuve trabajosamente. Llevaba la linterna en mi brazo derecho, extendido, y contemplaba con inquieta y oblicua mirada el corto espacio que iluminaba a mi lado. Bruscamente me detuve en una abertura cilíndrica en que se terminaba esta vía misteriosa, con sus laterales paredes que acababan en un ángulo impenetrable. Era una hélice igual a la que habíamos recorrido, pero que sólo admitía el cuerpo de un hombre. No había que vacilar, y puse en ella uno de mis pies con precaución; se posó sobre un escalón sólido y nos hundimos en este abismo, con miedo de encontrar un obstáculo, pues nos hubiera sido muy difícil dar la vuelta.

Llegamos al fin a una vasta sala construída con cierta regularidad, cuyas paredes nos apresuramos a tocar. Estaban apoyadas en la roca viva. Nos encontrábamos sin duda alguna en los subterráneos del castillo y, según nuestras conjeturas, a pocas toesas de la parte habitable.

Esta pieza, de aspecto imponente y sombrío, no ofrecía, por otro lado, de notable más que un pozo abierto en su centro, y que debía haber costado increíbles trabajos para prolongarlo hasta el nivel de las aguas de la llanura. Un pozal vacío, pero húmedo aún, se apoyaba en su borde y la cuerda que lo sujetaba a la polea no estaba completamente seca por el lugar en que se ataba a su asa de hierro.

—¿Qué más pruebas hacen falta —le dije a Solboiski—para comprender que este lugar está habitado?

—Yo lo suponía desde que salimos—respondió tristemente—; pero no sin inquietud espero la aparición de estos habitantes.

Mientras que decíamos esto yo había separado una vieja mampara de paño negro que estaba colgada de la pared por media de una varilla sujeta por escarpias. Daba paso a una sala más amplia que la otra.

Allí todo anunciaba, en efecto, la vivienda de una familia... o el nido de una banda que la descuidaba hacía mucho tiempo. Junto a las cuatro paredes había unos sillones enormes a la antigua moda; una chimenea muy disforme cuyo tubo parecía salir por el lado del Tagliamento, en la base de las murallas, estaba adornada con un espejo de Venecia, cuyo reflejo me asustó. ¡Tan temible es el aspecto del hombre para el hombre aislado que carece del apoyo de las instituciones y de la sociedad! Un hallazgo más tranquilizador fué el que hice de dos dobles girándulas de bronce puestas en los dos montantes, que estaban aún cargadas de bujías intactas, pero ennegrecidas por el tiempo y la humedad. Este artefacto, tan extraordinario en aquel lugar, me llenó de una alegría infantil, que se aumentó mucho cuando miré la linterna sorda.

Esta no tenía más que unos momentos de vida, y las demás emociones nos habían hecho olvidar el más serio de nuestros peligros. Nuestras antorchas y pe-

M.E.C.D. 2016

dernales se habían quedado en el saco olvidado. La mecha, inclinada sobre una capa de cera que se había amasado alrededor de la arandela, no lanzaba más que unas chispitas blancas y azules que danzaban como si fueran a escaparse y volvían a la mecha por puro juego. Cogí dos bujías, y ¡con qué cuidado no abriría la puertecilla de cristal abombado que velaba nuestro tesoro para que la agitación del aire no acabase de arrebatárnoslo! ¡Con qué temblorosa ansiedad no acerqué una de ellas a este débil resto de llama próximo a desvanecerse! ¡Con qué voluptuosidad la vi encenderse con un gran resplandor y comunicarse de bujía en bujía! Porque yo las encendí todas para convencerme de que al menos la luz no nos faltaría. Todo brillaba y resplandecía a mi alrededor; pero los rincones lejanos de la sala, a los que la luz llegaba menos y menos hasta quedar por completo en las tinieblas, parecían más obscuros y terribles. Yo los miraba con terror cuando un grito desgarrador se oyó detrás de mí. Me volví, y Solbioski aferró sus manos temblorosas a mi cuello y ocultó su rostro en mi pecho.

—¡Ahí, ahí! —me dijo señalando con el dedo vuelto hacia su espalda la parte de sala opuesta a nosotros—. ¡Ahí está!

—Pero ¿qué es eso, amigo mío?... No me has dicho todavía qué es lo que crees haber visto.

—¡Un cadáver, un cadáver! ¡El cuerpo de una mujer asesinada!

Tomé una de las luces. Era, en efecto, el cadáver de una mujer vestida de negro, echada sobre una cama baja y con los brazos caídos sobre la piedra. Los levanté y la coloqué en su sangriento lecho, sin notar en ella más heridas que la de sus puños mutilados, que parecían mordidos por los dientes de una fiera. Expresé en voz alta esta suposición.

—Mira, Máximo, mira —prosiguió Solbioski, desplegando una de las blancas cortinas que caían sobre ella y enseñándome la huella de cinco dedos tintos en sangre—; ¡las fieras de la «Torre Maladetta» tienen manos!

—José —le dije con tanta calma como me permitía tener esta escena de horror, y perdonadme si me veo obligado a prolongar estas angustias—, José, no es ésta la infortunada criaturas cuyos gritos hemos oído ayer por la noche. Eso no hace mucho más de doce horas, y el aspecto de este cadáver anuncia que hace lo menos tres días que la vida lo abandonó. Además, eran dos las mujeres vestidas de negro que se veían en la plataforma y aquí no hay más que una. Todo da a entender que tenemos una vida que salvar.

—Pero ¿en qué sitio piensas encontrarla, si ya lo hemos recorrido todo?

—Todo hasta aquí. Ella debe estar detrás de esa otra mampara que hay al lado de la chimenea. La he visto al iluminar la sala.

Nos armamos de nuestras pistolas, separamos la mampara y entramos en la tercera sala.

La decoración de ésta la diferenciaba de las anteriores. Las rocas que hacían de cimientos y las paredes estaban revestidas cuidadosamente de un estuco fresco y brillante, que no debía ser anterior a los años juveniles de Mario. De trecho en trecho, trozos de telas aterciopeladas o de papeles pintados rompían, al estilo de Venecia, la monotonía del fondo. Cinco o seis cuadritos de pintores ilustres colocados entre los candelabros de bronce, bellamente cincelados, hacían resaltar más la tristeza de esta estancia, pensando que habían pretendido hacerla agradable. Algunos instrumentos de música de uso femenino y un mobiliario completo de tocador cargado de libros de imaginación y poesía, diseminados entre cintas, encajes y perfumes, indicaban bien a las claras su objeto. En la alcoba había una elegante cama sin arreglar y con las huellas de haber sido ocupada recientemente.

La chimenea era ancha y alta, a la antigua usanza, pero trabajada con mucho arte y muy ricamente adornada. El péndulo del reloj y la aguja del cuadrante estaban inmóviles. Desde hacía ya algunos días se habían olvidado en aquella mansión de dolor de medir el tiempo. Los cuatro candelabros que adornaban los dos extremos de la mesita estaban apagados. En una mitad las bujías estaban gastadas; en la otra no se habían encendido. Esta precaución me recordó la ecesidad de guardar las que no quedaban en este subterráneo en que ningún rayo de sol podría nunca penetrar y en el que la noche absoluta debía ser horrible. Encendí dos de las bujías de los candelabros, conservé una en mi mano y me apresuré a apagar todas las que yo había imprudentemente encendido al atravesar la habitación de la muerta. Y en seguida volví a tomar parte en las inquietas exploraciones de Solbioski, cuyos fúnebres presentimientos no los podrían dispersar las más tranquilizadoras circunstancias. Se había hundido calladamente en un sillón al lado del hogar. Los restos de algunos tizones quizá enfriados hacia mucho tiempo habían ennegrecido las cenizas.

—No hay nada más —me dijo—. Sólo queda un gabinete alto al que se llega por esos escalones y que he revisado de una ojeada. Ahí, probablemente, es donde esta desgraciada prisionera roía sus provisiones; pero están tan completamente agotadas, que no queda la menor señal que nos pueda indicar dónde guardaba el pan. Unicamente la leñera está provista.

—¡La leñera! —respondí corriendo hacia la escalera—. Pues bien, ¡tendremos fuego, fuego! De tal manera han agotado mis sentidos el frío, la fatiga y el sueño, que sin un momento de reposo no podría recobrar mi serenidad y mi presencia de espíritu. ¡Tendremos fuego, José, un fuego espléndido, y soñaremos en algún medio de salvación, porque la noche siempre ha sido para mí muy buenas consejera!

Yo había pasado ya a sus manos no sé cuántos troncos de un pino resinoso que no deseaba más que crepitar ,cuando al levantar uno más golpeé sin querer con un extremo el techo de este desván y se produjo un sonido metálico cuya extraordinaria vibración me sorprendió. Solbioski y yo nos miramos como para consultarnos mutuamente.

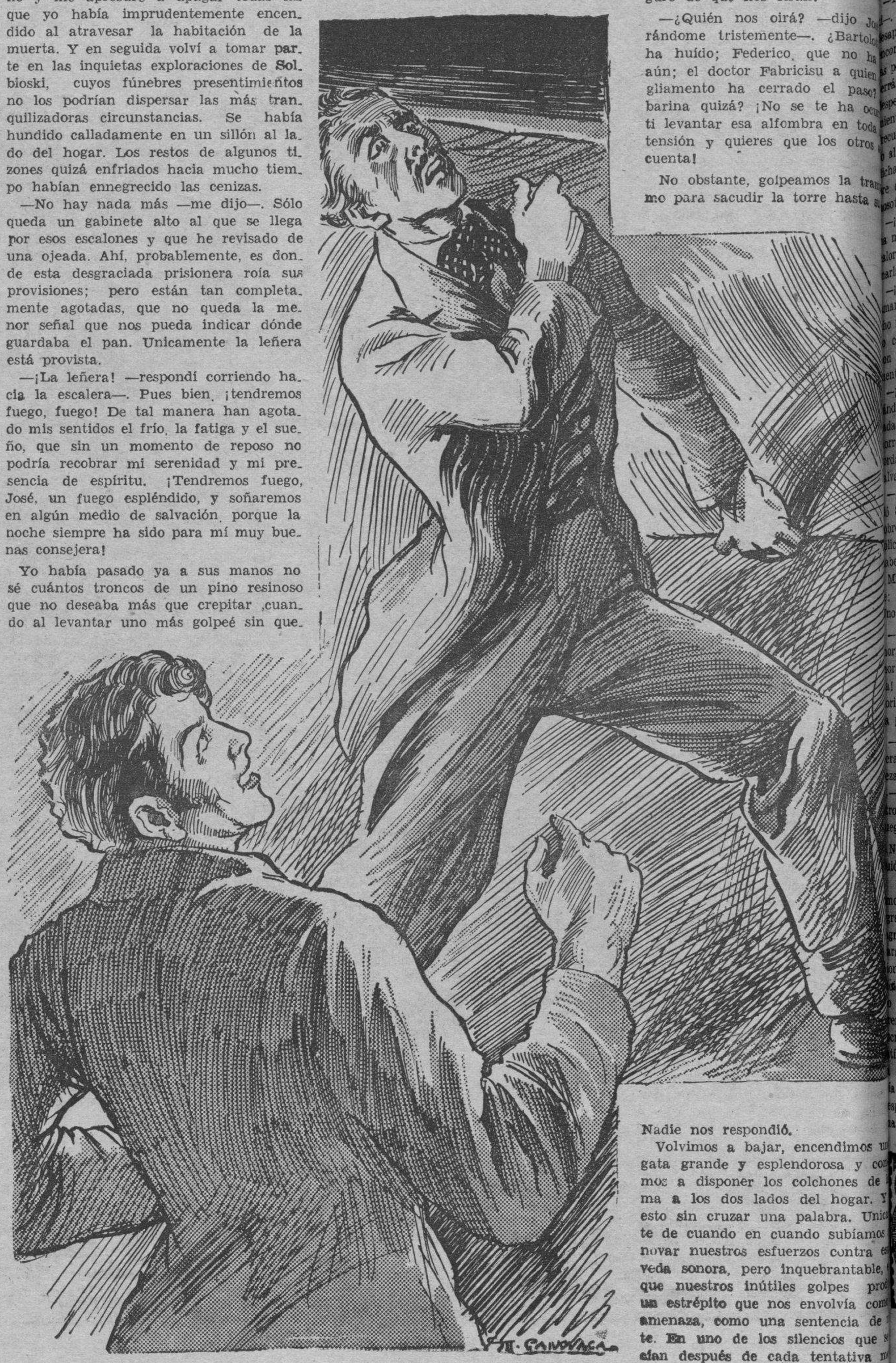
—Sí, sí —me dijo, respondiendo a mi pensamiento—, no te equivocas. Hemos oído ya este ruido: es el que ayer se repitió varias veces bajo el salón del castillo.

Trepé sobre la pila de leña y golpeé con mi martillo en el mismo sitio. El ruido se repitió más intensamente y lo reconocimos mejor.

—!Esto es evidente! —exclamé—. Mira: no se han tomado ni la molestia de ocultar a las miradas el emplazamiento de esta trampa, y por ella es por donde esta desgraciada mujer ha bajado, pues seguramente en el la torre no hay otra salida. Ad edad que tenía, según he podido por la mirada temerosa que le gido, no le hubiera permitido es murallas; y si no supiésemos misma Barbarina que desde ha te años nadie ha subido a la t nos hubiera dejado ninguna duda pecto en que encontré las ruin esta trampa no es movible com lla a quien debemos el funesto miento de estos misterios. Esta jeta por fuera bajo esa alfom cubre un revestimiento de puzol el cual se ha conseguido disimul bilmente. Hay que maniobrar so punto, porque por aquí es por nos ha de venir la libertad. !Y guro de que nos oirán!

—¿Quién nos oirá? —dijo Jo rándome tristemente—. ¿Bartol ha huído; Federico, que no ha aún; el doctor Fabricisu a quien gliamento ha cerrado el paso? barina quizá? ¡No se te ha oc ti levantar esa alfombra en toda tensión y quieres que los otros cuenta!

No obstante, golpeamos la tra mo para sacudir la torre hasta s



Nadie nos respondió.

Volvimos a bajar, encendimos u gata grande y esplendorosa y co mos a disponer los colchones de ma a los dos lados del hogar. Y esto sin cruzar una palabra. Unic te de cuando en cuando subíamos novar nuestros esfuerzos contra e veda sonora, pero inquebrantable, que nuestros inútiles golpes pro un estrépito que nos envolvía com amenaza, como una sentencia de te. En uno de los silencios que s cían después de cada tentativa m reció oír un rumor de queja o u

M.E.C.D. 2016

agonía. Me incliné, porque salía de pies, y vi un bulto que parecía un ndo cadáver. Lo toqué temblando: una mujer echada de bruces en el emo de la leñera con un tronco en mano. La levanté, la cogí en mis os y la deposité sobre una de las as que habíamos preparado. Separé largos cabellos que cubrían su ros para cerciorarme de si vivía aún ojos estaban cerrados, y era tan rible como la misma muerte ver el lo de vida que quedaba en sus labios vulsos... Y cuando Solbioski nos rcó una luz creí que la mía iba a es arse: mis sentidos se turbaron, des ecieron mis piernas y se ahogaba mi azón. Esta mujer agonizante o muer ¡era Diana!

—¡Diana! ¡Diana! —exclamé cayendo rodillas a su lado y llevando a mis ios su mano helada.

—Todo se explica ahora —dijo Solbios. Mario, justamente acusado de la aparición de la señorita Marsán, no contró otro medio de substraerla a pesquisas que esconderla en este subráneo con su doncella. Y para no spertar sospechas con aprovisiona entos exagerados, él lo suplía con sus cuentes viajes a Codroipo. Ha muer al volver de uno de ellos, y esas des hadas mujeres han perecido de ham e en esta prisión... ¡como moriremos sotros!

—¡Muerta!—repliqué—. ¡No, Diana no muerto! ¡Vive aún! ¡No morirá! ¡El lor de este hogar comienza a reani aría!

—¡Entonces mucho peor! —respondió nargamente Solbioski—. ¡Dios mío, mu o mejor sería que hubiese muerto! Só conseguiremos prolongar su agonía n socorros inútiles. ¿Con qué la ali entarás?

—¡Maldición de Dios! —grité levan ndome y recorriendo la sala precipi damente en un acceso de rabia y de rror—. ¿Es que la Providencia es tan rda como la nada? ¿No ha de haber lvación para Diana?

—¡Ni salvación para nosotros! —repi ó Solbioski, cuya lúgubre voz retumbó bre la mía como el responso melan lico del trapense: «¡Hermano, morir abemos!»

Mis manos se crisparon sobre mi tra llevaba puesta mi levita de viaje. no de los bolsillos extraños a mi mano.

—¡Ah! —exclamé enloquecido—. ¡No orirá!... ¡Ya he dicho que no podía orir. ¡Gracias te sean dadas, Honori a! ¡Qué el cielo te proteja, pobre Ho orina! ¡Dios mío, perdonadme!... ¡Rue a por nosotros, Santa Honorina!

—¿Qué dices, amigo mío? ¡La deses eración ha turbado tu razón! ¡Tú ca eza desvaría! ¡Cálmate, cálmate!...

—¡Santa Honorina, ruega por nos tros! ¡Diana no morirá! Tenemos agua, uego, vasos y... macarrones!

No hay necesidad de contar lo que si uió a esto. Nuestro asombro religioso agradecido; nuestros arrebatos de mor hacia la Providencia, un instante ravida, y que nos enviaba este mi groso auxilio; nuestro apresuramiento ra socorrer a Diana; nuestras precau ones para volverla a la vida con tran siones hábilmente llevadas para que o fuesen peligrosas, todo esto se com rende mucho mejor de lo que pudiera scribirse. Al cabo de una hora su pulso tía lentamente, pero con regularidad; sangre, reanimada en sus venas, su la hasta sus pálidos labios; su boca spiraba, su corazón palpitaba bajo mi ano y sus ojos se abrían. Ella los pa seó vagamente por todo el recinto, los detuvo un momento sobre mí, sin de mostrar sorpresa y los volvió a cerrar suspirando.

Yo adiviné demasiado lo que ella había buscado y me dió miedo adivinar lo que había comprendido.

Nuestros cuidados se continuaron hasta que nos tranquilizamos sobre su vida, y olvidamos las pocas esperanzas que nos quedaban de conservar este soplo fugitivo que acabábamos de reanimar. ¡Se deja el alma del hombre arrastrar en las más extremas circunstancias por tan falaces alegrías! ¡Y le da fuerzas para vivir la misma necesidad de creer en un mañana, de aferrarse a una ilusión!

Después de su resurrección, Diana pareció incapaz de articular una sola palabra. Su mirada, fija y sombría, que se había separado de las tinieblas de la muerte, sin perder su expresión, no reflejó ni un pensamiento, ni una emoción interior. Sólo una vez estrechó mi mano, rechazando los alimentos, de los que ya no sentía gana; cerró sus ojos de nuevo plácidamente y se quedó dormida.

Después de haber arreglado el fuego y renovado las bujías, nosotros cedimos también al sueño: duró mucho tiempo.

Yo me desperté el primero, y oportunamente, porque iba todo a apagarse. Diana reposaba en una calma profunda y dulce, al parecer. Me acerqué a ella cuanto era preciso para oír su respiración y sentir la tibieza de su aliento. Luego coloqué a su alcance los macarones que quedaban, y provisto de mi linterna comencé a subir calladamente por la escalera del balcón. Yo no podía suponer que no hubiesen hecho nada por encontraros, y creía únicamente que las pesquisas se abrían detenido en esa estrecha galería, por la que verdaderamente no era muy natural buscar un pasaje.

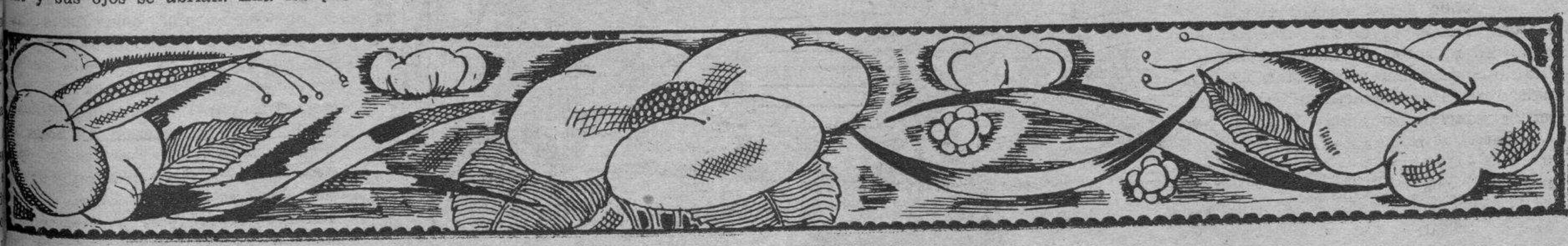
Nada respondió a mis conjeturas. No se veía cambio alguno, no había aparecido nadie.

El sol había salvado ya la línea del mediodía. El día anterior, del cual sólo habíamos visto el alba, debía haber sido espléndido. El deshielo continuaba. El Tagliamento inundaba sus orillas: subía en blancas olas y caía en vapor contra el pie del peñasco. La campiña que nos separaba de Saint-Veit desaparecía por completo bajo un lago inmenso, en medio del cual su torre se alzaba como un mástil inmóvil. Pensé que el doctor Fabricius no habría podido ponerse en camino.

Solbioski no me preguntó los motivos de mi ausencia y yo no se los dije. Ya tenía tiempo de saber que se habían desvanecido nuestras esperanzas mejor fundadas.

—¡Qué horror, qué horror! —dijo sentándose en su cama—. ¿Te ha aconsejado la noche, como esperabas?

—Me ha aconsejado, amigo mío, que sólo debemos contar con nosotros mismos. La trampa de esa habitación no puede abrirse, y aunque llegara a ceder bajo nuestros esfuerzos es probable que encontráramos nuevas dificultades, pues la obra de albañilería que hay sobre ella debe ocultar algún artificio de construcción que no podemos penetrar. El camino más corto es el más largo. Tenemos que volver por esa maldita escalera, y para ello nos hace falta una escala, que nos será fácil construir. En los respaldos y en los travesaños de esos sillones que hemos visto al entrar, hay barrotes suficientes, que no necesitan más que ajustarse sólidamente. Las herramientas que Mario dejó en la leñera para el servicio del hogar pueden servirnos para este trabajo, para el que bas.



M.E.C.D. 2016

tarán la punta y el filo de mi puñal, lo que nos sobra de la cuerda que sostiene nuestra linterna, y quizás los brazos solos. En cuanto a la trampa, la levantaremos sin trabajo. He observado que uno de los barrotes del balcón puede arrancarse con un pequeño esfuerzo, y con esa sierrecita de mano que está colgada en la chimenea podremos acortar nuestra escala en la proporción necesaria para alcanzar la obstinada puerta, que si resistía era porque la atacábamos desde demasiado lejos. ¡Animo, pues, que no hay tiempo que perder!

—En efecto —contestó—; este recurso es el último, el único que nos queda si el Tagliamento se ha desbordado...

Se sentó en la cama, se secó la frente, palideció y me dijo:

—Tengo hambre.

—Esas molestias de la necesidad se calman para mucho tiempo en cuanto se las vence la primera vez. Es una gran ventaja para los prisioneros y los actores de las guerras civiles. Piensa que dentro de algunas horas podemos ser librés.

¡Qué largo fué el trabajo! Ambos éramos igualmente inexpertos en la labor, y lo terrible de nuestro aprendizaje se aumentaba con nuestra debilidad siempre creciente. Además de las distracciones necesarias que nos ocasionaban de cuando en cuando las ligeras comidas de Diana, cuyas casi agotadas provisiones había yo dividido en partes muy pequeñas, sentíamos alternativamente languideces y desfallecimientos que hacían caer de nuestras manos las herramientas. Al fin conseguimos terminarlo, si podían pasar como obra terminada aquellos informes y groseros objetos que habíamos esbozado con tan poca solidez. Sin embargo, nos consideramos felices.

Después de esto dispusimos todas las cosas de la habitación contando con el tiempo que según nosotros debía durar nuestra ausencia, y llegamos al balcón con las dificultades aumentadas a cada paso por el estorbo de nuestro equipaje.

¿Quién lo creería? Las horas, que tan largas le habían parecido a mi impaciencia, eran más numerosas de lo que yo había supuesto. La abertura de la plataforma estaba iluminada por el día, por un día nuevo, por el sol del tercer mediodía. Yo me asombré de haber sufrido tanto y de haber medido tan mal la longitud de mis sufrimientos. El dolor camina de prisa.

Solbioski se apresuró a asomarse al balcón. A mí ya no me podía enseñar nada y me detuve detrás de él.

—¡El Tagliamento se ha desbordado! —dijo dejando caer su cabeza sobre el pecho.

—¿Qué nos importan el Tagliamento y sus inundaciones? —respondí—. ¡Vamos a la torre y no a la costa!

Intente arrancar el barrote que había sentido vacilar la víspera, y que si entonces hubiese querido habría podido hacerlo. Ahora resistió. La sangre se heló en mis venas, porque sin la ayuda de una palanca eran inútiles los demás preparativos de nuestra empresa. Empecé a buscar uno que estuviera menos sujeto; lo buscaba sin encontrarlo y sin decirle a Solbioski el motivo de mi inquietud, cuando un cuerpo largo, duro y cilíndrico rodó a mis pies: era un barrote que había caído por sí mismo sacudido por la tormenta o por los desgastes del tiempo. Lo cogí y lo arrastré conmigo de escalón en escalón, porque era muy pesado. Fuimos subiendo lentamente, con tardo paso, con múltiples paradas, pues hasta para salvarnos nos faltaban la fuerzas. Reposamos un momento al pie de los escalones que llevaban a la escalera de caracol, para serrar nuestra escala a la altura de l trampa. Dejamos el resto, que era la mayor parte, sobre el terraplén de la última muralla y llegamos a la cima.

Nos sentamos otra vez, nos abrazamos, cambiamos algunas palabras de ánimo que nos hacían mucha falta.

Después, con la espalda apoyada en una pared, desde la cual nuestra palanca podía girar en todos los sentidos con facilidad, nos sujetamos ambos sobre los barrotes de nuestra corta escala, que habíamos tenido cuidado de que fueran los más sólidos y robustos entre los mejor clavados en sus muescas. Encorvamos nuestros hombros sobre la puerta de hierro que nos separaba del cielo y de la vida e introduciendo poco a poco la punta de nuestra afilada barra por el lado en que los rebordes de la trampa se ajustaban mal, apoyamos nuestras cuatro manos en el extremo opuesto y apretamos con el poco vigor que nos prestaba la esperanza o la desesperación.

Las charnelas chirriaron como la primera vez: la trampa se abrió para dejar paso a un hombre, y la luz de la mañana entró en la torre en haces deslumbradores, con el aire puro y vivo de esta elevada región.

—¡Estamos salvados! —exclamé—. ¡Un poco más, y en salvo!

En ese momento, todas las piedras que rodeaban la trampa, conmovidas por su movimiento, se precipitaron sobre ella con espantoso estrépito. La trampa volvió a caer como un rayo y nos lanzó violentamente contra las losas.

—¡No estamos salvados! —respondí Solbioski, abrazándome—. ¡Ya te lo decía yo: estamos perdidos!

Estuvimos algún tiempo callados, oyendo el ruido de las ruinas que continuaban gruñendo sobre nuestras cabezas, pues la sacudida se había comunicado a las partes más vacilante del parapeto del lado en que se inclinaba sobre la frente del torreón, y las piedras que la coronaban rodaban y caían continuamente.

Yo pensé, sin temerlo, que iba a hundirse todo y a aplastarnos. Pero cesó el ruido al fin, y aun lo repetía el eco en las profundidades del edificio. La torre vibró un momento como un álamo en cuya cima ha caído un rayo, o como un péndulo que va poco a poco acortando el arco de sus oscilaciones. Luego todo quedó mudo e inmóvil.

Felizmente, nuestra linterna estaba cerrada y la conmoción no la apagó. Yo la volví a coger aparentando una tranquilidad que me costaba trabajo disimular, y le dije a Solbioski, tomándole una mano:

—Vamos, no hay que desesperar aún. Esta catástrofe se habrá notado hasta en el patio del castillo, donde habrán caído algunas piedras de éstas. Su dirección natural es de este lado. El accidente que ahora nos abruma hará conocer nuestros esfuerzos, nuestra posición, nuestros peligros. Está seguro de que en este mismo momento están abriendo la trampa de abajo. ¡Vamos, confía en Dios, que no puede abandonarnos!

Solbioski me dirigó una mirada en la que se confundían una dolorosa incredulidad y una triste burla.

Separé mis ojos de los suyos y lo arrastré hacia la escalera de caracol.

Descendimos sin hablarnos. Nuestra

Continúa en la página 11

M.E.C.D. 2016

Harold Lloyd, el popular comediante del cine, sin espejuelos, sentado en el Puente de las Carcajadas de su estancia de Benedict Canyon.

NO HAY COMEDIAS

por HAROLD LLOYD

NO quiero darle al asunto más importancia de la que tiene, pero asombra la escasez de comedias que recordamos haber visto en el cine en los últimos años. Los fanáticos inveterados del lienzo podrán citar innumerables títulos de cintas de gran espectáculo y de obras de género romántico, pero en lo que se refiere a comedias son muy pocas y pueden contarse con los dedos de las manos.

La razón de esta falta de obras cómicas es que no se encuentran tramas apropiadas. Los manicomios están llenos de personas que han sufrido contratiempos financieros pero los comediantes somos tan excelentes candidatos como cualquiera a la camisa de fuerza.

Si algún día el lector toma el periódico y al repasar la página cinemática se entera de que se ha pagado la cantidad de 100,000 dólares por los derechos de una comedia, no le cause sorpresa la noticia. Hace quince meses que yo filmé mi última película, **La Vía Lactea**, y desde entonces no hemos dado con nada que valga la pena interpretar. Seis meses atrás encontramos una obra que nos pareció prometedora, y cuando ya habíamos gastado miles de dólares para adaptar el argumento, el Rey de Inglaterra decidió abdicar su corona.

Este acontecimiento nos afectaba de una manera indirecta, pues la obra trataba de los amores de un plebeyo con la hija de un rey y aunque nada tenía que ver, ni remotamente, con el idilio del Duque de Windsor, temimos que si hacíamos la cinta ofenderíamos la susceptibilidad del público británico.

Nos dedicamos de nuevo a buscar otro asunto y gastamos grandes cantidades de dinero hasta que encontramos la obra que ahora estamos tratando de preparar para trasladarla al lienzo, y que creemos va a ser un film sumamente entretenido.

ENTRE las dificultades que se nos presentan figura en primer lugar la de los chistes. Hacer obras dramáticas es cosa fácil comparada con la elaboración de situaciones cómicas. A los espectadores hay que darles no solamente la escena visual expresiva de por sí, sino complementarla con la palabra y con el sonido. Quien descubra el secreto de producir comedia simultáneamente en todos los referidos aspectos, habrá solucionado el principal obstáculo de nuestra profesión.

Por eso los cómicos estamos constantemente buscando materiales nuevos en la literatura, en el teatro y en la radio, hasta que damos con alguna idea original. Las películas habladas han sido un paso de avance que nos permite sustituir en parte la acción cómica, pero si consideramos la cuestión detenidamente veremos que la acción nunca podrá ser reemplazada por la palabra en este género de obras.

De modo que la cifra de 100,000 dólares que cité por los derechos de un argumento apropiado, no es demasiado alta. Todavía se podría aumentar esta cantidad a unos 150,000 dólares, que fué más o menos lo que costaron los derechos cinemáticos de la obra **Tres Hombres a Caballo**, la que hubo de ser transformada casi por completo para el lienzo.

Tanto esta película, como **La Vía Láctea**, necesitaron grandes cambios en el libreto original antes de ser utilizadas en los estudios. Había que hacer de ellas estupendas creaciones cómicas que desternillaran de risa al público y eso costó muchísimo dinero.

CLARO que en el campo literario abunda el material cómico, pero no todo lo que es de efecto en este género resulta adaptable para el cine. Muchos de nuestros amigos y admiradores nos escriben preguntándonos por qué no utilizamos los cuentos y novelas que leen en tales o cuales revistas. Examinamos el material recomendado y siempre le encontramos algún obstáculo.

¿Qué constituye una buena historieta cómica para el cine? En primer término, su oportunidad, ya que la filmación es muy costosa y precisamos tener en cuenta los mercados extranjeros para salir airosos en la empresa. Segundo, la trama debe estar llena de aventuras y episodios interesantes, salpicados de un poco de romanticismo. Tercero, debe haber situaciones cómicas a granel, de manera que el público tenga innumerables oportunidades de gozar la percepción de los elementos que lo hacen reir a mandíbula batiente.

En la mayoría de los casos, las obras que nos presentan adolecen del defecto de la comicidad forzada y de la insinceridad de las situaciones. Todavía hay comediantes en el cine que pueden hacer obras sin atender a este factor de la sinceridad emocional, pero no yo. Empecé haciendo un género sincero y el público está acostumbrado a esperar de mí ese tipo de comedia únicamente.

La situación cómica visual, bien presentada, da resultados positivos en el cine, hoy más que en otra época. El sonido ha contribuído, además, con los elementos del diálogo y el ruido para aumentar los efectos de cualquier escena predominantemente humorística.

Las cintas de trama floja eran toleradas en el género cómico en los días en que el cine andaba a gatas. Actualmente, nadie las soportaría, y el actor que se aventure a presentarse ante el público con chistes gastados y trucos conocidos, sin proveer el aderezo original que exigen las circunstancias modernas, está expuesto al más ruidoso fracaso.

Después de leídas las anteriores líneas, no vaya el lector a incomodarse si le devolvemos los originales que nos envíe con la anotación: "no han sido leídos". Nosotros no podemos aceptar manuscritos sino por conducto de los agentes literarios de reconocida reputación, pues esta es la única manera que tenemos de protegernos contra las demandas por plagio, aparte de que ello simplifica la labor de seleccionar lo aprovechable y darle preferencia sobre lo que no podemos utilizar en nuestro trabajo.

Cómo se descubre más belleza

El estuche de cosméticos de las bellezas más famosas, contiene lápiz labial, colorete y polvo facial que les permite cumplir con el dictado de la moda parisién: "maquillaje natural". Consta de: Lápiz, Colorete y Polvo Tangee exclusivamente! porque Tangee evita ese aspecto de artificiosidad. Al aplicarse cambian de tono adaptándose como por magia al colorido personal, prestando a labios, mejillas y tez ese tono rosado natural, tan atractivo. Ensaye en seguida estos tres artículos Tangee.

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

Tangee

M.E.C.D. 2016

LA RAZON DE LAS OBRERAS

por Elena Betancourt

Nueva York.

COPIOSA es la literatura que existe sobre el lugar que la mujer debe ocupar en la sociedad humana, y mucho se ha escrito por sociólogos lo mismo que por diletantes, acerca de las dificultades sentimentales, los problemas económicos y las circunstancias fisiológicas que la afectan en el desempeño de su misión como obrera activa, llegándose a afirmar por algunos observadores prejuiciados, que las mujeres trabajan únicamente para gastar el dinero que ganan en extravagancias.

Cansadas de oir semejantes argumentaciones, las socias de la Federación Nacional de Mujeres Profesionales y del Comercio de los Estados Unidos, acordaron realizar un estudio de la situación con el propósito de determinar los motivos que impulsan a la mujer americana a trabajar en eficios y profesiones que, hasta hace unos veinticinco años, se consideraban exclusivos del hombre.

Doce mil trabajadoras de todas las categorías contestaron el cuestionario repartido por la Federación en 47 estados de la república, y de las respuestas dadas se sacaron las siguientes conclusiones: 1) que casi la mitad de las mujeres que trabajan tienen a su cargo la manutención de una o más personas, a pesar de ser un 70 por ciento de ellas muchachas solteras; 2) que de cada 6 obreras, una tiene a su cargo la manutención de una familia entera consistente de dos a ocho miembros; 3) que de cada 30 obreras, solamente una trabajaba por placer, ya que vivía al amparo de su familia, donde tenía albergue y sustento.

Estas cifras son interesantes si se tiene en cuenta que las mujeres que tomaron parte en el escrutinio figuraban todas en el grupo selecto y que del conjunto interrogado, cuatro quintas partes se dedicaban a trabajos de oficina y profesionales, y el resto eran altas empleadas o propietarias de talleres y otros negocios.

De modo que la mujer yanqui no trabaja por el gusto de tirar el dinero, sino obligada por las necesidades económicas propias o de la familia, principalmente lo último, como lo demuestran las estadísticas citadas anteriormente. Estas obreras son, en el más amplio sentido de la palabra, verdaderos "padres de familia" que, aún antes de casarse han tenido que asumir las grandes responsabilidades del sostenimiento de un hogar.

LA Federación femenina que realizó este valioso estudio, cita en el panfleto que acaba de publicar, entre otros, el caso de Mary Brown, de 40 años de edad, soltera, y empleada como oficinista en un pequeño bufete de abogado con un sueldo de 1,600 dólares al año.

Mary Brown viviría holgadamente si no tuviera otras responsabilidades que las de su propia vida; pero eso no es el caso. Diez años atrás, su hermana y el esposo de esta murieron en un accidente automovilista, dejando dos niñoss huérfanos, un bebé y una muchacha, de quienes Mary hubo de hacerse cargo. Desde entonces tiene familia, sin ser casada. Debe levantarse temprano y preparar el desayuno para los tres; irse a la oficina y trabajar fuertemente todo el día; regresar tarde y preparar la cena; y además, coser, zurcir, lavar, ayudar a los chicos con sus lecciones, y en general hacer lo mejor que puede el papel de madre que le deparara el destino.

Los deberes de Mary Brown no terminan ahí, sino que tiene que contribuír con algo semanalmente para el sustento de su madre, alojada en casa de su hijo mayor. Por el bien de los dos huerfanitos, necesita estar asegurada, por si algún día les falta que no queden en el desamparo, y claro, está, la plata no puede estirarse como para poner ahorros en el banco. Lo único favorable que hay en la vida de esta mujer es que goza de excelente salud y es una persona de admirable preparación para la lucha, y eso es algo, en vista de las vicisitudes en que se desenvuelven otras.

Veamos ahora el caso de la mujer casada que trabaja de maestra de escuela y de quien generalmente se sospecha que no necesita la colocación por el mero hecho de haber conseguido marido. La señora Bradshaw enseña alumnos de segundo grado y recibe un sueldo de 80 dólares mensuales. Su esposo está recluído en el hospital del estado, víctima de la tuberculosis. En la familia hay tres niños, y a la madre le toca protegerlos, con la voluntad y decisión de un hombre.

Es un caso típico, como el de Mary Brown pero ésta es más típica, porque es soltera, de edad mediana y reside en una pequeña población. Sólo que Mary no es tan típica como las demás mujeres analizadas en este estudio , si tomamos en cuenta su sueldo. Gana 1,600 dólares anuales, en tanto que la señora Bradshaw solamente gana 960, y el promedio general de las interrogadas recibe unos 1,315 dólares, o poco más de 109 dólares al mes.

LA mujer perteneciente a este conjunto "superior" de las clases obreras de cuello blanco, vive, en el 60 por ciento de los casos, en las mismas circunstancias de Mary Brown, atada a algún compromiso de familia. Treinta por ciento de estas trabajadoras viven solas. El resto viven con sus amistades, compartiendo los gastos, o desempeñan cargos como el de enfermera que es retribuído con sueldo y manutención.

Es curioso observar que las tres cuartas partes de las obreras norteamericanas que tienen a su cargo personas dependientes, no tienen que mantener a niños, como lo hace Mary Brown, sino a personas adultas de su propia generación, como hermanas y hermanos, o a personas mayores, que en numerosos casos son los padres. Estas mujeres encargadas de mantener a otras personas son, generalmente, de más edad que las demás obreras y ganan sueldos más altos, aunque nunca lo suficientemente elevados para vivir con las comodidades que se merecen. Una sexta parte de ellas recibe alrededor de 1,000 dólares anuales; algunas ganan menos de 500 dólares, y a propósito de este último grupo, dice la Federación en su panfleto:

"Harto conocidas son las comprendidas en esta clasificación: la diminuta taquígrafa que jamás ha logrado perfeccionar su técnica y que vive con su hermano inválido o con una tía anciana y sorda; en las secciones humildes de la ciudad, la mujer de cabello blanco y mirar ansioso que se dedica a vender chucherías en algún sótano donde ha establecido su ventorrillo; la pobrecita señorita Jenny que tiene dos obligaciones que atender, la biblioteca municipal y la hermana que vive a su sombra.

"Los precarios ingresos de estas mujeres a veces aumentan, por la caridad o gentileza de otras personas, pero en general este grupo sufre terribles amarguras y ansiedades: viviendas inadecuadas, mala nutrición, falta de atención dental y médica, y una existencia fatigosa que culmina en el colapso de la salud , como lo demuestran los datos de las agencias de salubridad y de auxilio de emergencia."

De todo lo cual se desprende que las condiciones en que lucha la mujer norteamericana no son tan color de rosa como suelen pintarse en el extranjero. Aquí abunda la desesperación y la necesidad, igual que en otras naciones, y la riqueza inmensa del conjunto no se ve reflejada en el individuo de las masas productoras, hombre o mujer, sino en las grandes empresas en que el esfuerzo colectivo y la palanca del capital se aúnan para realizar alguna extraordinaria obra de progreso.

M.E.C.D. 2016

¡YO, PECADOR!

por Edward Everett Horton

EXISTEN criterios opuestos con respecto a los orígenes del instinto de coleccionar antigüedades. Unos dicen que es hereditario y otros que adquirido; pero yo en mi calidad de miembro de la legión de los que no pueden resistir este pasatiempo, me creo con autoridad para terciar en el debate y afirmar que, en mi caso por lo menos, el instinto es hereditario.

El instinto y su maldición me vienen de muchas generaciones de antepasados. Desde luego que hay casos en que la dolencia se adquiere, y por tanto es más fácil de curar, especialmente cuando faltan los recursos económicos.

El coleccionador hereditario, en cambio, continúa comprando antigüedades aun después de habérsele agotado la plata, y en eso consiste la maldición de que hablaba antes. Conmigo la cosa no es tan grave, pues no tengo progenie ni otras personas que dependan de mí para su sustento. Pero compadezco a la esposa que, sin tener ahorros suficientes, tiene que resignarse a ver a su marido llegar constantemente a la casa cargado de curiosidades.

Para dar una explicación clínica o científica de mi aflicción, debemos considerar su desenvolvimiento histórico. En el año 1830 mi familia—los bisabuelos y bisabuelas por la línea materna—decidieron embarcarse para América desde Escocia. No hicieron el viaje hasta 1850, principalmente porque resulta tan difícil venderle pasaje a los escoceses, ya que al terminar el viaje lo único que les queda es el comprobante del boleto.

TENGO entendido que la familia vino en el tercer buque que hacía la ruta regular del Atlántico. El segundo se fué a pique, y por esto debo estarle eternamente agradecido a la previsión nunca bien ponderada de los Orr.

Trajeron consigo los muebles de la casa, entre ellos un viejo reloj que pertenecía a mi bisabuelo y un par de colchones de plumas. Gracias a que embalaron el reloj dentro de uno de los colchones, éste llegó bueno y sano al los Estados Unidos. De vez en cuando, sin embargo, se descomponía, y entonces mi bisabuelo visitaba al relojero acompañado de mi abuela. Al morir mi bisabuelo, la abuelita iba donde el relojero acompañada de mamá. Al morir la abuelita, mamá ibá donde el relojero acompañada por mí. En una de esas visitas, siendo yo todavía muy niño, algo de lo que ví en el establecimiento del viejo relojero despertó en mí los instintos dormidos del coleccionista de antigüedades.

Durante algún tiempo logré dominar mis emociones, pero llegó el día en que me posesioné de tres grandes frascos de vino provistos de asas, uno blanco, uno color rosa y otro azul. En el 1914, estando en la ciudad de Portland, estado de Maine, alcancé a ver un receptáculo parecido y esto me perdió para siempre. Setenta y cinco dólares me costó la fiesta, y las consecuencias desastrosas que esta erogación produjo en mis finanzas no pudieron ser arregladas sino al cabo de muchos meses de juiciosa conducta.

Edward Everett Horton, el inimitable cómico del cine, en una de sus "poses" características.

LOS coleccionistas se dividen en dos grupos: unos que se dedican a reunir efectos de fantasía y otros que prefieren las cosas sencillas, como si dijéramos en su propia salsa. Yo pertenezco al segundo grupo, que es el de los verdaderos estetas, esas personas raras que saben apreciar la belleza de la forma y el valor intrínseco de los materiales de que están hechas las antigüedades.

Todos los efectos de mi colección sirven para algún fin práctico en mi casa de Encino, donde cuento con ocho cuerdas de terreno para las edificaciones que voy necesitando a medida que aumenta el surtido de curiosidades traídas de los cuatro puntos cardinales del planeta. Confío en que esa extensión sea suficiente para los requisitos inmediatos del almacenaje, ya que he perdido la esperanza de curarme de los ataques de antiquitis que me acosan a intervalos regulares.

Estos ataques son inexplicables, una especie de trance comático que a veces me trastorna la vida y que me ha llevado a París, Londres, Montreal, Filadelfia y una docena más de lugares irresistibles. La primera etapa de la enfermedad es de carácter distinguido: se frecuentan los establecimientos del ramo y se pasan largas horas de éxtasis contemplando las preciosidades en exhibición, con sus respectivos precios. Luego, el sarampión va disminuyendo y viene la degeneración inescapable: se mete uno en las callejuelas, en los ventorrillos, en los arrabales, movido por el insaciable afán de obtener cosas antiquísimas a precios sumamente bajos. Esto es lo que se llama la compra clandestina y constituye una de las emociones supremas del coleccionista. El propósito fundamental de tal actividad no es poseer cosas raras, sino rescatarlas del abandono y del olvido.

La gente se ha enterado de mi debilidad y a menudo recibo cartas con ofertas de muebles y artefactos de la confección más variada. Se ha propagado la especie de que mi fuerte se el ramo Napoleónico, pero el rumor carece de exactitud. Tampoco sufro ataques de españolería. Mi dolencia es puramente del período Colonial Inglés.

Al aparecer los primeros síntomas de mi enfermedad, sentí vergüenza y traté por todos los medios a mi alcance de ocultar la situación a mis amigos. Me habían hecho creer que de niño, el viejo reloj de mi bisabuelo me cayó encima y me causó una lesión en el cerebro.

Indudablemente, algo me ha debido suceder entre la época en que vine al mundo y el momento imborrable en que me atacó la enfermedad con toda su virulencia. Entre los síntomas positivos que revelo hay que anotar el de la tendencia a las aberraciones en cuanto al valor de las cosas que colecciono.

Será por eso que conozco muy poco de la autenticidad de los objetos que adquiero. Más bien se me podría clasificar como un babieca, capaz de confundir cualquier mueble moderno, convenientemente enmascarado, con los tesoros más preciados del siglo XVIII. Sin embargo, los amigos versados en la materia me han hecho creer que mis posesiones son auténticas y no se cansan de expresar su admiración por ellas. Apenas les doy la espalda, desde luego, me parece escuchar un chascarrillo irónico que simulo no haber oído para no descomponer las apariencias.

ESA tristeza inexplicable... esa falta de apetito... esas mejillas tan pálidas... ese constante decaimiento, quizá significan que su sangre está muy empobrecida. ¡Tenga cuidado! ¿Por qué se expone Ud. a que le sobrevenga una peligrosa Anemia?... Comience hoy mismo a tonificarse, pero con un tónico de reconocido mérito científico, como el Tónico Bayer. Inmediatos y duraderos son los efectos del Tónico Bayer: Enriquece la sangre, vigoriza los músculos, fortalece los nervios y el cerebro. Además, mejora el apetito y la digestión.

BAYER

¿QUÉ ES EL TÓNICO BAYER?

- Es una fórmula científicamente balanceada de Vitaminas, Extracto de Hígado, Calcio, Fósforo y otros elementos de gran valor terapéutico.
- El Tónico Bayer proviene de los mundialmente famosos Laboratorios Bayer. ¿Qué mejor garantía?

TÓNICO BAYER

RENUEVA LAS FUERZAS VITALES

M.E.C.D. 2016

PELIGRO: Un Tío Cuarentón

Cuento Breve, Tragedia y Comedia de Un Autor

Por Jack Sher

QUIZAS tengan razón en lo que dicen sobre mí, que no puedo quitarme de la mente a esa muchacha, Ana Hastings. Dondequiera que voy la veo, porque su cara está, para mí, en todas partes. A veces pienso unas palabras y luego me imagino que me las está diciendo.

Cualquiera pensaría que después de lo sucedido, yo trataría de olvidarla; pero no puedo. Acaso es el cansancio del trabajo excesivo lo que me tiene en este estado de nervios; no lo sé. De ordinario, no le pongo atención a la publicidad femenina que abunda en los estudios de Hollywood. Esas mujeres no son reales, ni poseen nada digno de atención Ana Hastings, en cambio, era diferente, como la veo yo.

De tipo un poco más alto que el promedio de las muchachas, carecía en absoluto de la majestad de las mujeres de estatura. Bastaba mirarla para comprender su franqueza y su falta absoluta de trucos y artificialidades.

Tenía el cabello rubio, que le caía, liso, por detrás de las orejas y se desparramaba luego, como un oleaje, sobre los hombros; la frente alta e inteligente; los ojos castaños claros, llenos de humorismo y comprensión. De su nariz, que era un detalle más en la perfección del cuadro de aquel rostro, no he realizado un análisis, pero de su boca sí, ¡y qué boca, amigos míos!

Parecerá una simple tontería hablar de lo que representaba para mí, ahora que todo ha terminado entre nosotros. Siempre nos llevábamos admirablemente, porque era la clase de muchacha con quien había soñado toda mi vida. Ana Hastings me había puesto a cantar el corazón.

Siempre pasaba los días a su lado, en el estudio. Por la noche, íbamos a pasear en automóvil y volvíamos a mi casa de Beverly Hills. Me agradaba tenerla junto a mí. No hablaba a menos que estuviera segura de que yo tenía ganas de hablar; nunca decía nada fuera de lugar; y hablaba bien. En fin: que era una mujer perfectamente sincronizada.

Mientras estaba en su compañía, me hacía sentirme como cuando era niño, como un niño la primera vez que se enamora.

Los que me conocieron entonces, tendrán que sonreir. Ya he cumplido los 40, estoy casi calvo, y no tengo un porte distinguido. Mi cara es redonda y gruesa. Muchos de mis dientes son postizos. Soy tan bajito y tan gordo como un cantante de ópera italiano.

Tengo poca suerte con las mujeres, puede decirse que ninguna, y eso explica mi condición de solterón incorregible. Pero dicen que los 40 es la edad más peligrosa del hombre.

Ana y yo nos llevamos bien desde el primer momento. Teníamos las mismas predilecciones, y durante aquellos tres meses llegó a formar parte de mi sér, espiritualmente. Amábamos la vida apacible, los placeres sencillos, la serenidad. Eramos dos personas que veíamos por un solo par de ojos.

ENTONCES llegó mi amigo Bill Gaines, con su amigo Johnny Carter, y echó a perder toda mi dicha. He sospechado que Bill estaba celoso de Ana, y que trajo a Carter para impedir que un viejo como yo perdiera la cabeza.

Johnny Carter estaba como mandado hacer para ella. La primera vez que lo ví, en mi oficina, no imaginé tal cosa, pero tan pronto se encontró con Ana, en mi presencia, ya no me cupo la menor duda. Todo lo que Bill decía de aquel muchacho era cierto, y al fin empezó a agradarme también. Poseía un carácter ameno y sencillote. Era unas cuantas pulgadas más alto que Ana. Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos azules y brillantes.

Al conocer a Ana, ambos comenzaron a decir frases hechas, como aprendidas en la escuela. Comprendí que Johnny estaba hecho para ella y que nada habría de impedir aquel idilio.

Desde el colegio, Bill Gaines había sido el ángel guardián de Johnny Carter, que no pasaba de ser otro inútil en el mundo, con todo y ser hijo de un banquero de San Francisco. Bill hizo un hombre del muchacho y le consiguió una colocación en un periódico. Pronto, Johnny se convirtió en el primer repórter del Globo — supremo en todos los géneros, desde los crímenes hasta las grandes carreras del turf. Vivía sin preocupaciones, hasta que conoció a mi sublime Ana.

Bill y yo logramos conseguirle a ella una colocación en el mismo periódico donde trabajaba él. Hay que recordar que me interesaba verla feliz. Yo quería que Ana realizara algo útil en la vida, y esa labor sólo tenía una respuesta: el joven periodista protegido de Bill.

Al principio, Johnny no reveló ningún entusiasmo por la chica. Le repugnaba, desde la vez aquella que estaban en una fiesta — cuando la conoció — y ella le soltó esta humorada: "¿Qué es muy lindo, tiene una buena cabeza sobre los hombros, bebe demasiado, y no es tomado en serio por nadie?"

La salvó Johnny Carter, a pesar del balazo que le metieron en el hombro. Johnny era valiente, y buen colega por demás.

Johnny sonrió y dijo:

—¡Señorita, me doy por vencido!

De modo que cuando ella ingresó en El Globo, en calidad de repórter, Carter no le hizo ninguna buena recepción.

Reñían la mayor parte del tiempo, pero trabajaban juntos buscando las noticias, recogiendo datos sobre los incendios, persiguiendo las ambulancias y los autos de la policía. Descubrieron una pandilla de funcionarios corrompidos y la denunciaron en una información sensacional.

Ana estuvo a punto de perder la vida en este reportaje. Un espía la señaló con el dedo y la pandilla la hizo secuestrar. La salvó Johnny Carter, a pesar del balazo que le metieron en el hombro. Johnny era valiente, y buen colega por demás.

Ana fué a verlo al hospital y se sentó al borde de la cama, anegada en lágrimas. Lo besó y le dijo: "¡Gracias, Johnny!"

El muchacho, agotado, sonrió y le respondió tranquilo: "Hubiera hecho eso por cualquier persona".

LOS DOS sabían, sin embargo, que estaban tratando de engañarse mutuamente. Aquella noche, Bill Gaines y yo hablamos de la situación. Al día siguiente, camino del estudio, Bill me sugirió que puesto que las cosas andaban como andaban, lo mejor sería que ayudáramos a que la pareja se casara pronto.

Yo me resistía a tomar parte en el asunto, pero al fin cedí, ya que la chica siempre habría de casarse, y pensé que Johny le convenía más que ningún otro individuo.

La boda fué un acto emocionante. Bill Gaines sabe organizar estos acontecimientos. Ana y Johnny reían y lloraban a la vez. El magistrado era un hombrecito muy gracioso, que se indignaba cada tres minutos por el cuchicheo que se traía la pareja de contrayentes.

Al terminar la ceremonia, me sentí como un padre de familia. Nunca quisiera pasar por otra experiencia semejante. Todavía veo, en mis momentos de agonía, el rostro delicado y los ojos inocentes de Ana Hastings. Los estudios Imperial fueron los causantes de la boda. Lona Gale, una gran actriz, la había eclipsado por completo en los ensayos. A Johnny Carter le pasó otro tanto con el actor Fred Farley. Son incidentes que no pueden olvidarse. El recuerdo de ellos, nada más, me enferma. ¡Nunca volveré a escribir papeles para un personaje como Ana!

M.E.C.D. 2016

escala se ajustó bastante bien a la primera muralla, a pesar de la disminución del trozo que habíamos dejado arriba; pero en el segundo corte de la escalera directa vino demasiado corta. Era un inconveniente fácil de remediar si hubiéramos previsto que habíamos de volver. Pudimos franquearlo con gran trabajo, suspendiéndonos de nuestras manos débiles y temblorosas después de largas y tímidas tentativas. Al fin llegamos, como a un lugar de refugio, al balcón inaccesible que daba al Tagliamento.

Era de noche. La luna, muy velada por las nubes, arrojaba muy débil claridad sobre el río; pero era lo suficiente para ver que éste volvía hacia su lecho. El viento del «Bora» que soplaba había enfriado la temperatura y tapado por algunos días la fuente de las inundaciones. Las nubes, rápidas y silbantes, arrojaban una llovizna helada. Hice lo posible por alegrarme, reuniendo todas las esperanzas que me quedaban.

—Hace frío —dijo—. La nieve ya no se funde; el Tagliamento se aleja; la costa está libre. Si no ha llegado hoy el doctor Fabricius, llegará mañana seguramente.

—¿Qué nos importa que llegue mañana? —contestó Solbioski desmayándose en mis brazos.

Al principio todos mis esfuerzos para volverle a la vida fueron inútiles. Parecía como si le hubiera dejado por completo. Luego se reanimó por sí mismo un momento, y un momento después volvió a desmayarse de nuevo. Poco a poco, estos dos estados se fueron sucediendo alternativamente y en periodos casi iguales. Comprendí que a mí me amenazaba el mismo mal y que era preciso llegar a la habitación de Diana tan lejana aun. Calculé espantado la distancia que nos separaba. Además, la luz tocaba a su fin. No había podido suponer por la mañana que fuera necesario tomar precauciones para la vuelta, pues no hubiera podido admitir ni la posibilidad de hacerlo. A pesar de que había leído algunos estudios fisiológicos hechos cuidadosamente por ilustres sabios, no tenía —¡cosa extraña!— la menor noción del tiempo que un hombre puede pasar sin comer y me asombraba de vivir aún.

¡Dios mío! Me es fácil ahorraros los detalles de este interminable trayecto; pero en vano trataría de substraeros al dolor de adivinarlos. Recordáis ese corredor estrangulado que parecía abierto para culebras y no para hombres. Recordáis ese pozo estrecho y profundo, antro en espiral, que no prometía más que una tumba. Sin que yo diga nada, nuestros pensamiento seguirá por estos lugares a dos moribundos que se arrastran a intervalos a través de espacios casi impracticables para la agilidad, la fuerza y la paciencia. ¿Quién podría decir cuánto tiempo duró esto? ¡Cuántas veces, agotados de fatiga, sin afán ni esperanza alguna, nos repetimos: «¡Basta, basta ya! ¡Qué bien se debe morir aquí!» ¡Cuántas veces reanimados por ese extraño vigor que da el amor a la vida, redoblamos nuestros esfuerzos para alcanzar inútilmente el umbral de otro sepulcro! Andando unas veces, otras reptando, habíamos llegado a la habitación de la muerta, cuando nuestra lámpara arrojó de pronto un resplandor más vivo y se apagó.

—¿Hemos llegado ya? —me dijo Solbioski echándose en el suelo—. ¿Por qué no veo nada?

—No hemos llegado aún —respondí— y ya no tenemos luz. Pero, si no me engaño, la segunda mampara es fácil de encontrar, siguiendo con la mano la vuelta de las paredes. Espérame, hermano mío, espérame.

Me deslicé entonces, vacilando, a lo largo de las frías paredes, descansando de cuando en cuando sobre mis rodillas para tomar aliento.

Un mueble saliente me desvió. Incapaz de seguir en toda su extensión sin apoyarme, extendí mis manos buscando la pared, que no podía estar lejos. No la encontraba. Una idea horrible cruzó mi mente, me faltaron las fuerzas, y caí sobre el cadáver.

—¿Estás ya? —gritó Solbioski—. ¿Por qué has cerrado otra vez la mampara? ¿Por qué no veo nada?

—No es aquí todavía —respondí castañeteando de terror—. Espérame, José, espérame.

Emprendí de nuevo mi horrible marcha en esta espantosa oscuridad de la que no puede dar idea ni la más sombría de las noches.

Al cabo de mucho tiempo la mampara cedió bajo mis manos. La separé bruscamente. ¡Todo estaba apagado!

—¿Por qué has cerrado la mampara? —dijo Solbioski—. Has llegado ya y yo no veo nada. ¡Dios mío!, ¿me abandonas?

Yo no pronuncié una palabra. Un minuto de espera podía acabar de perdernos. Me dirigí hacia el hogar sosteniéndome a derecha e izquierda en las camas en que habíamos dormido el segundo día, y lo revolví con mis manos.

—¡Oh, qué alegría! —exclamé extasiado—. ¡Aún hay, aún hay!...

—¿Está abierta la trampa? —gritó Solbioski—. ¡La trampa está abierta! ¡Máximo, no me dejes!

—¡Una chispa, amigo mío, una chispa y carbones!

Y la habitación se iluminó.

Creí volver a la vida. Llevé, o mejor dicho, arrastré hasta su cama a mi pobre José, cuya agonía era más rápida que la mía.

Luego fuí a Diana: sus ojos estaban abiertos y fijos, como de ordinario; pero más brillantes, más ardientes, más meteóricos. Su rostro estaba encendido y su pulso latía desordenada y precipitadamente.

—¿Se lo ha comido todo? —preguntó Solbioski levantándose penosamente sobre sus manos.

—¡Sí, todo! —respondí—; pero la fiera preserva del hambre; el pueblo dice incluso que alimenta.

El se dejó caer.

Yo quería intentar el último medio de llamar la atención de los habitantes del castillo, si es que quedaba aún alguno. Pero temía que le produjese a Diana, despertándola de improviso, una emoción mortal. Para evitar esto, le comuniqué en alta voz, de modo que Solbioski me pudiera oír claramente, todas las particularidades de nuestra situación, dejándola adivinar el nombre de nuestros amigos ausentes, y de quienes esperábamos nuestra libertad, para que pudiera consolarse al menos con la idea de que Mario vivía. Ella me miró fija y atentamente, como si me escuchara con reflexiva atención. Al principio lo creí así. Cuando terminé de hablar no hizo el menor signo que indicara una respuesta. Se volvió del lado opuesto, y pareció quedarse dormida.

Cogí del cinturón de Solbioski las dos pistolas de que estaba armado, me fuí debajo de la trampa y las disparé. Después de un momento de interrupción disparé las mías y escuché... Me pare-

M.E.C.D. 2016

ció oír un murmullo confuso, como un ruido de pasos y de voces; pero como hacía dos o tres días que ruidos semejantes ofuscaban mis oídos y mi cerebro, no podía distinguir, con mis sentidos enfermos, la realidad de la ilusión.

Quise, no obstante, aprovechar esta posibilidad de ser oído —era la última—. Cogí un tronco de pino para golpear en la trampa otra vez. Lo levanté algunos pies del suelo y se escapó de mis manos. Me incliné para volverlo a coger y ya no pude levantarlo.

Descendí entonces con inciertos pasos hacia la chimenea para reanimar el fuego y renovar nuestras fúnebres luminarias. Empleé cuantos troncos y bujías tenía a mi alcance; sabía que no nos harían falta más. Una hora, dos horas quizá se pasaron en este trabajo, y empleé otra en deslizarme bajo el sudario que ninguna mano había de coser después.

Todo había terminado para siempre.

Solbioski se volvió hacia mi lado y me dijo con voz apagada:

—¿En qué día estamos?

Yo pensé que debía ser el principio del quinto, pero no respondí.

Desde entonces el tiempo se dividió entre increíbles sufrimientos y estados de languidez agobiadora, en los que creía que mi vida se escajaba. Había momentos en que todos los objetos tomaban un aspecto fantástico. Y caprichoso, como las decoraciones de un teatro o las apariciones de un sueño. Las sombras de las paredes lejanas se movían, se desprendían, se mezclaban con formas gigantescas y extrañas, se abrazaban, se ligaban las unas a las otras y daban vueltas a mi alrededor, apretadas, confusas y aulladoras. Las llamas de las bujías brincaban tan alto que apenas podía seguirlas. Algunas voces conocidas se metían en mis oídos como un soplo o retumbaban encima de mi cabeza con una risa burlona e insultante. Si cerraba los ojos para librarme de estas fascinaciones, la última percepción, que por una extraña asociación de ideas se había aferrado a mi espíritu, se prolongaba indefinidamente en mi cerebro. Era un canto corto, un refrán monótono, un verso griego o latio de melopea ensordecedora, la repetición de un rondó o una redondilla cuya terrible obstinación parecía ligarla a mí por toda la eternidad, como esa terrible mosca hipobosco, que vuelve siempre, con infalible precisión, al sitio de donde la han arrojado.

A veces pasaba de un desvanecimiento delirante al sueño, y la escena cambiaba entonces de una manera extraordinaria. En mis sueños había aire, sol, mujeres y flores. Yo me encontraba de repente en medio de alegres reuniones donde no se pensaba más que en placeres y festines. Había mesas espléndidas cargadas de manjares delicados que yo quería coger, pero que se convertían en mi boca en insípida o amarga arena. Por todas partes aparecía Honorina con su cestito repleto de apetitosos macarrones.

—¡Cómpreme, caballero —me decía—, cómpreme mis buenos macarrones y mis finos fideos de Padua! En esta ocasión le pueden servir, y no los hay mejores en Codroipo.

Pero cuando quería precipitarme sobre su cesto mis manos no podían estirar y mis esponjosos dientes no querían endurecerse para morder...

Luego me arrancaba, sobresaltado de mis sueños, una queja desgarradora que aún despierto seguía zumbando mucho tiempo en mis oídos.

—¿Qué es esto? —grité una vez con toda la fuerza que me quedaba.

—Nada —respondió Solbioski—. Debe ser la señorita de Marsán que se mueve.

—¡Dios mío!—erpliqué—, tened piedad de mí! ¡Santa Honorina, ruega por nosotros!

No se puede calcular este tiempo, porque mi sueño a veces también era sombrío y largo. Me acuerdo que llegó un momento en que abrí los ojos y ya no vi luz. Era la noche final, la noche eterna que con tanto horror había previsto y retardado con tanto afán el día anterior, o la víspera de éste, o quizá otro día antes. Eran mis últimos tinieblas... Quise levantarme... ¡y no pude!

—No está mal —me dije para mí—. Todo se ha acabado. ¡Esto es la muerte!

Y me preparé para morir; pero al extender mi brazo para apoyar en él mi cabeza toqué un brazo frío.

—¿Quién está ahí? —murmuré estremeciéndome como si pudiera espantarme encontrar un asesino. ¡Un asesino, Dios mío, un asesino! ¡No podía haber ninguno tan cruel que no hubiese compartido conmigo su pan!

—¡Soy yo! —respondió Solbioski, cu-

yas fuerzas, rendidas más pronto, habían conservado más tiempo—. tiembles, no tengas miedo! Yo no q ro hacerte daño. Sólo necesito tu ñal.

—¿Para qué sirve un puñal a ¿Crees acaso que hay hombres es didos en los subterráneos de la torre

—No, sólo hay cadáveres pero uno cuya obstinación en vivir me sa y tengo derecho a librarme de él. me, dame tu puñal y bebe mi san Dicen que esto sostiene la vida. ¿Q sabe? Quizá el Tagliamento haya vu a su cauce. Quizá el doctor Fabri hay allegado ya.

Yo arrojé mi puñal todo lo lejos pude. Estaba seguro que no iríamos buscarlo. Recuerdo que esto lo pensé

—¡Hermano mío —le dije llorando estás echado en la roca; ven, ven to a mí! ¡José, no me dejes! ¡Dios tened piedad de nosotros!

Yo no sé si lo atraje hacia mí o me acerqué a él, pero acabamos por carnos.

—¡Honorina —exclamaba él—, p Honorina, joven povial que prepara galas y sus ramos! ¡Honorina, tan lla y tan buena como era! ¡Y tú, xímo; yo te quería y no te veré n

M.E.C.D. 2016

¡Oh, si al menos el día nos alumbrase una vez! Pero está demasiado lejos de aquí, y el balcón muy elevado...

¡Jamás, jamás!

Yo estaba preso de un vértigo enloquecedor... Cuando José calló quise inclinarme hacia él para ver si respiraba aún. Se alejó de mí con un horrible gemido. Yo oía ruidos vagos y luego se me escapaban como si no hubieran existido, y en vano me esforzaba por volverlos a oír. Al fin el pensamiento me escapó por completo. Caí otra vez en la vaguedad de mis sueños. Volví a ver los festines que había dejado y a la pequeña Honorina pregonando sus macarrones y a Santa Honorina tendiéndome sus brazos consoladores desde el fondo del fantástico cuadro de Pordedone.

Sin embargo, los rumores volvían otra vez. Eran el pico, la pala, el Tagliamento me pasaba gimiendo sobre la torre, la mina que la hacía saltar; era Honorina bañada en lágrimas, en el umbral de la iglesia, que repetía sin cesar: «¡Cómpreme, caballero, cómpreme mis buenos macarrones! ¡No los hay mejores en Codroipo!

Yo dormía.

Cuando volvía en mí le preguntaba a Solbioski: «¿Duermes?», y él no me respondía.

Mi sopor se fué haciendo poco a poco más profundo. Perdí el recuerdo del tiempo, de los lugares y de mí mismo Yo me preguntaba vagamente: «¿Dónde estoy?» Y mi memoria era un abismo en el que no podia encontrarme.

Acabé por no pensar en nada. Unicamete el oído me traía aún sensaciones incompletas y confusas, gritos, lamentos, estrépito de cataratas y tempestades. Quise responder con lamentos y gritos para ponerme a tono con esta naturaleza doliente que iba a morir y la voz me faltó.

No bastaría el reloj de la humanidad para medir horas semejantes. Cuando pasaron me encontré en un sitio en que la luz venía del cielo. Acaso fuera una mañana. En cuanto abrí mis ojos tuve que cerrarlos porque el sol los hería. Mi boca no me ardía ni mis miembros me pesaban tanto. Algunos líquidos sabrosos recreaban mi paladar y yo los gustaba. Yo no me daba cuenta de mis sufrimientos y me imaginé que vivía.

—Esto va mejor— me dije—. Me gustaría seguir y morir así.

Miré de nuevo, porque un nuevo brebaje dulce y substancioso me reanimó. ¡Qué espectáculo más raro! ¡Una sala muy grande, en la que yo no me había despertado nunca, que no era de la casa de mi padre, que no era de mi fonda, ni de mi cuartel ni de mi cárcel!

El suelo era lo que más me asombraba. Estaba profundamente removido y cubierto de piedras esparcidas. Y en medio había una ancha abertura cuadrada que parecía comunicar con una cueva.

—¡La «Torre Maladetta»! —grité—, ¡la «Torre Maladetta»! ¡La trampa está abierta! ¡Diana, José, Ana, venid conmigo, venid! ¡He encontrado un camino! ¡Oh, no tardéis en venir!... ¡Hay tantos muertos ya!

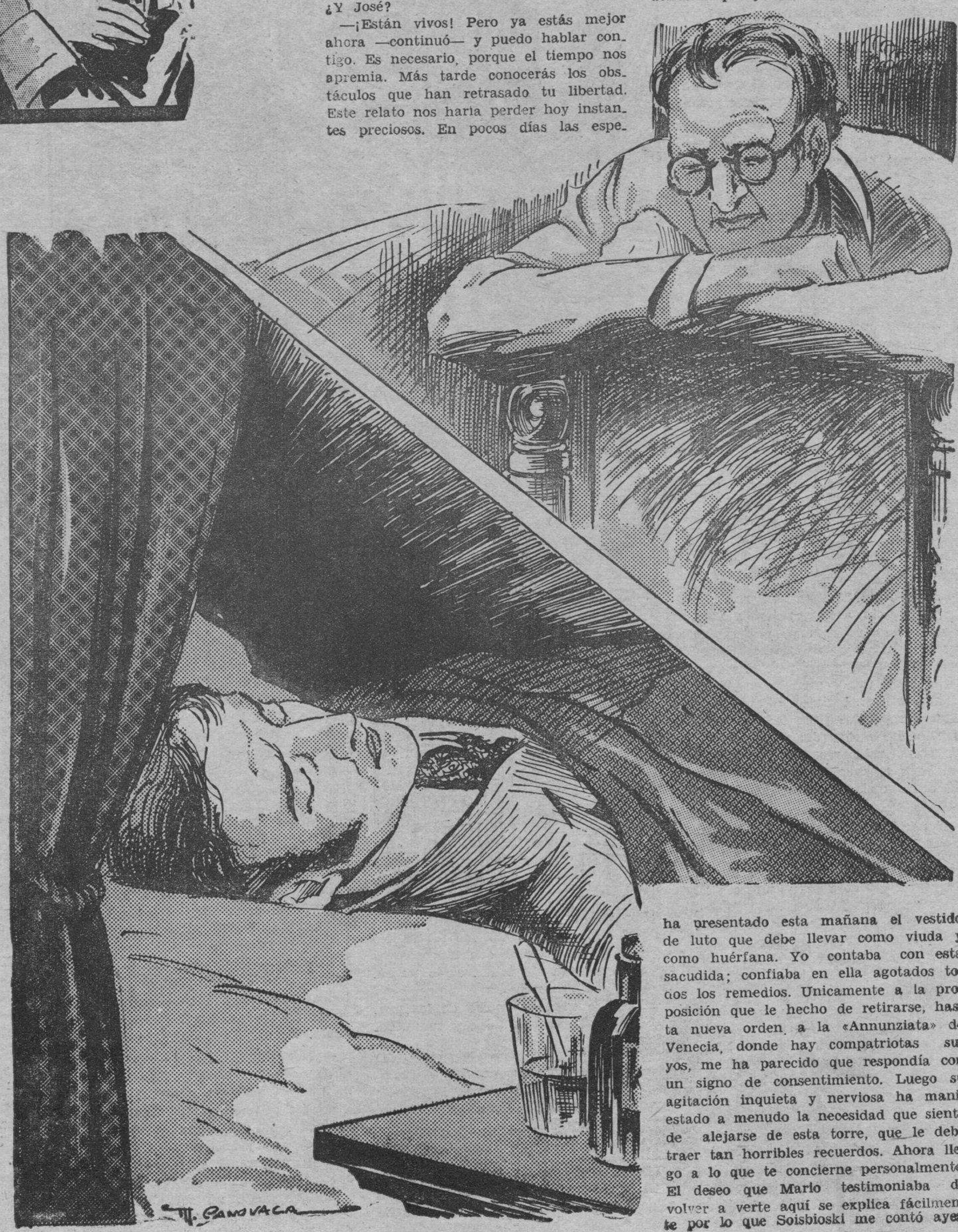
—Sólo Ana ha muerto —me respondió el doctor Fabricius, que estaba apoyado en la cabecera de mi cama—. Era demasiado tarde.

—¡Fabricius, amigo mío, padre mío! —dijo cogiendo su mano—. ¿Y Diana? ¿Y José?

—¡Están vivos! Pero ya estás mejor ahora —continuó— y puedo hablar contigo. Es necesario, porque el tiempo nos apremia. Más tarde conocerás los obstáculos que han retrasado tu libertad. Este relato nos haria perder hoy instantes preciosos. En pocos días las esperanzas del mundo se han deshecho. Los ejércitos y los partidarios de Napoleón se han embriagado con éxito brillantes. La causa de la independencia de los pueblos no está perdida, no lo estará nunca; pero acaso no le esté reservado a mi vejez el gozar de su triunfo. Mi cabeza y la de José están amenazadas, puestas a precio. En cuanto he visto que podía hacerlo, a José lo he trasladado a un lugar seguro, desde donde podrá llegar a nuestra Alemania, que no pertenece aún por completo al tirano. La «Torre Maladetta» no dejará de ser incesantemente investigada, pero no podía dejarla sin haberte devuelto a la vida. Así, que el momento de separarnos ha llegado. ¿Te sientes con fuerzas para partir?

—¡José, mi querido José! ¡El me había dicho que no nos veríamos más!... Y Diana, ¿dónde está, amigo mío?

—Diana vivirá. El tiempo, más potente que mis auxilios, la hará seguramente salir del estado de mutismo y de alienación en que sigue hundida hasta ahora. Ninguna palabra ha salido de su boca, ninguna emoción se ha reflejado en su semblante, ni cuando la nueva doncella que yo le he proporcionado le ha presentado esta mañana el vestido de luto que debe llevar como viuda y como huérfana. Yo contaba con esta sacudida; confiaba en ella agotados todos los remedios. Unicamente a la proposición que le hecho de retirarse, hasta nueva orden, a la «Annunziata» de Venecia, donde hay compatriotas suyos, me ha parecido que respondía con un signo de consentimiento. Luego su agitación inquieta y nerviosa ha manifestado a menudo la necesidad que siente de alejarse de esta torre, que le debe traer tan horribles recuerdos. Ahora llego a lo que te concierne personalmente. El deseo que Mario testimoniaba de volver a verte aquí se explica fácilmente por lo que Soisbioski me contó ayer



M.E.C.D. 2016

que tú le habías referido. El espectáculo de lo que el desgraciado joven llamaba su felicidad era el menor premio con que pagar tu generosa amistad. A este motivo se había unido otro, a juzgar por esta carta de Chasteler, en la que le encarga que te diga que en Francia han retirado la orden de arresto contra ti y que la noticia ha debido llegar a las autoridades venecianas. Desde entonces ningún hecho nuevo ha podido comprometerte, y ada se opone a que al fin vuelvas a los brazos de tu padre. Lo exigen tu seguridad y tu dicha, pues si te sorprendieran en la «Torre Maladetta», donde tan crueles circunstancias te han ocultado, no escaparías a la proscripción que ha caído sobre sus últimos habitantes. Ya sé lo que quieres decir; pero esa prueba ciega de un sacrificio inútil no haría más que empeorar nuestra desgracia con un desgraciado más. Además, tú tienes una misión más sagrada que cumplir. El estado de Diana no le permite llegar sola a su último retiro. Y ¿dónde podría yo encontrarle, en medio de los cuidados que me inspira mi propia familia, un amigo más leal y seguro que tu? Trata, pues, de tomar fuerzas con una comida más abundante y sólida y dispone a partir esta misma tarde con ella, cuando el sol se ponga, para que nuestros espías no sepan de dónde has salido. Encontrarás en Porto-Guaro una barca preparada, y a Diana la esperan ya en el convento.

Ahora, hijo mío —continuó, estrechándome en sus brazos—, perdona que me ocupe de mis apremiantes asuntos y que entristezca nuestra separación con adioses más largos. A pesar de mis años, no renuncio a la esperanza de volverte a ver; pero suceda lo que quiera, conserva tu corazón para tus amigos y tu vida para la libertad.

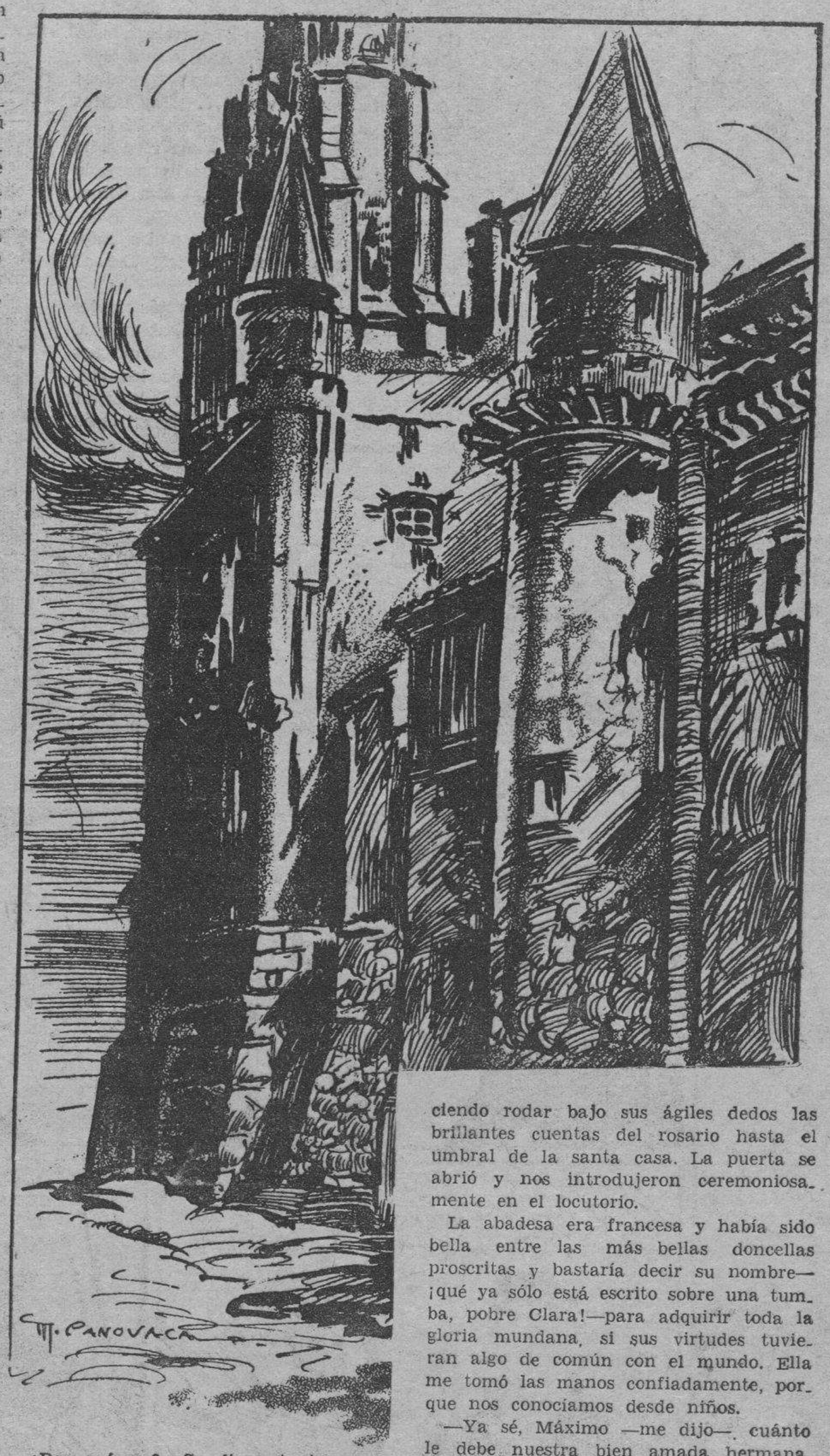
En cuanto la noche cerró por completo —y era una noche muy obscura, pues la luna no brillaba— un criado del doctor vino a avisarme que el coche estaba preparado y me condujo al lugar donde debía tomarlo. Monté en él y me senté enfrente de dos mujeres que no conocí. Dos horas después estábamos en Porto-Gruaro, y unos minutos más tarde bogábamos sobre las lagunas. Yo le había ofrecido a Diana mi mano para subir a la barca, y la suya la apretó muy fuerte y no la soltó. Diana no hablaba, pero suspiraba, soñaba, y a veces se acercaba a mí, estremecida, como si un miedo súbito la hubiera sobrecogido.

Guardo de esta escena un recuerdo muy vago y, sin embargo, jamás vuelve a mi memoria sin hacerme temblar. Tenía algo del viaje de dos sombras en la barca de los infiernos; pero dos sombras a quienes una sentencia previa ha condenado a dos destinos diferentes y que van a separarse para toda la eternidad. Yo me quedé dormido por fin, mecido por el ruido monótono de los remos al batir el agua cadenciosamente y por el canto melancólico de los bateleros.

Me despertó el movimiento de las olas que anunciaban el alta mar.

El sol, que yo creí no volvería a ver, brillaba más hermoso que nunca. El azul del golfo se extendía bajo él como otro cielo, y Venecia, con sus altos tejados, sus torres, sus cúpulas y campanarios, resplandecía bajo el sol como si fuera su palacio. La llanura inmensa de las aguas era como el atrio de la ciudad milagrosa. Creí que soñaba aún; de tal manera había olvidado que podía vivir y gozar de la vida. La mano de Diana seguía descansando en la mía; me volví hacia ella para ver si compartía mi alborozo y si renacía como yo con esta esplendorosa resurrección de la Naturaleza. Su fija mirada sólo expresaba la silenciosa desesperación de la «Torre Maladetta». Recordé que entre los pomposos tejados que se iluminaban sucesivamente pasando del rosa más pálido al encadenado más vivo y de este color al del fuego, bajo una luz gloriosa, Diana podía reconocer el de la casa de su padre. Recordé que ni tres meses antes quizá la misma barca había surcado las mismas aguas, llevándola, loca de amor, a los brazos de Cinci. Todo esto se presentó vivamente a mi alma; contuve mi arrebatadora alegría, dejé de ser feliz y caí con angustia inexplicable en las tristezas del mundo real.

Quise soltar mi mano, porque no comprendía que pudiese estar tanto tiempo enlazada a la suya. Yo no sé si Diana me entendió.



¿Por qué no? ¡Se dicen tantas cosas en este idioma! Pero ella me retuvo. Yo la miré y me pareció que una sonrisa dolorosa cruzaba sus labios como un relámpago por las nubes.

Desembarcamos en medio de los grupos de marineros, agitados y tumultuosos.

—¡Dios mío! —dijo un «Nicolatto» (1) que estaba de pie en la orilla esperando algún encargo—. Esa es la galeota que el noble Cinci ha regalado a los pobres marineros de Gruaro. ¡Pero el noble Cinci ya no existe!

(1) «Nicolotti» es el nombre que se da a los habitantes de un barrio de Venecia ocupado por obreros: es nuestro barrio Saint-Marceau. N. del A.

—¡Cállate! —le dije, esforzando mi voz para cubrir la suya y poniendo un sequí en su mano—. Coge los paquetes que te van a dar y llévalos a la «Annunziata». ¡Y te advierto que te juegas la cabeza si hablas una palabra!

Felizmente, Diana estaba distraída con los cuidados que le prodigaban dos legas que la esperaban desde el alba, y que sólo cuando creyeron comprender que Diana estaba loca y muda cesaron las dignas muchachas en sus glorificaciones de la pureza y santidad de su convento.

Caminaron delante de nosotros, haciendo rodar bajo sus ágiles dedos las brillantes cuentas del rosario hasta el umbral de la santa casa. La puerta se abrió y nos introdujeron ceremoniosamente en el locutorio.

La abadesa era francesa y había sido bella entre las más bellas doncellas proscritas y bastaría decir su nombre—¡qué ya sólo está escrito sobre una tumba, pobre Clara!—para adquirir toda la gloria mundana, si sus virtudes tuvieran algo de común con el mundo. Ella me tomó las manos confiadamente, porque nos conocíamos desde niños.

—Ya sé, Máximo —me dijo—, cuánto le debe nuestra bien amada hermana. Algún día tendrá su recompensa, hijo mío, si la busca usted en el cielo. ¡Adiós!

Durante este tiempo Diana me había mirado con atención, como si sólo entonces comenzara a reconocerme, y luego se había vuelto a hundir en su mutismo. Yo me alejé lentamente.

—¡Máximo, Máximo! —exclamó ella al fin con voz clara y fuerte—. ¡Adiós, Máximo, adiós para siempre!

En ese mismo instante dos puertas se cerraron: la que la guardaba en este asilo de paz y la que me arrojaba a la vida para perecer entre sus ansiedades e inquietudes.

Anduve bajo un sol abrasador, sin rumbo y casi sin pensar. Mi frente ardía. En mi espíritu se entrechocaban ideas confusas, mis débiles piernas se doblaban bajo mi peso. Cuando llegué a mi hotel caí agotado de fatiga y dolor y perdí el conocimiento.

Pasé los tres meses siguientes entre las alternativas de delirio y morbosos por de una fiebre atáxica. Sólo después, compulsando fechas, he sabido cuánto duró este estado. Yo no me acuerdo de nada.

El 16 de julio me encontré al fin dispuesto a salir de Venecia. Mis fuerzas distaban mucho de estar restablecidas; pero yo tenía prisa por sustraerme a las crueles impresiones que renovaban incesantemente en mi alma todos los objetos que me rodeaban. Salí de mi casa a las diez, aunque no debía embarcar hasta el mediodía.

Me senté, siguiendo mi antigua costumbre, delante del café Florián, en la galería de la torre, y pedí un chocolate.

Había mucha gente a mi alrededor que leía con avidez los periódicos, y a pesar del desinterés que todo debía inspirarme por la profunda debilidad de mis facultades, no dejé de prestar cierta atención a lo que por allí se decía. Desde hacía más de cien días —en esta época memorable en cada día se escribía una página de la historia— yo estaba tan ignorante de los acontecimientos del mundo como si la trampa de la «Torre Maladetta» no se hubiera abierto. Sólo sabía —y me acordaba de ello por casualidad—, por algunas palabras del doctor Fabricius, que las esperanzas de libertad estaban en Alemania casi tan perdidas como en Francia.

Eché una ojeada sobre el papel: era el «Correo de Triste», del abate Colettl.

La gente se apretujaba para oír las últimas líneas del «Boletín». Yo escuché.

«La victoria conseguida en Wagram el 6 del corriente por las armas del emperador —dijo el lector italiano con su pintoresco acento y su mímica declamación—ha destruído para siempre las esperanzas de los enemigos de Francia y del género humano.

Jamás la magnanimidad de S. M. I. y R. se ha manifestado con más esplendor que en esta ocasión, pues ha cubierto con su indulgencia los desvaríos de los pueblos. Las leyes sólo castigarán a los facciosos.

Ha sido arrasado el castillo en que se reunían los conspiradores, y que pertenecía a un Cinci llamado Mario y apodado el «Dux de Venecia». En los subterráneos de dicho castillo se han encontrado multitud de cadáveres.

Un infame agente de intrigas, llamado Fabricius, pero en el que se cree reconocer al iluminado Hooschmann, cómplice de Arnalt de Palm y Chasteler, ha conseguido escaparse hasta ahora, pero se le persigue activamente.

Ha sido pregonada la cabeza del cobarde e hipócrita Andrés Hofer. Este monstruo, cubierto de crímenes, no se librará del castigo que se merece.

Su secretario, José Solbioski, aventurero bohemio que se decía polaco, ha sido apresado ya. Solbioski es un bandido astuto, feroz y dotado de una fuerza extraordinaria. Pronto se cumplirá en él la justicia.»

—¡Solbioski —dije para mí— Solbioski feroz y astuto! ¡Y los miserables no conocen siquiera su nombre!

Yo me mordía los puños de rabia y desesperación. ¡Oh!, ¿por qué no me habría muerto en la «Torre Maladetta».

—Esperen, esperen, señores —dijo el lector sonriendo—. Hay todavía un pequeño «post-scriptum» del redactor.

«Esta mañana, 13 de julio, a las diez y media en punto, en el extremo de la punta de San Andrés, ha sido fusilado una numerosa multitud. El miserable el traidor José Solbioski, en medio de ha demostrado cierta serenidad.»

—FIN—

M.E.C.D. 2016

MARAVILLAS DEL MUNDO

Por WILLIAM FERGUSON

EL CUCO

AMERICANO ES DIFERENTE AL PÁJARO EUROPEO DEL MISMO NOMBRE ~~~ EN ASPECTO, EN HÁBITOS Y EN SU CANTO --- EL EUROPEO NO EMITE EL FAMOSO GRITO DEL CUCO ~~~

EL CUCO AMERICANO FABRICA SU PROPIO NIDO, MIENTRAS QUE EL EUROPEO PONE LOS HUEVOS EN LOS NIDOS DE OTROS PÁJAROS ~~~~~~

SON MUY BENEFICIOSOS PORQUE DEVORAN LAS ORUGAS QUE FORMAN REDES EN LAS PLANTAS Y PERJUDICAN LOS SEMBRADOS..

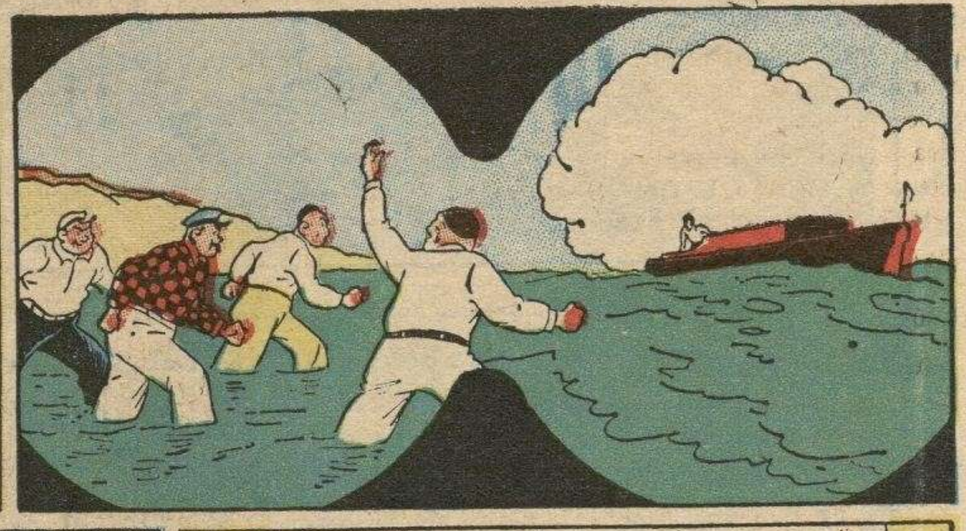
ALGUNAS PERSONAS CREEN QUE EL GRITO DEL CUCO PREDICE LA PROXIMIDAD DE LA LLUVIA

LAS DOS ESPECIES AMERICANAS: LA DEL PICO AMARILLO (ARRIBA) Y LA DE PICO NEGRO (IZQUIERDA) SON MUY PARECIDAS ~~~~~ SE DIFERENCIAN EN LA FORMA DEL PICO Y EN LAS MARCAS DE LAS COLAS ~~

TAMBIEN DEVORAN LAS ORUGAS LANUDAS Y POR ESO TIENEN EL ESTÓMAGO FORRADO DE LOS PELOS DE ESTAS ~~

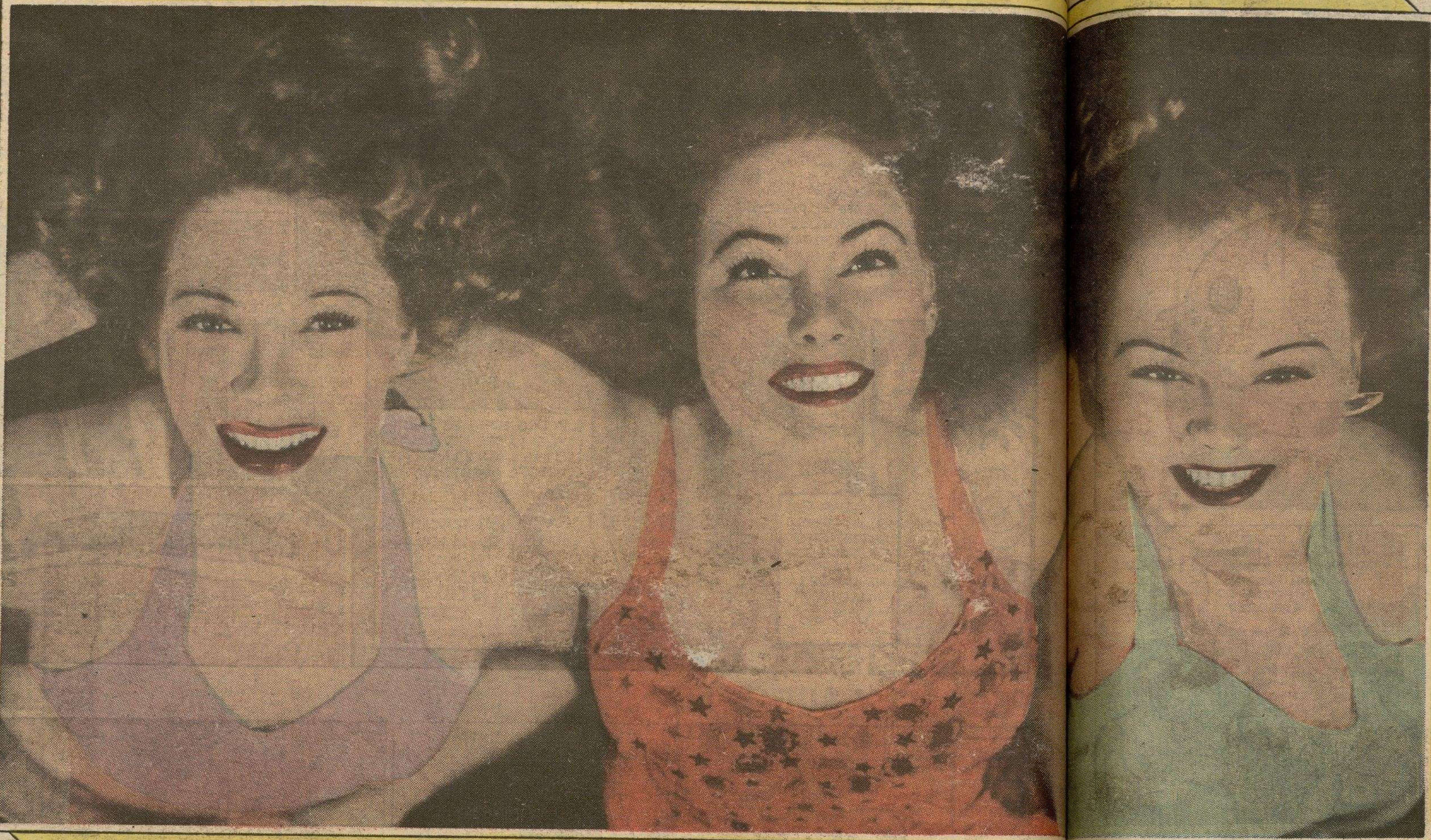
PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser



M.E.C.D. 2016

LAS CORISTAS DEL CINE SUBEN DE CUADRO



Las coristas y bailarinas de comparsa de Hollywood empiezan a recibir más atención de los productores de películas. Betty Douglas, Judith Ford y Marjorie De[illegible] de las más hermosas muchachas danzarinas del lienzo, reflejan en sus rostros sonrientes la buena noticia del ascenso a los elencos regulares de la indust[illegible]

La corista y bailarina de Hollywood se inicia en su carrera llena de ambiciones y dispuesta a estudiar para abrirse paso en los elencos; luego se desilusiona y se resigna a ser simple farandulera hasta que alguien la saca de la anonimia.

Por SAM LUKAS

Hollywood.

PERMITANOS el respetable público que esta semana no le dediquemos nuestro reportaje a las estrellas cinemáticas de primera magnitud. Noventa de cada cien periodistas hacemos eso en casi todas las ocasiones que se nos presentan, y como si ello no fuera suficiente, el novísimo comentarista de esta pintoresca aldea, George Fisher, está dándonos candela con sus informaciones anticipadas por radio los domingos por la noche, en las que, según propia confesión, solamente se dice la verdad de tipo "confidencial" que a él le revelan sus prominentes amigos y relacionados de la industria.

Muchas de las informaciones "exclusivas" del colega Fisher, sin embargo, figuran en los archivos de un humilde servidor, como publicadas hace semanas en las columnas de este magazine, cosa extraordinaria que no debe causar asombro a quienes viven acostumbrados a los fenómenos de telepatía de Hollywood.

El secreto de la noticia fresca aquí ya se sabe en qué consiste: en levantarse temprano y acostarse tarde, o lo que es lo mismo, en no dormir. En este instante voy entrándole en la maquinilla a un tema que nada tiene que ver con las grandes figuras del cine, pero que es parte de la historia, y tan importante y "exclusivo" como pudiera serlo el hecho de que Carole Lombard y Clark Gable están enamorados. Me refiero a la gente menuda, a las chicas faranduleras que contribuyen con su arte — por lo común un arte de exhibición de cuerpos — a darle vida e interés a las operetas y revistas musicales de la pantalla.

Coristas las llama la gente, y su labor consiste en mover las piernas con ritmo y matemática, al propio tiempo que hacen piruetas y acrobatismos para dar al público una variante en el menú. Son lindas de cara y hermosas de silueta, y mientras les duren ambos atributos y se conserven jóvenes, sin pasar el límite de los 32 años, pueden ganar haberes de once dólares al día, y paga aumentada por las horas extras de trabajo.

Yo siempre me encuentro a gusto entre las coristas de Hollywood, porque son, junto con las figuras secundarias de los elencos, el verdadero proletariado del cine. Desde luego que los carpinteros y tramoyistas han dado en creer que ellos son los únicos obreros, pero pasaremos por alto semejantes pretensiones. La corista-bailarina es la persona que más fuerte trabaja en las películas, y si ello no la califica para ser reconocida como proletaria auténtica, ahí tiene su tarjeta de agremiada al Sindicato de Actores de Cinema, que es un título tan legítimo como el de la Unión de Electricistas, o la de Técnicos en Efectos Especiales o la de Operarios de Timbres y Aparatos de Hacer Ruido, que a eso vamos ya, — ¡válganos la Providencia! — en materia de organización de las masas.

ACA ENTRE NOSOTROS, a mí se me antoja que los productores de películas están tratando de evitar que las coristas tomen en serio lo del Sindicato, y por ello les están ofreciendo oportunidades que antes les negaban. En primer lugar, las coristas de primera categoría escasean en el cine, y como el negocio de hacer películas padece sus fiebres intermitentes, no tendría nada de particular que el día menos pensado, todas las compañías decidieran de repente filmar operetas de gran espectáculo, como ya sucedió hace unos quince meses, y se encontraran con que les falta el personal competente para los coros de las obras.

En estas circunstancias, un Sindicato obrero puede fácilmente convertirse en una amenaza de atraco, y no despojado en absoluto de cierta justificación, si se tiene en cuenta que por lo común la corista trabaja a destajo, quedando sin medios aparentes de sustento tan pronto termina el período por el cual se han contratado sus servicios para hacer determinadas escenas de una cinta.

Mucho han debido meditar sobre este punto los jefes de la Paramount y la Twentieth Century-Fox para decidirse a cambiar la situación y poner a la corista en condiciones más ventajosas, ofreciéndole campo en otras actividades del ramo cinemántico. Actualmente ambas compañías han adoptado la norma de contratar a las bailarinas como actrices regulares de los elencos. Cuando no están tomando parte en revistas y operetas, pueden hacer papeles en películas de segunda categoría, y de ahí en adelante el progreso que hagan depende de los esfuerzos propios.

Los referidos productores estiman, además, que esa es la única manera de estimular a estas muchachas y tener siempre disponible un nutrido grupo de coristas de calidad. ya que se han dado casos como el de la Paramount, en que, el programa de producción de una obra espectacular fué demorado en espera de que las bailarinas de primera clase terminaran sus compromisos en otros "estudios".

Parecerá raro, pero en Hollywood no hay arriba de 25 coristas de primer rango, y todas ellas son solicitadas cada vez que se piensa montar alguna obra musical. De este grupo, la Paramount [illegible]atadas a 9 de las mejores, y a [illegible]e tipo escogido, por un período de [illegible]es, como personal permanente de [illegible]os. La Twentieth Century-Fox ha [illegible] otras 15 en iguales condiciones, [illegible] 40 patinadoras coreográficas para [illegible]na película de Sonja Henie.

Tanto una como otra co[illegible]stumbran montar por lo menos [illegible] grandes revistas musicales al a[illegible]ox tiene en curso de preparación [illegible]te dos producciones de esta categor[illegible]bas de las cuales abundarían los n[illegible] coros y bailables. La Paramount [illegible] 125 coristas en la película Coc[illegible]ve, y promete presentar 175 en la [illegible] obra, titulada Ensenada.

Los estudios Warner, por [illegible]o, necesitarán bastantes coristas [illegible] escenas de bailables de Vampi[illegible] París, aunque en este momento [illegible] especializándose en números su[illegible] rellenos. Goldwyn, que utilizó [illegible] danzarinas del Ballet Americ[illegible]amoso Ballanchine en sus Follies, [illegible]epetir la dósis en escala mayor e[illegible] titulada Gran Festival Musical [illegible] el papel estelar estará enco[illegible]al notable violinista Jascha Heife[illegible]

EXISTE, pues, la proba[illegible] que en el futuro inmediato [illegible] la demanda por coristas de prim[illegible] y aun de segunda categoría, y q[illegible]ríodos de trabajo sean más prolong[illegible] antes. Las pocas afortunadas qu[illegible]tenido contratos permanentes de[illegible] bailarán mientras haya bailes q[illegible] y continuarán cobrando sus suel[illegible] se acaben los bailables.

Dos de las de este grupo, Lola Jensen y Dorothy Dayton, de la compañía Paramount, nos han explicado las ventajas de que gozan ellas con arreglo al contrato. En primer término, los sueldos del Sindicato de Actores entraron en vigor el primero de junio de 1937. De acuerdo con las escalas prevalecientes, el personal de los elencos debe ganar un sueldo mínimo de 50 dólares a la semana por 12 semanas o más, y las coristas tienen derecho a 11 dólares diarios, y a dos dólares y medio por cada dos horas o fracción de dos horas de trabajo que hagan fuera de las horas regulares.

"El trabajo por contrato nos conviene más, — dice la rubia Dorothy Dayton — no cabe duda. Eso de trabajar dos semanas en una película y luego estarse dos meses desocupada, deja bastante que desear. Si estamos contratadas, como personal de los repartos, tenemos la seguridad del sueldo y la oportunidad de hacer otras cosas en el cine. Yo he trabajado ya en dos películas de corto metraje y me han llamado para que tome parte en la filmación de pruebas, todo lo cual contribuye al progreso de las que aspiramos a ser algo más que simples bailarinas."

Las coristas de tipo distinguido, como Miss Dayton, reciben publicidad por muchos conceptos, pues los estudios las mandan a tomar parte en actos públicos de importancia, como por ejemplo, cada vez que se bota un nuevo buque de guerra o hay que inaugurar algún concurso de belleza. "Estas fotografías — dice Lola Jensen — ayudan a formar ambiente entre el público. Por lo menos, en los pueblos donde hemos nacido, en seguida nos consagran como estrellas, como me pasó a mí, que me publicaron una página entera de propaganda en un diario de Salt Lake City."

Lo dicho por Miss Jensen es indiscutible, y de ello no hay mejor ejemplo que el de Betty Grable, reconocida como la mujer del cuerpo más bello en Hollywood, y quien recibía tanta correspondencia como cualquiera de las artistas famosas del lienzo mucho antes de haber sido presentada en un rol estelar.

"Siempre nos divertimos mucho—exclama Miss Jensen—cuando salimos en jira a algún sitio donde hay que filmar escenas, pues vamos todas juntas en un autobús y nos hacemos la ilusión de que es un paseo al campo. Pero gozamos más en los actos públicos en que tenemos que tomar parte, como en la ocasión en que fuimos un grupo de doce a una fiesta en la ciudad de El Paso, en Tejas. Grande fué nuestra sorpresa al ser recibidas, individualmente, en la estación, por una escolta militar del Fuerte Bliss. ¡Cada una tenía su soldado! Y los jóvenes de Tejas estaban entusiasmadísimos y muy dispuestos a invitarnos a ir de paseo, pero nosotras no quisimos aceptarles sus gentilezas..."

Otro grupo de doce coristas permaneció tres meses en Londres formando parte de la sección de discípulas sobresalientes del director coreográfico LeRoy Printz. Miss Jensen nos cuenta que trajeron algo bueno de Inglaterra, la costumbre de tomar te por la tarde, que es ahora una innovación en los estudios de la Paramount.

APARTE de las razones aducidas por estas inteligentes chicas, hay que reconocer que la artista contratada goza de más prestigio que la que trabaja en películas a intervalos. Al cabo de úno o dos años también es posible que el sueldo sea aumentado a 75 o 100 dólares semanales. Miss Jensen y Miss Dayton ganan cantidades adicionales ayudándole al director coreográfico Printz a ensayar a sus compañeras menos versadas, y a ambas suele vérseles casi siempre en los estudios, aunque no estén trabajando, por si acaso se topan con algún director capaz de "descubrirlas" y ponerlas en el camino de la gloria.

Las coristas llegan a los terrenos de la compañía filmadora de siete y media a ocho de la mañana y empiezan a trabajar a las 9, terminando sus labores a las cinco y media de la tarde, o las seis, en días de ensayo, y a las 10 o 12 de la noche los días de cinematografiar. Si tienen novios, estos tienen que esperar hasta tarde para llevarlas de paseo, pero generalmente la corista no es una trasnochadora, ya que la falta de sueño le perjudicaría grandemente en su carrera.

Viven cómodamente, y gastan la mayor parte de la plata en indumentaria, pues siempre deben estar presentables. Lola Jensen trabaja en los coros de Hollywood hace año y medio, después de haber estudiado baile durante cinco años. Miss Dayton lleva cuatro años bailando bajo la dirección de LeRoy Printz, y una de sus aspiraciones es llegar a trabajar como actriz.

Derecha, Lola Jensen, una de las exquisitas coristas contratadas por seis meses como actriz por los estudios de la Paramount. Lola dice que en su pueblo, por lo menos, ya ha sido consagrada como estrella del lienzo.

Izquierda, Dorothy Dayton, también contratada por la Paramount, junto con otras nueve de las primeras coristas del cine, por un período regular, como actriz de repertorio.

M.E.C.D. 2016

TRUCUTÚ

¡CACHÓN, NO PUDIMOS ACUSAR A TRUCUTÚ DE ESCAPAR DE LA CÁRCEL! ¡ES UNA CALAMIDAD!

¡ES UN BRUTO Y A LOS BRUTOS NO SE LES PUEDE SORPRENDER! ¡EN VEZ DE ESCAPARSE, VIENE A PREGUNTAR POR QUÉ LO PUSIMOS PRESO!

PALACIO REAL DE GUZILANDIA GUZIGÚ-REY

¡AHORA NO PODEMOS HACER NADA!

EN PRIMER LUGAR, COMETIMOS UN ERROR AL ENCARCELARLO SIN CAUSA..

AHORA TENDRÉ QUE DARLE UNA SATISFACCIÓN AL BRIBÓN...

¡BAH, OLVIDE EL INCIDENTE, MAJESTAD!

TRUCUTÚ CONTINÚA SUS INVESTIGACIONES LEGALES...

¡CACHÓN, TENGO QUE AVERIGUAR POR QUÉ ME ARRESTÓ!

¡A UN LADO!

¡ALTO AHÍ! ¡NO PUEDE ENTRAR! ¡SU MAJESTAD ESTÁ OCUPADO!!

PALACIO REAL DE GUZILANDIA GUZIGÚ-REY

¡QUIERO SABER POR QUÉ ME ARRESTARON.... ¿OYE?

BAM WHOP THUD!

¿OYES? AHÍ ESTÁ ESE MAJADERO!!!! ¿CÓMO SALDREMOS DE ÉL?

¡BAH, YO ARREGLARÉ ESO!

¿CÓMO? ¿ESTÁ LOCO? ¿DICE QUE ESTUVO EN EL FOSO?

¡ESO ES ABSURDO! ¡ESTARÍA ALLÍ TODAVÍA! ¡DEL FOSO NADIE PUEDE ESCAPARSE!!

¿DE VERAS, EH? ¡PUES VENGAN Y LES MUESTRO!!

¿ASÍ ES QUE USÓ UNA SOGA ATADA A LA ROCA, EH??

¡NO VEO SOGAS!

¡CACHÓN, SE LA HAN ROBADO!!

EL FOSO

CENTINELA, ¿CUÁNTO TIEMPO ESTÁ VIGILANDO AQUÍ? ¿HA VISTO ALGUNA SOGA, DÍGAME??

¡TODO EL DÍA, MONSEÑOR! ¡NO HE VISTO SOGAS NI CUERDAS!!

¡IDIOTAS, LES HE DICHO QUE SUBÍ POR UNA SOGA!!!

¡EL FOSO ESTÁ VACÍO HACE DÍAS, SEÑOR!!

¡NO HAY DUDA, ESTÁ LOCO!

¡GRAN COCOROCO, UD. ES UN GENIO!!

¡ENTONCES, DEBO ESTAR MEDIO LOCO...!

DE ESO NO CABE DUDA...

¡TRUCUTÚ, ERES UN BUEN MUCHACHO, PERO TUS SESOS ANDAN MAL, POBRECITO!!

¡TIENE LA CABEZA HUERA!

¡SÍNTOMAS DE BANCARROTITIS MENTAL! NECESITAS REPOSO Y NO INCOMODARTE UNOS DÍAS!!!

V.T. Hamlin

¡BANCARROTITIS!! ¡CACHÓN, ME DUELE ALGO AQUÍ, ¡MI MADRE!

¡PERO JURARÍA QUE ESTUVE EN EL FOSO!!

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA

OTRAS TIERRAS PERDIDAS.

APARTE DE LA ATLANTIDA Y EL CONTINENTE DE MU, SE SUPONE QUE EL CONTINENTE DE LEMURIA, EN EL MAR ÍNDICO, Y EL DE ANTILIA, AL OESTE DEL ATLÁNTICO, TAMBIÉN DESAPARECIERON EN CATACLISMOS.

LA ANTILIA DEBIÓ SER PARTE DE ATLÁNTIDA, Y SE SUPONE FUÉ SEPARADO DE ESTE POR UN FENÓMENO ANTES DE SU TOTAL HUNDIMIENTO. CREESE QUE ESTE FUÉ EL ÚLTIMO CONTINENTE EN DESAPARECER, Y LA CIENCIA ESTIMA QUE SI EXISTIÓ DEBIÓ SER ANTES DE LA APARICIÓN DEL HOMBRE CIVILIZADO SOBRE LA TIERRA.

M.E.C.D. 2016

OS MUJERES EJERCIERON INFLUENCIAS DECISIVAS N LA HISTORIA DEL MUNDO

Por LUCIANO COROSI

FUE en París y por intermedio de amigos que conocí hace años a esa mujer extraordinaria: Angélica Balabanoff. Admirado y aturdido, le escuché entonces relatar la historia de su vida y, habiéndo conquistado rápidamente su simpatía, me invitó varias veces a tomar el te en su casa, me obsequió algunos de sus libros con amables dedicatorias, me habló de sus proyectos

Pero la fatalidad quiso que yo escribiera algunos artículos sobre ella. Sin embargo, yo los había redactado pesando cada palabra, con la esperanza de que, a pesar de su horror por la publicidad, le causarían placer. No comprendí pues, en realidad, por qué Angélica Balabanoff me guardaba rencor.

—¿No reproduje fielmente todas sus frases, referí su primera entrevista con Mussolini, su colaboración con Lenine? Le pregunté cuando me encontré con ella al cabo de cierto tiempo.

—Sí, respondió secamente, pero deformando una conversación que tuve en París con Lenine, Ud. pretende que yo lo conocía; ahora bien, todo el mundo sabe que ni en aquella época, ni más tarde, hablé de tí a Lenine. Este grave error destruye todos los méritos de su artículo. Le desprecio a Ud. cordialmente!

LA REVOLUCION PERMANENTE

Esta frase, este incidente representaba cuerpo entero a Angélica Balabanoff, la eterna descontenta, la revolucionaria permanente, encarnación típica del espíritu de oposición. Fué por oposición por que, en 1902 hubo de enojarse con sus padres, ricos burgueses de la Rusia del Zar, lanzándose a la lucha social, abandonando su país y convirtiéndose, en Bélgica, y más tarde en Suiza, en una de las figuras más curiosas de la emigración rusa. Dos dones le abrieron camino particularmente: su facilidad asombrosa para aprender idiomas y su notable talento de oradora.

En Suiza, en Lausana, se preocupa sobre todo por la suerte de los emigrados italianos. Habla admirablemente su lengua, organiza cursos para ellos, comparte sus inquietudes, sus alegrías. Un joven condidacto medio-obrero, medio-intelectual, despierta en ella mayor interés que los demás. Tiene el aspecto inteligente, simpático, lleno de posibilidades, pero por el momento sus bolsilos están vacíos. Angélica Balabanoff le devolverá la vida procurándole dinero y trabajo. Se convertirá en su camarada y, más tarde, cuando Benito Mussolini sea redactor en jefe de «Avanti», su colaboradora más íntima y más fiel.

Pero ella abandona a su «protegido» cuando éste crea el fascismo. Regresará como emigrada a Suiza, trabajará en adelante con Ulehanov, Vinoviev, Lenine, traduciendo los discursos de este último al alemán dando lecciones... de elocuencia, en 1917 entrará en Rusia con sus compatriotas para preparar la Revolución de Octubre.

Pero su destino quiso que permaneciera toda su vida en la oposición. A pesar de ser el brazo derecho y secretaria particular de Lenine, no podrá someterse largo tiempo a la disciplina ni estar de acuerdo con las nuevas directivas del partido. A fines de 1921 —vivo todavía Lenine— «trotzkysta» muchos años antes que Trotzki, abandonara definitivamente Rusia, en conflicto bierto con todolos los que trabajaron y lucharon con ella durante el cuarto de siglo.

Desde entonces, sin pausa ni descanso, se le ve errar a través del mundo.

Durante cierto tiempo aún redactó «Avanti», convertido en órgano de la emigración italiana; hoy escribe libros, dicta conferencias, y, aunque un poco marchitada pero no envejecida, permanece siendo el símbolo y también la parodia viva de la idea de la famosa «revolución permanente».

Un fabricante de jabón «comanditario»

¡Qué carácter totalmente opuesto al romanticismo de Angélica Balabanoff es el de Ivy Litvinoff! ¡La realista nata frente a soñadora incurable!

Un día una joven inglesa, revolucionaria, cierto, pero con la sangre fría y el sentido común de una británica, traba amistad en Londres con un vagabundo ruso con nombres múltiples. Hoy se llama Wallach, mañana Finkelstein, pasado mañana Papacha, más tarde Félix, y, «entre camaradas», Litvinoff. La policía lo detiene regularmente cada tres meses lo encarcela, lo expulsa de Inglaterra, quiere extraditarlo hacia la Rusia zarista. Cada vez, es la pequeña Ivy —con la cual termina por casarse— la que mueve tierra y cielo en su favor, va a ver a sus amigos ingleses o rusos, suplica a los funcionarios y concluye por hacer salir de la prisión a su marido.

Un día, poco antes de la Guerra, el Partido Bolchevique ruso, quiere celebrar su congreso en Londres, pero debe renunciar a ello por falta de «medios». A última hora, Ivy Litvinoff descubre en White Chapel un rico negociante en jabón ruso, quien, no por simpatía política, sino por simple cálculo (malo, desde luego), se muestra dispuesta a «adelantar» los fondos con tal que sean redimidos, con gruesos intereses, «cuando los revolucionarios hayan derrocado al Zar y asumido el Poder en Rusia».

El Congreso tuvo lugar y el ingenuo comerciante no volvió a ver nunca su capital, ni aun menos sus intereses. Pero después de la revolución, Lenine, que tenía buena memoria, envió la pareja «despabilada», que en lo sucesivo se llamaba oficialmente Litvinoff, como primer representante diplomático de los Soviets en Londres. Se conoce, ahora, la ascensión de Litvinoff, primeramente «brazo derecho» de Tchitcherine, y más tarde su sucesor. Lo que se ignora es que en los bastidores, durante sus años de rivalidad con su predecesor y, últimamente, desde 1935, defendiéndose contra mil intrigas, ataques, acusaciones, es a su mujer, a la que el ex vagabundo de White Chapel debe en gran parte su carrera su vida, sus honores.

La pequeña empleada londinense de antaño supo hasta ahora defenderse y proteger al mismo tiempo a su marido mucho mejor que tantos marxistas reputados, con mayor sagacidad que los jefes astutos del Guepeou, con mayor diplomacia que los antiguos embajadores y con mayor habilidad y «estrategia» que los mariscales y generales «suprimidos».

París, junio 1938.

En todas partes las mujeres están encantadas con el nuevo shampoo

Ni jabón ni grasa.- Y embellece el pelo.

Dicen que las pruebas son las que convencen y así se han convencido todas las damas que han probado el sorprendente shampoo recientemente puesto a la venta en los Estados Unidos y Europa. Una simple aplicación permite obtener no sólo una nueva sensación de pulcra limpieza, sino que hace desaparecer el viso mate que usted tiene en su pelo. Se lava la cabeza con este moderno shampoo e inmediatamente el cabello recobra su belleza natural y adquiere una esplendorosa apariencia.

Observe el pelo de esta joven. Fíjese en la diferencia que se provoca cuando se usa este revolucionario shampoo; por eso todas las damas se deciden a probarlo inmediatamente. Es lógico: usted también deseará darle a su pelo la belleza que realmente puede tener.

Los motivos que originan este milagroso efecto están reservados por un secreto científico. No se trata de una sustancia jabonosa ni que contenga grasa. No es ni aceite ni jabón. Es un sencillo shampoo líquido, pero es algo que usted no ha podido conseguir hasta ahora. La ciencia nos ha proporcionado algo rigurosamente nuevo; tan nuevo y original que su proceso de elaboración ha sido patentado.

Sólo se necesita humedecer el pelo; rociarlo con una pequeña cantidad del shampoo y, con una breve frotación, se obtiene tan preciosa y deslumbrante espuma como no puede darla ningún jabón. Esta espuma no tiene ninguna sustancia ácida o alcalina; por el contrario, es tan neutral que lo mismo puede aplicarse al pelo reseco que al grasiento. Sencillamente, usted se limita a frotar bien su pelo y a enjuagarlo con agua clara. Con eso basta.

¿Cómo?—dirá Ud.—¿no se necesita vinagre o limón o cualquier otro enjuague?—Y se le responde que "no".—No son necesarios; sólo se requiere agua limpia.

Esto es lo más sorprendente.—Drene no deja ese viso mate en el pelo que opaca su brillo natural, como ocurre con los antiguos métodos para lavarse la cabeza. Su cabello quedará suave, radiante, sedoso, al ser lavado con Drene.

Drene no afecta ni al pelo descolorido ni al teñido. Y algo más: la caspa desaparece con el uso de Drene porque este shampoo deja el cuero cabelludo escrupulosamente limpio.

Este producto ha sido probado y aprobado por el Good Housekeeping Institute, en los Estados Unidos.

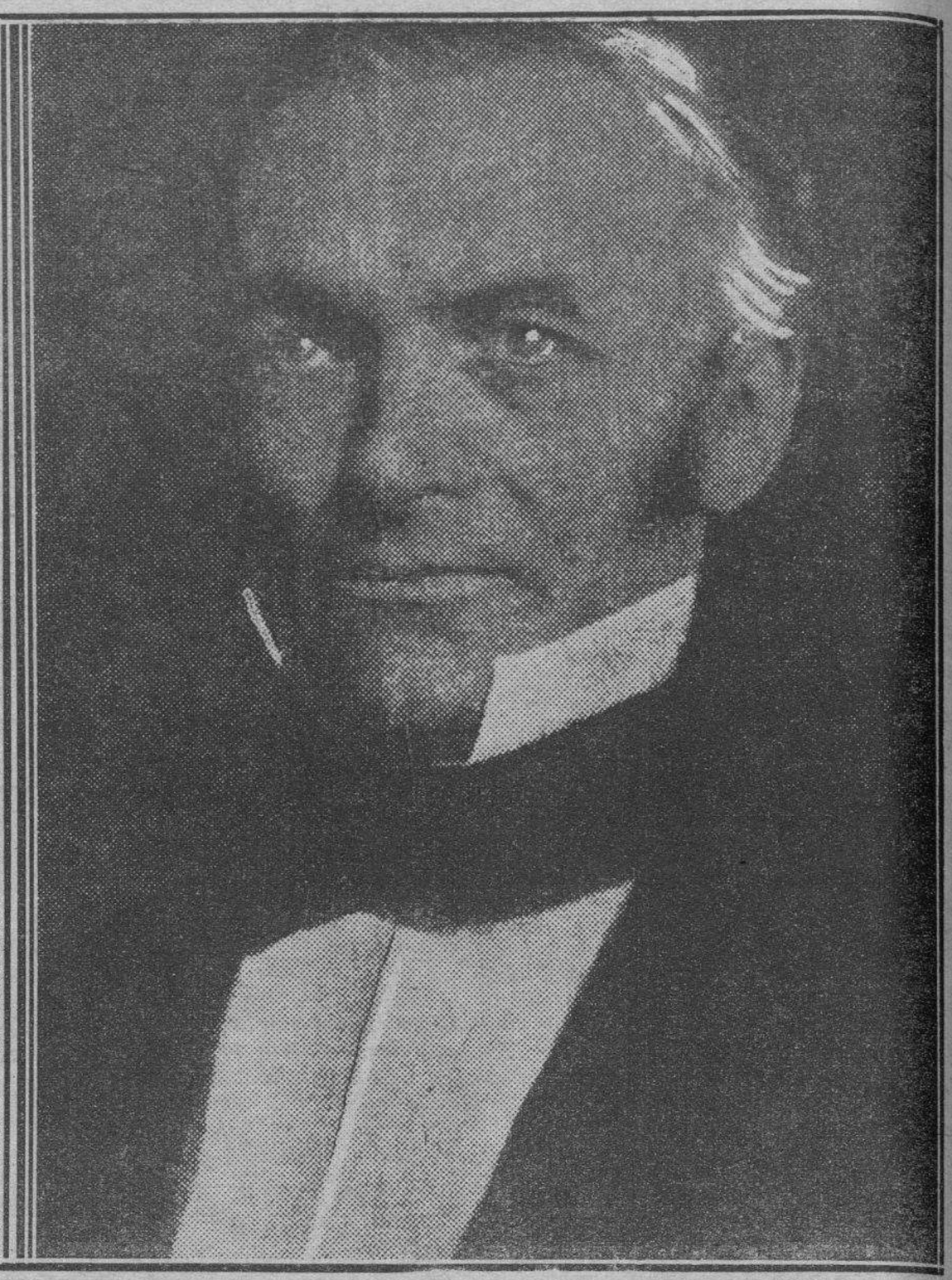
Las damas que lo han usado contínuamente se muestran orgullosas del estado saludable e higiénico de su cabeza y del vigor y la belleza que el pelo ha adquirido. Los médicos lo recomiendan porque elimina las enfermedades del cabello y lo mantiene sano y limpio. La propia limpieza del cuero cabelludo, con este nuevo método Drene, vigoriza el pelo. Y hasta la extrema sequedad del pelo y de la cabeza responde a la acción vivificante del método Drene, para lo cual sólo se requiere uno o dos shampoos a la semana, y unos pocos minutos de activo masage.

Drene es elaborado por Procter and Gamble, en los Estados Unidos, y distribuido en Cuba por Sabatés, S. A.

Usted puede comprar Drene en frascos de dos tamaños. Se halla a la venta en farmacias, perfumerías y tiendas de "Ten cent". En la mayor parte de los casos sólo se necesita la cantidad que cabe en una cuchara para conseguir un perfecto shampoo.—Y tenga la seguridad de que Drene es el más económico y embellecedor shampoo que usted haya usado. Pruébelo lo más pronto posible. Compre el tamaño grande. Así le saldrá mucho más barato cada lavado de cabeza.

M.E.C.D. 2016

La emperatriz Eugenia



Próspero Mérimée

VENTURA Y DESVENTURA DE LA CONDESA DE MONTIJO

Por PEDRO MASSA

FAMA, y bien merecida, tuvo siempre la corte española de albergar en su seno damas de superior belleza, limpísimo ninaje, garbo en el decir y en el obrar, generosas hasta el despilfarro, y dadas como ninguna al esplendor y a la ostentación, cuando con aquel frenesí de lujos creían poner en las cimas de la gloria el nombre y el prestigio de su pueblo. (Conocida es aquella anécdota de la duquesa de Osuma que, habiendo llegado a sus oídos, en París, la frase despectiva de que en España no había más que piojos, en el primer baile de corte a que le fué dado asistir mandó hacerse un vestido, todo él recamado de brillantes, prendidos de tal forma que, en los movimientos de la danza, pudieran desprenderse con facilidad. Cuando en los trenzados del rigodón alguien le advirtiera que iba dejando tras sí un reguero de piedras preciosas, la de Osuma sonrió indiferente, y sin dejar la figura de baile que hacía en aquel momento, exclamó con orgullosa fanfarria: «No se preocupe, milord. Esos son los piojos de España. No importan que se pierdan»...)

Capitana de este tipo de mujeres y acaso la más genial y representativa de todas, fué en los años medios del siglo XIX Doña María Manuela Kirkpatrick Grevigné, condesa de Teba, de Montijo, duquesa de Peñaranda, marquesa de Ardales, varias veces grande de España, y, para remate, el título que más la enorgullecía, madre de la emperatriz Eugenia, capullo de nardo granadino, injerto en el verde tronco del segundo Imperio francés.

Fuera de España, no brilló doña María Manuela con todas las luces que su riqueza, prosapia y talentos merecían. Tuvo el finísimo tacto de alejarse de su hija, una vez que la colocó en el trono de Francia, y el fulgor maravilloso de Eugenia deslumbró a los que la admiraban, deslumbre que no permitió distinguir en la lejanía el superior espíritu de la madre de que era hechura absoluta la flamante soberana.

Hasta hace unos años, Francia, y al decir Francia queremos decir Europa entera, no conoció a fondo cuanto de exquisito, noble y prudente anidaba en el alma de esta mujer, junto con aquellas otras cualidades de rebrillo y suntuosidad nunca vista, en las que se echaba de ver la pura veta de su españolismo. Conoció Europa todo esto a través de un libro, jugoso y peregrino, si los hay, dado a la estampa en París, en 1929, bajo este rótulo: **«Lettres de Prosper Mérimée a la Comtesse de Montijo, mere de l'Imperatrice Eugenie, publiées par les soins du Duc d'Albe (1839-1870)».**

Se trata, como se desprende de esta inscripción, de la copiosa correspondencia dirigida por el autor de «Columba» a doña María Manuela, en el largo período de tiempo que va de 1839 a 1870. Según se declara en el volúmen, la emperatriz entregó este precioso depósito a su sobrino, el de Alba, manifestándole su deseo de que se estampase algún día bajo el título que hoy ostenta, voluntad que cumplió el duque con el delicado «amore» de bibliófilo que pone siempre en ediciones de este linaje.

Y ved cómo de nuevo, en el hechizo de estas páginas, aparecen unidas estas tres figuras, triángulo clásico de amistad muy siglo XIX y muy francés, pues que lo forman un hombre de letras, una dama inteligente y madura y un pimpollo, llamado a los más altos destinos.

Veamos de diseñar la figura de doña María Manuela, aprovechando en parte el cúmulo de sugerencias, curiosidades y anécdotas que se contiene en el histórico documento, Mas antes permitidme una pincelada sobre Mérimée, que explicará un poco el tono y la entrada de sus epístolas.

o—O—o

Hombre de mundo, el de las dulces amistades durables (eternas si el objeto de sus devociones era una dama), elástico gatazo ronroneante y friolero a lo largo de todos los divanes de «reps» de los salones de su época. Feo y todo — tenía la nariz respingona, los ojos como dos pimientas, la boca grande e inexpresiva la mirada—, su charla era para las damas un puro deleite. Parisiense como Moliere y como Crébillon hijo, tenía éste el gusto por lo drolático y escabroso, y de aquel toda la fina ingeniosidad gala, mitad artificiosa y mitad espontánea. Su amor por los viajes le lleva de Oriente a los Alpes, de los Alpes a Escocia, de Escocia a las Termópilas, de las Termópilas a Munich (donde hace amistad con Lola Montes), de Munich a Venecia, de Venecia a Argelia, de Argelia a Constantinopla...

Casi siempre su última estado en estas fogosas correrías por el mundo, la hace en España, en España que ya le ha dado su primer éxito como escritor, «Clara Gazul», y de cuya entrada, caliente y colorista, arrancará una de sus obras de mayor nervio: «Carmen». En España encuentra también Mérimée sus amistades más caras, las que por modo más profundo influirán en su vida y en arte. Entre estas amistades, ninguna tan íntima y sabrosa como la que establece con la condesa de Montijo, a la que conoce, precisamente, en una diligencia camino de Granada. De esta época (1830) datan sus primeras «Lettres d'Espagne» dirigidas a la «Revue de París», en las que describe con una exaltación deliciosamente razonadora varias fiestas de toros y la figura del gran bandolero simpático José María «el Tempranillo» (¡¡ Matinal), «héroes de camino y caballero de insuperable fanfarria'.

Huesped de la condesa en su palacio de Madrid y en su quinta de los Carabancheles, cuyos jardines, al decir del novelista, «estaban plenos de suspiros», cuando vuelve a Francia a su pisito de la calle Lille, su pluma traza infatigable esta correspondencia intelectualista y mundana, de la que es lástima no conozcamos la réplica, perdida para siempre en el incendio de la casa de Mérimée.

o—O—o

Y ya tenemos en escena a la condesa. Ved el retrato que hace de ella Hanotaux: «La frente notablemente alta, los rasgos finos, la boca cerrada, corto y voluntarioso el mentón, los ojos un poco entornados y como en perpetua vigilancia; todo en esta mujer denota un temperamento frío, una naturaleza poco sentimental, un carácter firme, ambición, en una palabra».

Carácter firme, ambición, pasen. Temperamento frío y naturaleza poco sentimental, de ninguna manera. En la condesa de Montijo se da, como en pocas, la gran dama española, efusiva, tierna, pronta a la generosidad y al sacrificio, aunque estas virtudes aparezcan entreveradas con un desapoderado anhelo de lucir, con

M.E.C.D. 2016

una ambición sin límite de poderío, perfectamente compatibles con lo sentimental y entrañable de sus actos.

Mérimée, que la conocía como nadie, le escribe, a raíz del matrimonio de Eugenia: «Ahora es preciso que piense usted vivir para sí, en divertirse. Lo malo es que no tiene usted la costumbre, y en fuerza de pensar en los otros, se ha olvidado siempre de sí misma. Procure ser un poco egoísta». En otra ocasión le dice: «Voy creyendo que necesita usted tener siempre alguien por quién sacrificarse»... y como por estos testimonios podríamos señalarlas a miles de la terneza y cordialidad de aquel espíritu, hecho de señorío y fastuosidad, mas también de sincera conmiseración ante la desdicha ajena, de alegría y ardimiento para lo suyo y para lo que no lo es, prendas que en nada se compadecen con aquella frialdad de que habla Hanotaux, más por forjar una frase literaria que en fiel pintura de la primera dama del Madrid del ochocientos.

¡El Madrid del ochocientos...! En aquella capital, íntima y recogida, que bien podía caber bajo las cuatro puntas de una mantoncillo de crespón, doña María Manuela fué musa irreemplazable, ninfa Egeria de poetas y palatinos, restauradora y animadora sin par de la brillante tertulia cortesana, descaecida y como en ruinas después de la «ominosa década' del reinado fernandino.

Ya no se bailaba en el palacio de Santa Cruz; la alameda de Osuna había perdido su coruscante paseata de damas y mucharería, en graciosa rivalidad de encantos; el marqués de Santiago cerró sus salones, y otro tanto hicieron la duquesa de Benavente, el embajador ruso D'Ouvril y la princesa Partana, ministra de Nápoles.

Madrid, «la ciudad alegre y confiada», que dijera un ingenio de nuestra época, perdió su risa y alborozo, cayó en el tedio y la hipocondria, hasta que el alma gentil y el manojo de gracias que era la Montijo resolvió poner fin a aburrimiento tan desatado, abriendo el domingo de Carnaval de 1843 los salones de su palacio para el baile de trajes de mayor pompa y atuendo que registra la crónica matritense.

Allí la duquesa de Alba, la de Montemar, la de Miraflores; allí la duquesa de Alcañices, disfrazada de Noche (ya un tanto «opaca», como subrayara malicioso Mérimée); allí María Bushental, luciendo un traje de aldeana brasileña; allí Paca y Eugenia de Montijo, las perlas de la casa, la primera de cracoviana y la segunda de escocesa... Y de galanes, de Medinaceli y Alba para abajo, la flor y espuma llenaban estrados y saletas.

Se bailaron pavanas y contradanzas; se escanció y saboreó de lo lindo en el amrigú; se murmuró de política, de modas, de literatura; hubo condolencias **sotto voce** por el fusilamiento de Diego de León «el mejor mozo y la primera lanza del reino», y al apuntar las luces del día, deshízose la esplendorosa asamblea, no sin que ojos avisores sorprendieran más de una mirada de amor en las azules pupilas de Paca de Montijjo y en las negras dominantes del poderoso mancebo don Jacobo Luis Stuart Fitz-James y Ventimiglia, VIII duque de Berwick y XV de Alba, que en un año después llevaba a los altares a la dama de sus pensamientos...

Ya ha colocado doña María Manuela, en los blondos cabellos de su primogénita, la primera corona ducal de España. Queda la menor, Eugenia, en espera de otro connubio de no menor relumbre. No resistimos a la tentación de traer aquí el retrato que hace don Juan Valera, joven contertulio de la Montijo, en esta época, de la futura emperatriz. «Es una diabólica muchacha que con una coquetería infantil, chilla, alborota y hace todas las travesuras de un chiquillo de seis años, siendo al mismo tiempo la más **fashionable** señorita de esta villa y corte, y tan poco corta de genio y tan mandoncilla, tan aficionada a los ejercicios gimnásticos y al incieso de los caballeros buenos mozos, y, finalmente, tan adorablemente mal educada, que casi se puede asegurar que su futuro esposo será mártir de esta criatura celestial, nobiliaria y, sobre todo, riquísima».

Al retortero de la celestial criatura andan el marqués de Ayerbe, Joseíto Xifre (que amenazó con levantarse la tapa de los sesos, si no le daban aquel pimpollo), el infante don Enrique, Eduardo Odier, el duque de Osuna, el embajador de Francia... a más de esa caterva de segundones de poca plata y rancio pergamino, muchos de los cuales servían en los ejércitos del rey. «Tenga usted cuidado — aconsejaba Mérimée a la condesa — con los subtendientes de brillantes uniformes.

La condesa de Montijo — El conde de Montijo

La emperatriz Eugenia y la duquesa de Alba.

Ya es sabido cómo este plantel de galanes fué derrotado por el príncipe Luis Napoleón. Eugenia es la emperatriz de Francia. Y doña María Manuela, **la plus grande mariense du siecle**, como la ha llamado Hanotaux, consumada la gran tarea de su vida, antes que ser un personaje secundario en el Eliseo o las Tullerías, prefirió, con gran acierto, volverse a su palacio de Madrid y a su quinta de los Carabancheles donde sería reina y señora y no **Madame Belle Mere**, como ya la llamaban a orillas del Sena.

De nuevo el salón de la Montijo es eje y foco de la alta sociedad madrileña. Y no es porque no le disputasen este cetro de cortesanía y fausto Fernán Núñez con sus **chocolates**, la marquesa de Molins con sus **nochebuenas**, Medinaceli con sus saraos y pavanas, los de Osuna con sus bailes de niños, el duque de Rivas con sus conciertos y veladas en las que hace regalo de sus versos — morena musa del trópico — Gertrudis Gómez de Avellaneda. Hasta la ex reina Gobernadora y Riánsares organizan fiestas a la misma hora que la Montijo, para ver si atraen a su palacio el florido cortejo de la irresistible...

Todo en vano Doña María Manuela triunfa por modo absoluto, hasta que... llega un día en que aquella estrella rutilante de su felicidad y poder se eclipsa de súbito no sobreviniéndole ya más que infortunios y descalabros. En 1858, el conspirador Orsini arroja tres bombas al paso del landó que ocupan Eugenia y su marido. De milagro salieron ilesos. Poco después, su hija Paca muestra los primeros síntomas de la tuberculosis. Imaginaos los desesperados esfuerzos de la condesa para salvarla, y su terrible dolor, al ver que se le consume en la flor de los años. La llevó a París para que la presencia de la emperatriz la animara, y en París se tronchó aquella frágil belleza, hundiendo a la Montijo en la mayor aflicción de su vida.

No habían de parar ahí sus miserias. Eugenia no es feliz en su matrimonio. Las sombras de la Castiglione y la Bellanger echan por tierra sus ensueños de enamorada. La tragedia de México pone nuevos acíbares en el espíritu de doña María Manuela, y de tumbo en tumbo, llegamos a la catástrofe de Sedán; al torbellino revolucionario, a no saber qué es de su hija, ni de su nieto, ni siquiera del emperador, barridos todos por la ola ciega de lo ineluctable.

«Vivo, madre mía — le dice Eugenia en una carta, fechada en el Marine Hotel, de Hastings, siete días después del desastre —. No he desertado de mi puesto».

Y estas palabras fueron como un rayo de luz, en la noche oscurísima de aquella mujer, que todo lo creyó roto y en cenizas, y, entre todo, la vida de los suyos.

Un nuevo golpe le reserva todavía el destino: **Loulou**, su nieto, el príncipe muy amado, aquél que esperaba ver un día en el trono de San Luis, cae muerto en Zululandia, y esta noticia vence y deshace las energías de su espíritu, que nunca más se alzará del polvo de la pesadumbre.

Como una sombra empapada de llanto, piérdese ahora la condesa por las avenidas de su quinta de Carabanchel, florecidas otrora de jazmines y yedra; pobladas de álamos negros, de cinamomos y árboles del amor, de plantas trepadoras y surtidores rumurosos... Vientos de ruina pasaron por aquellos vergeles y, al igual que en su palacio de Madrid el tiempo deslució brocateles y sedas, aquí también todo parece envuelto en brumas de la melancolía, y crece el arrayán, y la madreselva, la albahaca pomposa, y nadie se cuida de aderezarlos, cual si la vida y el contento hubieran escapado para siempre de este lugar.

Años isabelinos, teatrillo volante de la condesa, bajo los árboles copudos, el **Caprice**, de Musset, la **Norma**, de Bellini, **El hombre de mundo**, de Ventura de la Vega!... Eugenia y Paca, Enriqueta Cabarrús, la condesa de San Luis, erigíanse, entre el boscaje, en comediantas de tono, y un aire galante y dieciochesco parecía animar las deliciosas escenas.

Todo esto no es ya sino recuerdo y lejanía, cosa pasada. Lo presente es esta anciana octogenaria, ciega, que [illegible] los arriates y los árboles para [illegible] tarse en el jardín; que va al toque de queda hasta la ermita próxima de Nuestra Señora de La Antigua, donde reposan los restos de su hija Paca; que reza, que eleva al cielo sus pupilas sin luz, y que pide al Altísimo, no alivio para sus achaques, sino **protección y gracia** para aquella otra hija **errante, sans patrie ni home**, como escribiera Nassau.

Y una mañana, en suavidad y silencio, murió la condesa de Montijo, y cuatro duques — el de Alba, el de Huéscar, el de Tamames y el de Galisteo, — llevaron su féretro por las calles de Madrid — como se canta en el romancillo de la reina Mercedes — hasta depositarlo junto a la tumba de su marido.

Tal es la esperanza de doña María Manuela Kirkpatrick Grevigné, la gran dama de su siglo, aquella de la que dijera Ticknor que era «la más culta, la más graciosa y la más interesante mujer de España».

Por qué sentirse debil, fatigado, febril y triste, mientras todos los demás ríen y gozan de la vida? No se preocupe.

TOME

QUINIUM LABARRAQUE

APROBADO POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS.

Poderoso contra el paludismo, la debilidad, los estados febriles. Se recomienda a los convalescientes, a los ancianos, a los niños anémicos. Preparado con vino añejo de Málaga y conteniendo un extracto completo de todos los principios asimilables

De venta en todas las buenas Farmacias.

Depósito: MAISON FRERE

19, Rue Jacob París (6)

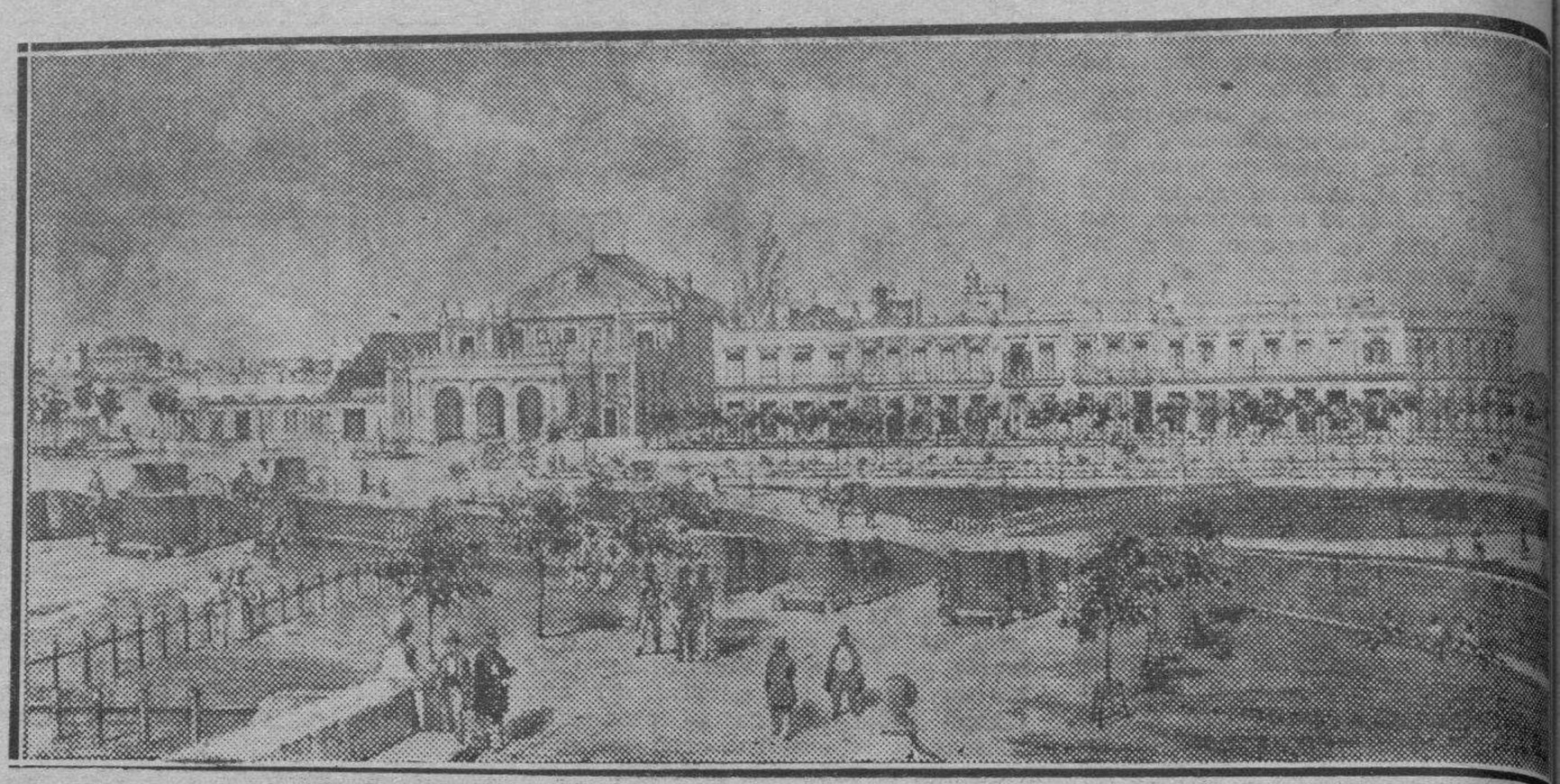
VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

NOCHES de TACON

por

FEDERICO VILLOCH

(Continuación)



III

ello la ardua tarea de ofrecerle al públi_ blico el estreno aquí en la Habana de la obra «El Patio» de los Quintero, a raíz casi de haberse estrenado dicha obra en Madrid; y fué tan palpable el fracaso, que a los pocos días se retiraba la obra de los carteles, echándosele la culpa del desastre, con extrañeza de los que siem_ pre los habían admirado, a sus autores, «los famosos niños sevillanos». La com_ pañía de Larra y Balaguer escogió pre_ cisamente para su debut en el Gran Tea_ tro la aquí fracasada obra «El Patio», y en contra de lo que se esperaba, el éxito tanto de la obra como de la compañía, fué de los más ruidosos y brillantes que se recuerdan en la Habana. Cada vez que la compañía Larra y Balaguer deseaba hacer una buena entrada, ponía «El Pa_ tio»; y el enorme Teatro de Tacón se llenaba de bote en bote. Moraleja: una buena interpretación contribuye en un cincuenta por ciento al éxito favorable de una obra teatral; y por el contrario, un conjunto deficiente, la hunde en el más injustificado de los fracasos.

El gobierno cubano, queriendo crear por aquella fecha, una escuela de de_ clamación, puso al frente del Conservato_ rio Nacional, como director, al prestigio_ so actor señor Larra, quien transfirió su vuelta a España con ese objeto; pero... los peros que siempre hacen fracasar nuestros mejores deseos, acabó por irse, sin que llegara a realizarse el bello pro_ yecto de la escuela. Desde entonces se sigue tocando la propia sinfonía con el mismo motivo; y mientras no se funde aquí una escuela de declamación, y fi_ guren en su cuadro de profesores artistas de la talla de Larra—que aquí los hay—el empeño de crear un teatro nacional no llegará a realizarse; a no ser que se quiera abrir un restaurant sin cocine_ ros...

IV

DIRIASE que el teatro ha des_ aparecido—o tiende a ello —para refugiarse en el cine. Aquellos melodramas terroríficos y sentimenta_ les del «tiempo España», que hacían el encanto de nuestra niñez, y también de los primeros años de nuestra primera juventud, habían sido arrinconados ya obligados por las orientaciones del gusto moderno; pero he aquí que el cine, que tiene la palabra en la hora de ahora, en cuestión de gusto artístico (sic), está desenterrando aquellos melodramas «cursis», para enriquecer y darle amenidad a su fílmico repertorio: «El Cura de Aldea», «El Conde de Monte_ cristo», «La Dama de las Camelias», «Los dos Pilletes», «Los Miserables» etc., etc. constituyen los los últimos triunfos de la pantalla; como si nos quisieran decir los directores de Hollywood:

—Vosotros no habéis sabido apreciar el mérito de estas obras, y he aquí que vie_ ne la película a demostrar el error en que habéis vivido.

Cursis o no las tales obras, es lo cierto que cuando las volvemos a ver en el cine experimentan nuestros espíritus cierta gra_ ta complacencia que no nos ocultamos en hacer pública, como una especie de des_ agravio a nosotros mismos, ante los seve_ ros juicios de que hemos sido objeto múl_ tiples veces por los aristarcos modernos... Y también a veces nos sonreímos con cier_ ta ligera conmiseración, recordando el candor con que nos subyugaron en el pa_ sado ciertas nonadas que en verdad no tenían ni motivo ni base para ello.

No hace mucho leímos en la «crónica teatral», la crítica de un periódico madri_ leño—desde luego, cuando aún había en Madrid humor y motivo para ocuparse de estas cosas—en la que se daba cuenta de una reciente representación de «El Tro_ vador», de Don Antonio García Gutiérrez, que tanta bulla armara la noche de su estreno, el primero de marzo de 1836, en el teatro de La Cruz de aquella corte, en una función a beneficio del aplaudido actor cómico Guzmán. El autor de la ci_ tada crónica se asombraba de que hubie_ sen podido causar tanto efecto los ver_ sos de «El Trovador». Y en verdad que aquella famosa y tantas veces citada re_ dondilla:

Al campo Don Nuño voy
donde probaros espero,
que si vos sois caballero,
caballero también soy,

lo único que probaba era la bondad y el candor de aquel público abuelo que tan complacido la escuchaba.

El éxito de «El Trovador» descansó prin_ cipalmente, como indicó Don Cayetano Rosell, en que aseguraba el porvenir de una reforma social, considerada por al_ gunos como una verdadera revolución. Un «Juan José», en versos sonoros y efec_ tistas, pudiéramos decir. Del mismo corte es el drama de Zorrilla «El Zapatero y el R y», que si hoy se pusiera en escena aca_ baría en una formidable contienda a bote_ llazos y otros proyectiles, entre los bandos contendientes de los momentos actuales.

Una de las últimas adaptaciones de es_ tas obras al celuloide fué la del melodra_ ma de Pierre Decourcelle, «Los dos Pille_ tes», que vimos centenares de veces con nuestros hijos, representado en Tacón, Payret y la antigua Comedia, por acto_ res de casa, o que en ella vivían: Garri_ do, Artecona, Segarra, Enriqueta, la Ca_ sado, la Adams etc...

Cuando evocamos la figura arrogante—era camagüeyano—de Don Pablo Pildain, se nos representa en el acto la de Maxi_ miliano, Emperador de Méjico y príncipe austriaco que murió fusilado en Querétaro por las victoriosas tropas de Juárez, aquel gallardo caballero todo prestancia y nobleza, ojos azules, rubias patillas que le bajaban hasta el pecho... Pildain te_ nía andares de Emperador y también gesto altivo de Rey, cuando representaba a Luis XVI en la obra italiana de Giacometti. Le venían como cortados para él todos los papeles pomposos, «Diego Corrientes», Don Juan de Serrallonga» y «Don Juan Tenorio», en los que la prestancia de su figura llenaban no pocas deficiencias de su declamación. La compañía dramática de Don Pablo, en la que figuraba como primera actriz, la que lo era genial, cier_ tamente, Anita Suárez, gozaba de grande y merecido prestigio en toda la isla; la que recorría una o dos veces al año con pingües resultados. Carlos Sarzo, que des_ pués ingresó en el teatro vernáculo con buen éxito, figuró en la compañía de Don Pablo mucho tiempo como galán joven. También Eloísa Trías, la genial artista de carácter que fué una de las estrellas de «Alhambra», trabajó en sus principios con Pildain, de dama joven. «El Cochero Si_ món» «La Huérfana de Bruselas» que per_ tenecían al repertorio del actor camagüe_ yano, y de cuyas obras cuando hablamos siempre nos responde la sonrisa desdeño_ sa de algún joven interlocutor, tengamos por seguro que el mejor día nos las anun_ cian en Hollywood, montadas por alguno de sus famosos directores e interpretadas por Greta Garbo, los Barrymore, William Powell, etc. ¡Cuán cierto es que la verdad y la justicia al cabo se abren paso!

Al propio tiempo que Pildain honraba nuestros teatros el siempre aplaudido y muy querido y considerado entre nosotros actor español—era gaditano— Don Leo_ poldo Burón. Las temporadas de Burón, casi siempre en el Gran Teatro de Pan_ cho Marty, eran deliciosas. Los pollones de diez y ocho a veinte años de entonces em_ pezaron a «ver teatro» con Don Leopoldo. ¿Quién no recuerda el graciosísimo Dr. Mirabel de «Los Sobrinos del Capitán Grant?, que se olvidaba de todo? Era un actor que llenaba todos los gustos y satisfacía todos los ideales. El nos dió a conocer antes que nadie o, por lo menos, con más asiduidad, el repertorio de Don José Echegaray, y el muy cómico de Vi_ tal Aza. «El Gran Galeote», «O Locura o Santidad», «La Peste de Otranto», «Mar sin Orillas» etc., del primero; y «El Som_ brero de Copa», «Militares y Paisanos», «El Padrón Municipal», «El Señor Cura», etc. del segundo. Burón se desenvolvía con discreción lo mismo en lo dramático que en lo cómico. El fué el propiciador del tea_ tro barato a peso billete la luneta, que venía siendo cincuenta centavos plata de hol. Personalmente era un hombre de extrema simpatía, compañero amistoso de la juventud del «Louvre»; de su compa_ ñía salió aquella damita joven—Fernan_ da Rusquella—que fué entre nosotros la estrella de primera magnitud del género chico español, que tan pingües ganancias proporcionó a las empresas que sucesi_ vamente explotaron «El Teatro Cervan_ tes» y el de «Albisu». Puede decirse que Don Leopoldo Burón con sus animadas y periódicas temporadas fué el que mantuvo en el público habanero la afición al tea_ tro. Burón era cosa nuestra; así que cuan_ do falleció en Cádiz, tan triste noticia pro_ dujo aquí hondo pesar. El teatro Princi_ pal de Cádiz fué fabricado por él; y el Ayuntamiento de aquella ciudad se lo ad_ judicó en pago de contribuciones atrasa_ das. En casa del herrero...

También rindió fructíferas y repetidas temporadas de arte en el teatro de Pancho Martí, la inolvidable actriz cubana—tan modesta y tan buena—Luisa Martínez Ca_ sado. Con ella compartían los aplausos del público su esposo, el señor Puga; su her_ mano, el primer actor Manolo Casado, de gentil aspecto y cualidades artísticas muy apreciables; su cuñada, la bella y discre_ ta primera dama Celia Adams; su herma_ na Socorro; y su sobrinita Socorrito, des_ de sus más tiernos años muy discreta y prometedora artista, que luego hemos vis_ to ha logrado ocupar en las mejores com_ pañías un buen puesto. Luisa tenía predi_ lección por el teatro de Echegaray; bien es verdad que en su tiempo era casi el único que aceptaban e imponían los pú_ blicos de habla española. Bordaba ade_ más el género sentimental de Don Ma_ riano de Larra, el hijo de Fígaro, autor, entre otras obras de «La Oración de la tarde». No le era extraño el repertorio de Vital Aza, Ramos Carrión, y otros autores cómicos de aquella época. También hacía, y con grandes aplausos, el teatro español antiguo: «La Vida es Sueño», etc. En «Los Amantes de Teruel», de Don Juan Euge_ nio Harztembush, ella y su hermano Ma_ nolo rayaban a gran altura. De haber vivido Luisa en nuestros días, hubiera sido la artista ideal para el teatro moderno criollo que ha empezado a dar señales de vida positiva, abandonando «las gavetas», en que hasta ahora vivió reposado, sino activo; y ya para siempre a merced de [illegible] das las opiniones. Siempre animó a L[illegible] el deseo de rear un teatro cubano; p[illegible] entonces los autores que ahora han d[illegible] pertado, por lo que se vé, con buena f[illegible] tuna, vestían aún de mameluco y ba[illegible] y los que usaban ya pantalones largo[illegible] se sentían con fuerzas suficientes p[illegible] medirse con los grandes maestros de [illegible] escena, lo que prueba que se aplicaba[illegible] conciencia la máxima del filósofo: «N[illegible] te ipsum» «conócete a ti mismo».

Jamás olvidará el público de la Hab[illegible] el debut en el Gran Teatro, de Don A[illegible] tonio Vico, allá por el año 93; y menos [illegible] sus magníficas interpretaciones—no o[illegible] tante su voz ya bastante velada—de [illegible] obras de Don José Echegaray, entre e[illegible] «O Locura o Santidad»; «Mancha [illegible] Limpia», «El Gran Geleoto» esa ge[illegible] creación dramática al nivel de las m[illegible] jores del teatro moderno de todos los p[illegible] ses; aunque otro cosa piensen los que [illegible] quieren pensarlo así. «El Galeoto» es [illegible] obra que llega a todos los públicos, por [illegible] ambiente de vida real en que se desenvu[illegible] ve. Recuerda el postalista una su sirvi[illegible] ta a quien acostumbraba regalarle en[illegible] das de favor para los teatros. Habien[illegible] visto una noche «El Gran Galeoto» al [illegible] siguiente le preguntamos su parecer s[illegible] bre la obra, y la criada interpretó con [illegible] fidelidad más exacta la genial crea[illegible] de Echegaray, dicéndonos:

—¡Magnífica! chismes, chismes y m[illegible] chismes; y ya se ve lo que traen los c[illegible] mes.

Don Antonio vino varias veces a Cu[illegible] En su última excursión—oh! caídas [illegible] genio—trabajaba a sueldo, de primer [illegible] tor, en la compañía de Manolito Casa[illegible] el hermano de Luisa, quien tuvo el arr[illegible] que generoso—loada sea su memoria—[illegible] tenderle su mano amiga al compañero [illegible] desgracia. Ya iba en plena derrota m[illegible] y física. Estando en Nuevitas se enfe[illegible] de cuidado; y allí entregó su alma a D[illegible] aquel genio del teatro español contem[illegible] ráneo, que vivió sometido por el des[illegible] adverso a tan duras y amargas prueba[illegible]

Si no fuera por no salirnos de los [illegible] mites de estas postales, referiríamos [illegible] gunas de las mil anécdotas que conoce[illegible] de la vida íntima de Don Antonio Vi[illegible] pero vamos a citar, por lo menos, una [illegible] ellas. Acompañaba siempre en sus exc[illegible] siones artísticas a Vico un fiel criado [illegible] tenía llamado José. En sus últimas e[illegible] pas, cuando ya el público había inici[illegible] esa retirada que es como el vacío que [illegible] máquina pneumática de la realidad va [illegible] ciendo un día tras otro en el corazón [illegible] los artistas en decadencia, Don Anto[illegible] desconfiado, le encargaba a José an[illegible] de empezar la función que fuera a mi[illegible] por el «agujero del telón de boca» si h[illegible] bía poco o mucho público en la sala; [illegible] cuando aquel, como de [illegible] caso, José, después de mirar por el [illegible] sodicho agujero, le decía a su amo, p[illegible] no herirlo con la rudeza de la verda[illegible] ra frase:

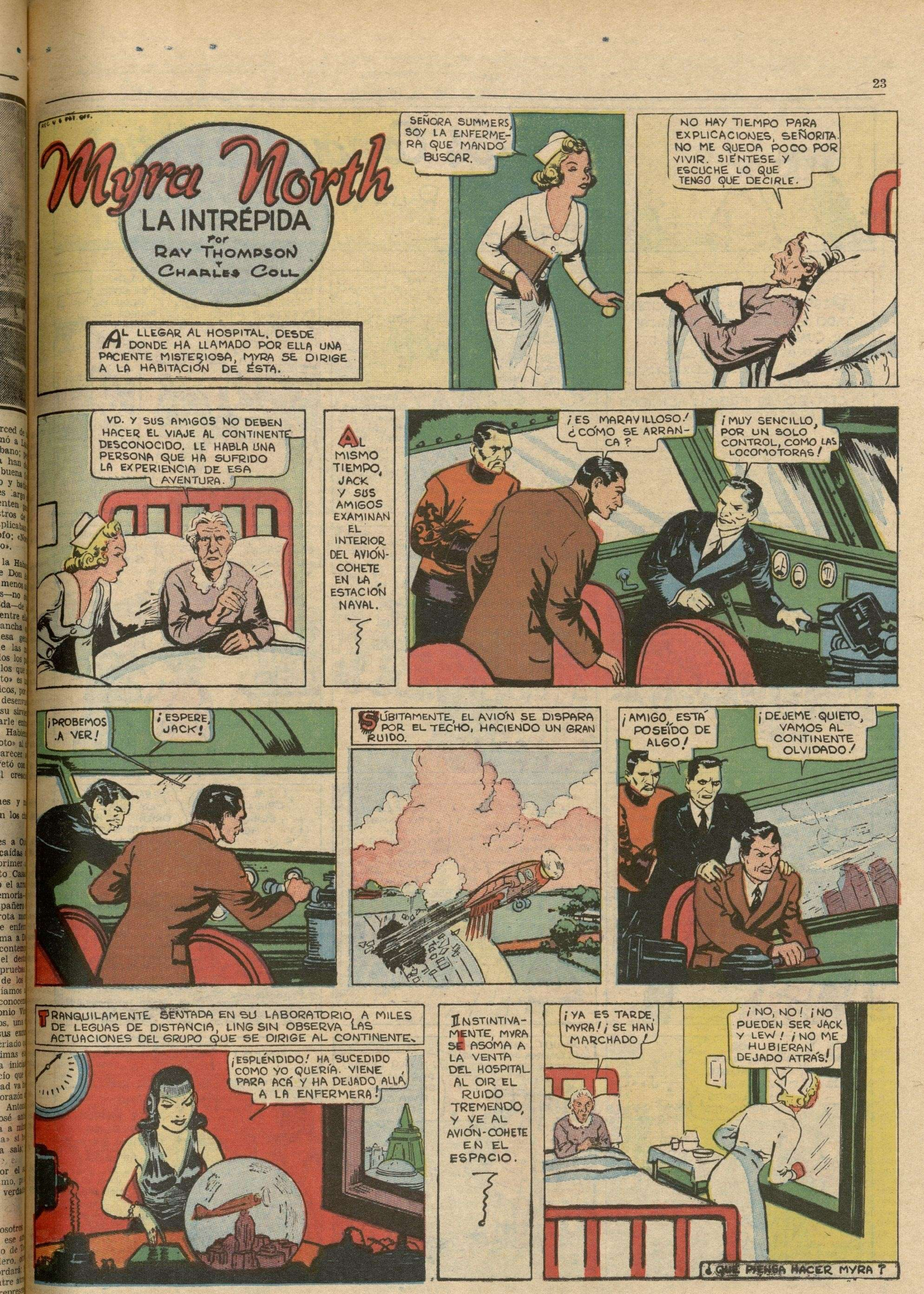
—Don Antonio: les podemos.

Quería decir: son menos que nosotros.

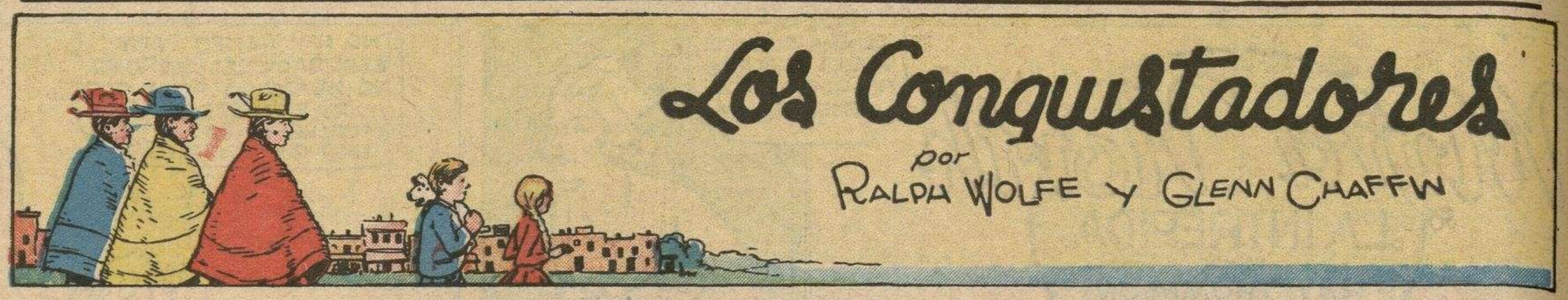
Diríase que vaga también por ese am[illegible] biente del que fué el Gran Teatro de T[illegible] cón la sombra de Don José Valero, o[illegible] gran artista que el público recordará [illegible] que hacía aquí «La Carcajada» entre at[illegible] nadores aplausos. Cierta noche, repres[illegible]

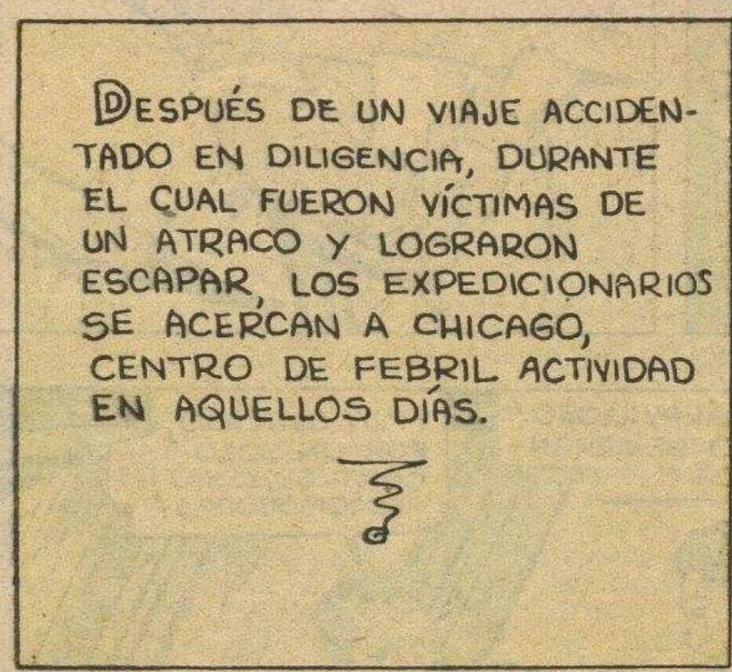
(Continuará el próximo domingo)

M.E.C.D. 2016


REG. U. S. PAT. OFF.
Myra North
LA INTRÉPIDA
por
RAY THOMPSON
Y
CHARLES COLL
AL LLEGAR AL HOSPITAL, DESDE DONDE HA LLAMADO POR ELLA UNA PACIENTE MISTERIOSA, MYRA SE DIRIGE A LA HABITACIÓN DE ÉSTA.
SEÑORA SUMMERS, SOY LA ENFERMERA QUE MANDÓ BUSCAR.
NO HAY TIEMPO PARA EXPLICACIONES, SEÑORITA. NO ME QUEDA POCO POR VIVIR. SIÉNTESE Y ESCUCHE LO QUE TENGO QUE DECIRLE.
VD. Y SUS AMIGOS NO DEBEN HACER EL VIAJE AL CONTINENTE DESCONOCIDO. LE HABLA UNA PERSONA QUE HA SUFRIDO LA EXPERIENCIA DE ESA AVENTURA.
AL MISMO TIEMPO, JACK Y SUS AMIGOS EXAMINAN EL INTERIOR DEL AVIÓN-COHETE EN LA ESTACIÓN NAVAL.
¡ES MARAVILLOSO! ¿CÓMO SE ARRANCA?
¡MUY SENCILLO, POR UN SOLO CONTROL, COMO LAS LOCOMOTORAS!
¡PROBEMOS A VER!
¡ESPERE, JACK!
SÚBITAMENTE, EL AVIÓN SE DISPARA POR EL TECHO, HACIENDO UN GRAN RUIDO.
¡AMIGO, ESTÁ POSEÍDO DE ALGO!
¡DÉJEME QUIETO, VAMOS AL CONTINENTE OLVIDADO!
TRANQUILAMENTE SENTADA EN SU LABORATORIO, A MILES DE LEGUAS DE DISTANCIA, LING SIN OBSERVA LAS ACTUACIONES DEL GRUPO QUE SE DIRIGE AL CONTINENTE.
¡ESPLÉNDIDO! HA SUCEDIDO COMO YO QUERÍA. VIENE PARA ACÁ Y HA DEJADO ALLÁ A LA ENFERMERA!
INSTINTIVAMENTE, MYRA SE ASOMA A LA VENTA DEL HOSPITAL AL OIR EL RUIDO TREMENDO, Y VE AL AVIÓN-COHETE EN EL ESPACIO.
¡YA ES TARDE, MYRA! ¡SE HAN MARCHADO!
¡NO, NO! ¡NO PUEDEN SER JACK Y LEW! ¡NO ME HUBIERAN DEJADO ATRÁS!
¿QUÉ PIENSA HACER MYRA?

M.E.C.D. 2016


Los Conquistadores
por
Ralph Wolfe y Glenn Chaffw


DESPUÉS DE UN VIAJE ACCIDENTADO EN DILIGENCIA, DURANTE EL CUAL FUERON VÍCTIMAS DE UN ATRACO Y LOGRARON ESCAPAR, LOS EXPEDICIONARIOS SE ACERCAN A CHICAGO, CENTRO DE FEBRIL ACTIVIDAD EN AQUELLOS DÍAS.

¿ES ESTO CHICAGO? ¿DONDE ESTÁN LOS INDIOS?
ESTAMOS EN CHICAGO CHIQUILLO. ¡ES UNA GRAN CIUDAD, PERO LOS INDIOS SON MENDIGOS!

ESTÁ CRECIENDO LA CIUDAD Y LO ÚNICO QUE TIENE EN SU CAMINO ES EL LAGO PERO PIENSAN HACER UN PUENTE.
LO DICE EN SERIO, PERO ME PARECE QUE BROMEA.

CHICAGO
¡YA LLEGAMOS, SEÑORES! ¡SIENTO NO PODER SEGUIR CON VDS.!
NOSOTROS TAMBIÉN SENTIMOS NO PODER SEGUIR EN ESTA DILIGENCIA

¡TENEMOS QUE PAGARLE A ESE HOMBRE, QUERIDA!
TIENES RAZÓN DE UNA VEZ. DAME TODO EL DINERO.

NO, HANK, DÉJAME GUARDARLO. PODRÍAS COMPADECERTE DE ALGÚN JUGADOR Y ENTREGÁRSELO TODO, COMO HICISTE CON MISSISSIPPI.
¡MUY BIEN, ANA, TÚ LO GUARDAS Y YO LO GASTO!

¿NO PODRÍAMOS QUEDARNOS AQUÍ UN DÍA PARA DESCANSAR UN POCO? YO ESTOY MUY FATIGADA
POR LO MENOS, NOS QUEDAREMOS ESTA NOCHE VOY A VER SI AVERIGUO NOTICIAS DE CALIFORNIA.

¡FRANK, MAMÁ DICE QUE PODEMOS IR A VER EL LAGO!
¡PRECISAMENTE, Y ALLÍ PUEDO DARLE UN BAÑO AL PERRO!

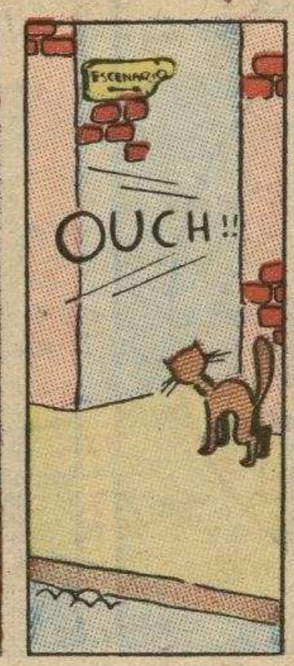
¡AL AGUA, ORIENTE! ¡ÉCHATE AL AGUA!
¡FRANK, ESTÁ MUY FRÍA. ORIENTE SE HELARÁ. Y NO SABE NADAR.

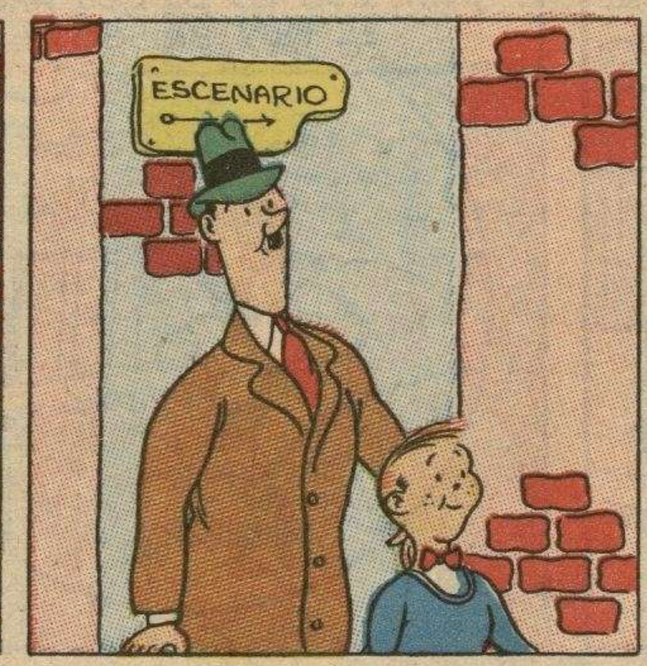
¡SON INDIOS! ¡HUYAMOS!
¡NO NOS HARÁN NADA PERO CÁLLATE PORQUE SON MUY BUENOS COMERCIANTES!

¡JU-JU! ¡QUIELE PERRITO! ¡CAMBIA POR COLLAR!
¡NO LO CAMBIO POR UN BARRIL DE CUENTAS! ¡PARA QUÉ LO QUIEREN!

¡COMER!
¡HUM! ESTE PERRO NO SE LO COMEN USTEDES, AMIGOS!

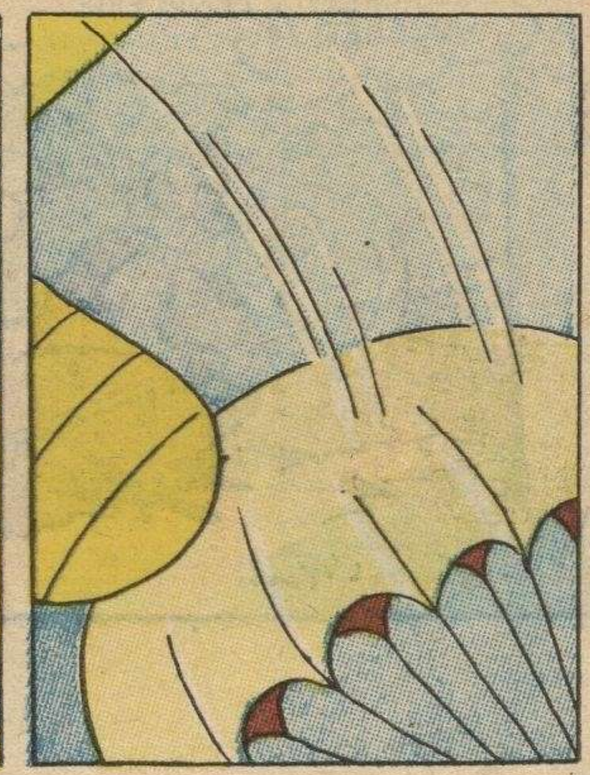
M.E.C.D. 2016

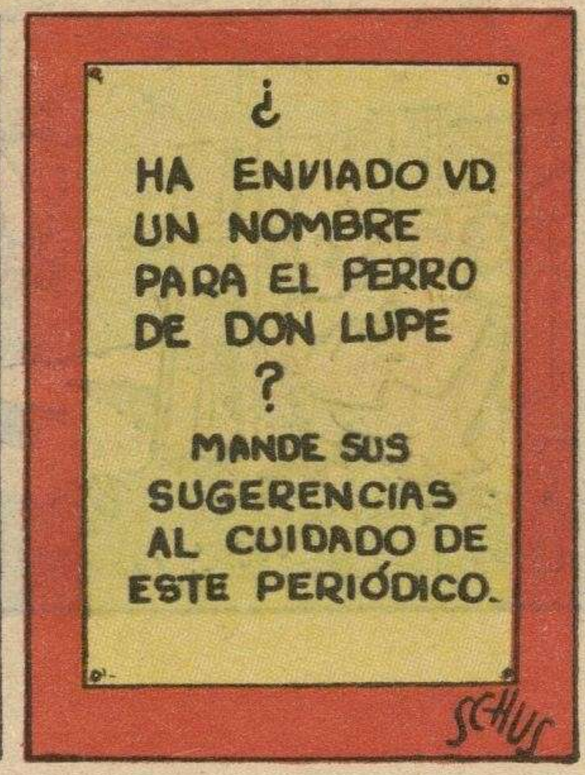




Don Lupe

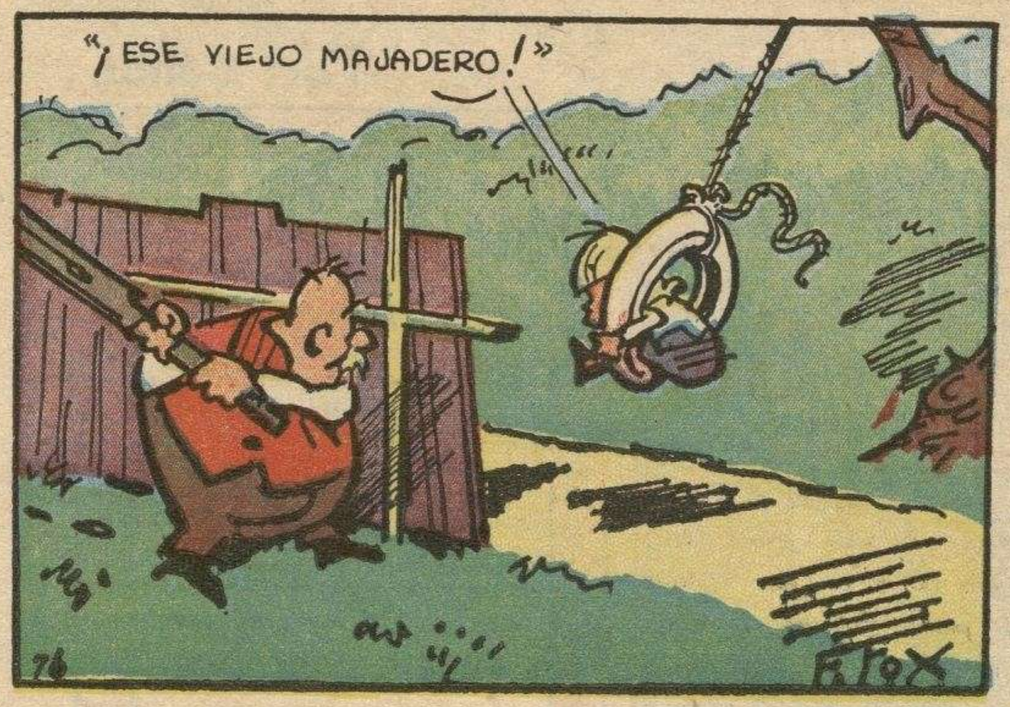
Por Schus





M.E.C.D. 2016

EL LOCOCARRIL
POR FONTAINE FOX



M.E.C.D. 2016

La Fontaine

Ilustración de Gustavo Doré para la fábula de La Fontaine «El lobo disfrazado de pastor».

LA FONTAINE OTRA VEZ EN BOGA

NO está próximo a desaparecer de Francia el culto a La Fontaine, el fabulista siempre joven. Acaban de publicarse, con pocas semanas de intervalo, dos obras en las que se honra de nuevo—y magníficamente—al autor de las «Fables». La primera, de M. August Bailly, se titula «La Fontaine». Es una biografía exacta del hombre y de su obra en forma de narración, con numerosas citas, muchas de las cuales están sacadas de los «Contes» y de las comedias, menos conocidos que las «Fables». Seguramente no hay mejor guía para quienes deseen conocer la carrera de La Fontaine en su verdad histórica y psicológica. Pero no hay que olvidar que a esta «realidad» acompañaba la leyenda, aún en vida de La Fontaine. No es fácil distinguir entre los dos elementos, pues parece que el «bonhomme», como se hacía llamar, gustaba de mantener su fama de soñador y de distraído. Sin duda la empleaba en el mundo como armadura protectora. M. Auguste Bailly nos da mucha pruebas de que no era incapaz de vigilar sus intereses y de adular hábilmente a los poderosos, incluso a Colbert, a quien tenía muchas razones para detestar. La Fontaine no fué torpe ni atolondrado. Su debilidad fué la de un vividor, sucesivamente ingenioso e indolente. Quizás se sienta que el hombre pierda al ser despojado de su fama de caprichoso. M. Auguste Bailly protesta, con razón, contra el dogma nacido de una agudeza de Mme. Cornuel. No, La Fontaine no es un fabulista que deja caer sus obras como las manzanas se desprenden de un manzano. Todas sus obras — «Clymene» «Psyché», «Les Contes» y las célebres «Fables» — demuestran que fué un escritor consciente de sus recursos y posibilidades que perfeccionaba con asiduo trabajo. Al terminar la lectura del libro de M. Auguste Bailly no se vacila en ensalzar en la Fontaine el más sutil artesano del verso francés. Pero, ¿puede considerársele, como propone M. Auguste Bailly, como el más grande poeta francés? Las contestaciones a estas preguntas son siempre subjetivas. Preferir Maurice Sceva a Ronsard o Baudelaire a Victir Hugo es, sobre todo, confesar afinidades personales. En el caso de La Fontaine puede sentirse cierta reserva. En sus obras no se encuentra en ninguna parte esa generosidad, ese idealismo — que se manifiestan precisamente, en formas distintas, en Ronsard, Baudelaire o Victor Hugo —, sentimientos que parecen ligados al genio de Francia.

M. Jean Giraudoux es tan admirativo como M. Bailly. Titula su obra: «Les cinq tentations de La Fontaine». Exalta en La Fontaine «un prodigio de desinterés, de despreocupación y de cortesía». Es un La Fontaine líricamente «idealizado». ¿Es falso el retrato? Lejos de nosotros esta idea. M. Jean Giraudoux, que es uno de los escritores más sutiles de la generación de la posguerra, nos presenta una «verdad poética», más que una exactitud literal. Su libro es la recopilación de las cinco conferencias que pronunció en la Société des Annales. Se reconocen sus propias preocupaciones Para justificar el título, M. Jean Giraudoux escribe: «Cinco pecados mortales se dan la mano para condenar el alma de La Fontaine, para impedirle llegar al rincón de Edén reconquistado en donde escribirá las «Fables». El autor de «Jérome Bardine» nos pinta, pues, a La Fontaine asaltado sucesivamente por la tentación de la vida burguesa, del libertinaje, de la literatura, del escepticismo y de la religión. Pero M. Jean Giraudoux tiene que indicar que hacia el fin de su vida La Fontaine fué invitado por Saint-Evremond a terminar sus días en Inglaterra, país de la libre naturaleza y del libre pensamiento. Hay una especie de pesar en esta parte de su obra pues el comentador parece creer que así se hubiera coronado más dignamente la carrera «de quien había reconquistado un rincón del Edén. Pero un biógrafo no puede deformar los hechos: La Fontaine se quedó en París y se convirtió dócilmente. M. Jean Giraudoux lo elogia por haber evitado los dos escollos del jansenismo y del libertinaje. Su malicia consiste en indicar que si La Fontaine se salvó de la impenitencia final, fué porque no se decidió a separarse de una amable parisiense, tocadora de clave. Volvemos así a la idea de que La Fontaine deshizo todas las tretas del destino gracias a la inconsciencia que sus contemporáneos le atribuían generalmente. Pero hay que poner cuidado. Cuando M. Giraudoux parece reforzar la leyenda, le da el golpe más peligroso: en su retrato de La Fontaine, esta inconsciencia no es más que el lado oscuro, vuelto hacia los espectadores, de la luminosa conciencia de un poeta. En otros términos: La Fontaine parece distraído porque se sume en la conquista de los elementos que servirán para su obra. Tiene razón M. Giraudoux en considerar esencial la permanencia de La Fontaine en casa de Fouquet. En el castillo de Vaux, La Fontaine, hasta entonces dividido entre su existencia realista de pequeño burgués y su existencia imaginaria, descubre repentinamente «un terreno intermediario que tiene la realidad de la primera y el brillo de la segunda y que se llama el mundo». Entonces tiene lugar su primer encuentro con los animales, que ya no considera como simples bestias, sino como «una raza tercera», que desarrolla su realismo familiar y su afición a las mitologías.

«Les cinq tentations de la Fontaine», de M. Jean Giraudoux, están llenas de fórmulas ingeniosas y penetrantes, de razonamientos brillantes y sugestivos. Sin embargo, las páginas esenciales — ya se trate de La Fontaine, ya de M. Giraudoux — son aquellas en que se realiza la alianza de un observador lúcido con un conjurador de magia. Tras de la observación propiamente dicha, M. Giraudoux deja ver que no ama al gran siglo, a Luis XIV y a la Francia del Rey Sol. Ve en La Fontaine un contemporáneo de Luis XV, caprichoso... y liberal. M. Jean Giraudoux recuerda que, bajo Luis XIV, hubo cuatro «traidores» a la ortodoxia de Versalles, que se atrevieron a decir la verdad sobre la realidad de las cosas al final del reinado: tres prosistas, Vauban, La Bruyere y Fénelon, y un poeta, La Fontaine, audaz, sonrientemente escandaloso en su perpetua denuncia de los malos, de los tontos, de los vanidosos, corriendo de una fábula a otra en persecución de la gran comedia, que era, en el fondo, una tragedia. ¡Malicioso «bonhomme»! Daba sus fábulas a los niños, que no aprecian la ironía, y eran lectura para personas mayores. Se ha acabado por advertirlo y La Fontaine ha cambiado de auditorio. Es lo que hace su inmortalidad.

M.E.C.D. 2016

MIENTRAS LA VIDA PASA

En Stratford-upon-Avon el día del aniversario del nacimiento de Shakespeare. A la cabeza del cortejo que visitó la tumba del bardo, el alcalde de dicho pueblo, acompañado de su esposa. En el centro de la fotografía aparecen Willy de Blanck y el primer secretario de la Legación de Cuba en Londres, señor Carlos Blanco.

SHAKESPEARE: EL MISTERIO DE SU VIDA Y DE SU GENIO.—¿SHAKESPEARE, BACON O STANLEY, SEXTO CONDE DE DERBY?—EN EL PUEBLO NATAL DE SHAKESPEARE.

Por Willy de Blanck

I

HABLAR de Shakespeare después de todo lo que sobre él se ha escrito —especialmente desde hace un siglo—es sencillamente una imposibilidad para un simple admirador suyo que, como Víctor Hugo, y sin duda con más derecho que Hugo, lo admira, en bloque, «como un bruto». He dicho con más derecho, porque de una personalidad como la del autor de «La leyenda de los siglos» hubiérase podido esperar mucho más que eso—como juicio—en su obra dedicada al bardo de Stratford-upon-Avon, que si algunas pocas páginas dignas de conservación contiene, no es sino un Hugo visto por Hugo, fundido en Shakespeare, o al través de Shakespeare visto por Hugo.

No es ya hora de decir, por ejemplo, que las piezas romanas de Shakespeare, «Julio César»—que, con tantos defectos, tantas bellezas esconde—, «Antonio y Cleopatra» y «Coriolano» son inferiores a «Hamlet», «Otelo», «Macbeth» y el «Rey Lear»; no es ya hora de decir que hay en la producción shakespiriana—esplendor, profundidad, gracia y diversión,—toda una gama que va de lo sublime y lo magnífico a lo bueno y hasta lo menos bueno; que cuando nos enfrenta él con la incertidumbre que el destino nos impone, la altura a que nos eleva y la belleza que nos hace sentir alcanzan límites extraordinarios. No es tampoco esta la hora de repetir que no fué él a veces tan sabio como lo creen sus adversarios o tan sabio como, en otras ocasiones, lo quisieran; ni de recordar que le atribuye él a unas naciones las características de otras; ni que hizo citar a Aristóteles por Héctor; ni que puso nombres de dioses romanos en bocas de druídas; ni que, sin exagerar, pueden achacársele mil gazapos; ni que falseó la historia, echándose en olvido, a un tiempo, que nadie ha hecho historia tan viva como él, desbordante de savia tanto sus personajes históricos, como los que a su alrededor creó; y, por último, que nada se le escapó de lo esencial de las pasiones, de los sentimientos humanos.

Shakespeare ha sido estudiado, examinado más que en detalle, y continúa siéndolo. Su obra es mina tan rica que en ella encuéntrase, sin cesar, material para incontables tésis.

Entre las últimas publicaciones a él dedicadas figuran dos volúmenes de Edgard I. Fripp, Shakespeare hombre y artista», y el «Shakespeare nuevamente descubierto», de Clara Longworth de Chambrun.

Del primero de esos volúmenes, revelador de una labor extraordinaria en la que se acumula tanto detalle que la figura del dramaturgo y poeta antójasenos, en fin de cuentas, algo borrosa, —a causa de tanto saber edificado sobre pocosa cosa—, puede decirse que completa a Chambers; dados los profundos conocimientos que de la época shakespiriana posee el autor, llega él—insisto—, a fuerza de estudiar a Shakespeare, de vivir en su compañía—y en esto da la mano a otros ardientes shakespirianos— a conclusiones demasiado afirmativas que, —no cabe dudas de ellos—, en ocasiones pudieran rebatirse en la misma forma en que él las elabora, Shakespeare en mano. Lo cual, dicho sea de pasada, no le roba mérito a su trabajo. Cuanto al volumen de la condesa de Chambrun, impónese colocarlo junto a los mejores que se han dedicado a Shakespeare; nos aporta nuevas pruebas de la cultura y sagacidad de la conocida publicista.

Si sobre la producción shakespiriana todo se ha dicho, en cambio sobre su personalidad mucho se a impreso y poco se a revelado; y, lo que es más curioso aún, poco puede decirse.

De cierto sábese que nació Shakespeare en 1564, ignorándose la fecha exacta, y que murió a los 52 años de edad. Seis meses después de su desaparición vino al mundo su sucesor: Moliére.

A los 23 o 24 años se da con Shakespeare en Londres, donde, después de ruda lucha, llega a abrirse paso como actor, como director de teatro y como dramaturgo, y donde logra realizar bastante buena fortuna. En 1597 adquiere él la mejor casa de Stratford, a la que, en 1602, agrega 107 acres de tierra. Casado con una mujer que cuenta ocho años más que él, se le sabe o dice feliz con ella.

Varios años antes de morir se instala Shakespeare definitivamente en su pueblo natal. De siete años antes de desaparecer data la primera edición completa de sus obras. En 1632 aparece la segunda, y un año después la tercera. En el siglo XVIII, cada diez años, más o menos, se publica una. Incontables son las ediciones dadas a luz posteriormente.

El testamento de Shakespeare es uno de los muy raros documentos que revelan su existencia. En sus sonetos, obra de la juventud se da, aquí y allí, con destellos de sus sentimientos. No existen cartas suyas, ni recuerdos sobre él de sus contemporáneos. Sábese que, moralmente, fué hombre sin reproche, y que fué guapo, físicamente, y sencillo, generoso, amable y agradable de carácter. «Dulce como el cisne de Avon», se dice de él todavía. El poeta Ben Johnson lo declaró honrado y franco. Fué él quien —si no recuerdo mal lo llamó **honey tongued.**

Sábese también que contó Shakespeare con buenos amigos entre los intelectuales de su época y que los condes de Southampton, Pembroké y Montgomery le demostraron constante afecto.

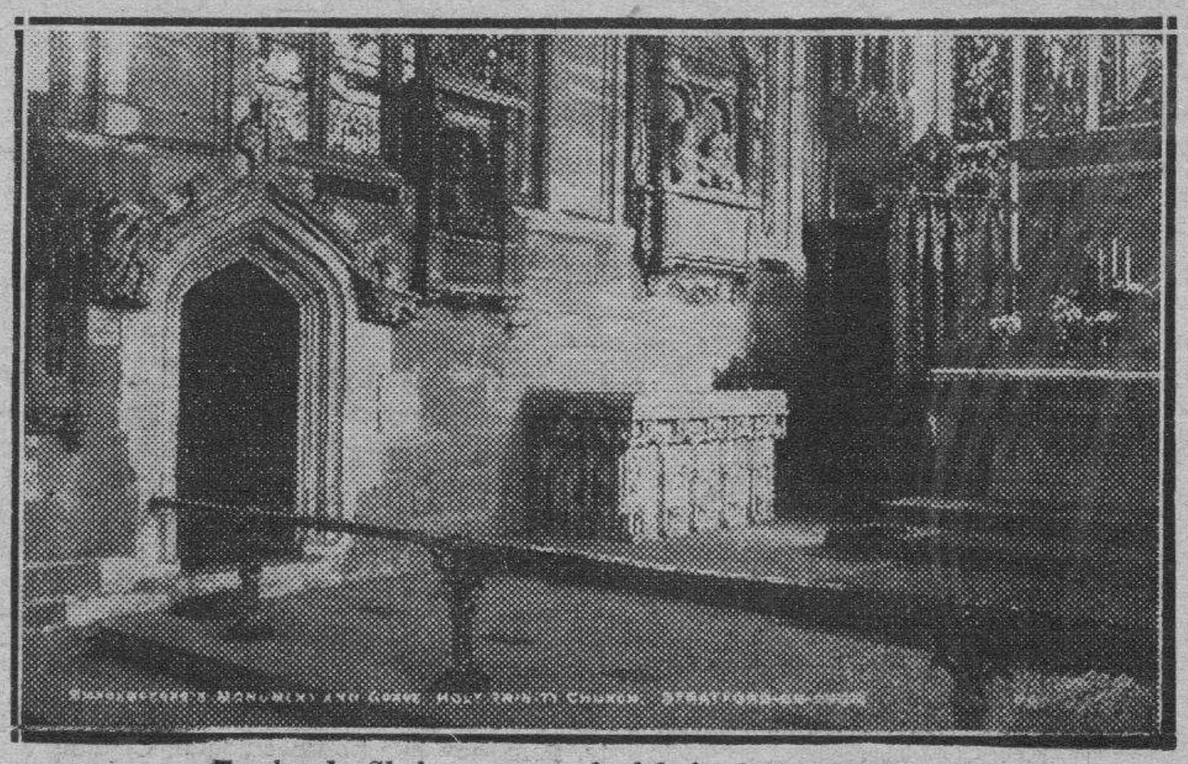
Poca cosa todo esto. Y, sin embargo, tan poca cosa ha bastado para poderse dar a la imprenta innumerables gruesos tomos biográficos consagrados a su existencia.

Veintiseis años después de su muerte comenzó en su patria la guerra civil que la dividió. Los **Roundheads** no le tenían simpatía alguna a su profesión; y no eran ellos los únicos que entonces así pensaban. Tres años antes de morir él, se quemó «El Globo», teatro en el que tan buena parte de su existencia se desarrolló. Un incendio destruyó igualmente su casa en Stratford y otro, en Londres, la de Johnson.

El fuego, como se ve, le fué hóstil. Condición o elemento de carácter bien shakespiriano. León Daudet afirma, sin embargo, que suceda lo que suceda en Inglaterra, lo mismo en lo delicioso que en lo terrible, siempre se da con Shakespeare. Todo amante del autor del «Mercader de Venecia» está obligado a saborear la deliciosa y profunda fantasía de Daudet titulada «El viaje de Shakespeare».

A propósito de Shakespeare quizás sea de interés anotar no una nueva tésis sobre su personalidad sino la conclusión a que un erudito, el capitán William Jaggard, (autor de una bibliografía shakespiriana a la que dedicó casi un cuarto de siglo) ha llegado.

Esta: Mientras se ha tratado de establecer que el autor de «Hamlet» fué maestro de escuela, cirujano, marino, etc., demuestra Jaggard que fué él impresor; llegando a precisar el tiempo durante el cual ejerció dicho oficio, es decir, durante los diez años que corrieron (1582-1592) entre su matrimonio y



Tumba de Shakespeare en la iglesia de la Trinidad, de Stratford-upon-Avon

M.E.C.D. 2016

su primera pieza; y menciona los nombres de las personas para las que trabajó: Denham, Richard Field y William Jaggard, cuyo nombre aparece en la primera edición in-folio de las obras del poeta.

Conclusión establecida por medio de más de quinientas citas de las obras de Shakespeare, reveladoras de tal conocimiento de la tipografía, que sólo podía poseerlo quien hubiere ejercido tal oficio.

II

El genio de Shakespeare, negado sobre todo por los que atribuyen sus creaciones a Bacon, continúa siendo combatido o negado, lo mismo en Inglaterra que fuera de ella.

Hace veinte años un profesor del Colegio de Francia, Albert Lefranc, en sus dos volúmenes titulados «Bajo la máscara de William Shakespeare», pretendió que las obras dramáticas representadas y publicadas bajo el nombre de Shakespeare no podían haber sido obra de un personaje sobre el que muy poca cosa cierta sábese, y con respecto al cual lo poco preciso que conócese no se armoniza con el genio necesario a la invención y redacción de las prodigiosas obras maestras que todos conocemos; y además, que el autor de las obras llamadas de Shakespeare, de acuerdo con hechos y concordancias con que se ha dado, lo fué un miembro de la aristocracia inglesa que quiso conservar el anonimato, o séase William Stanley, sexto conde de Derby (1561-1624).

Esta tésis ha sido acogida con calor dada la confianza y prestigio de que goza quien ha dado a luz conocidos y serios trabajos decisivos sobre Marot, Rabelais, Corneille, André Chénier y Gerardo de Nerval; verdadero Sherlock Holmes de las identificaciones literarias que tanta atención ha dedicado a un tiempo a las obras llamadas—según él—de Shakespeare.

Un publicista francés, Mathias Morhardt, en reciente libro titulado «Al encuentro de William Shakespeare», resume la tésis de Lefranc. Libro que lleva un prefacio del profesor, en el que se sita el debate shakespiriano sentándose que para identificar al verdadero autor de las obras de Shakespeare impónese conocer exactamente el medio histórico puesto en obra por el teatro de dicho autor, medio al cual debió la vida.

Para los anti-shakespirianos, el joven carnicero, el joven que cuidó caballos a la puerta del teatro, el actor de segundo orden que fué Shakespeare, no pudo haber leído todo lo que su obra representa de lecturas, de conocimientos. Al morir él no se descubrió un libro en su casa. Su testamento ninguna característica especial revela. Shakespeare practicó la usura. Nada revela su cultura, su grandeza de alma, su delicadeza, su genio. Fué él un analfabeto, afirma Morhardt. Su hija no sabía leer ni escribir, firmaba con una cruz.

Ben Jonson, —continuó citando al publicista acabado de mencionar—debió conocer sin duda el misterio shakespiriano. ¿Acaso no advirtió en la gran edición fundamental de las obras de Shakespeare (1623) que fuera de su obra todo era profundas tinieblas? La opinión pública, al comienzo del siglo XVII, no aceptaba al actor-autor como autor de sus obras. En 1601, habiendo fomentado el conde de Essex un complot contra la reina Isabel, hicieron representar los conjurados, en el «Globo», el «Ricardo II», obra en la que es destronado y condenado a muerte un monarca inglés. Uno de los conjurados que cubrió los gastos de la representación fué condenado a la horca. Desde 1598 hallábase impreso el nombre de Shakespeare en la edición de «Ricardo II». ¿Cómo es que la reina no persiguió a su autor. Probablemente porque sabía que no era él su autor.

En Stratford-upon-Avon el día del aniversario del nacimiento de Shakespeare: Banderas de los diversos países representados en Inglaterra.

La argumentación de Lefranc en contra de Shakespeare, la componen numerosos detalles o argumentos similares. Algunos dejan indiferentes al lector. En cambio todo lo que el profesor escribe en relación con «Penas de amor perdidas», revelando la concordancia de la intriga shakespiriana con la realidad histórica, en forma sorprendentemente documentada, no deja de impresionar. Tema este que Lefranc, además de tratarlo en su obra citada volvió a tocar el año pasado en la «Revue historique».

Si numerosos son los que niegan el genio de Shakespeare más numerosos son los que lo defienden. Estos, sencillos en sus conclusiones, achacan a la suerte la ausencia de documentación sobre el bardo de Stratford-upon-Avon.

Entre los defensores de Shakespeare —autor se destaca, excelente y razonable defensor, el actor Henry Irving, a quien débese un muy corto trabajo, «Shakespeare y Bacon», digno de atención. Como dice él, negar el genio de Shakespeare es condenar a los actores que con él trabajaron, es condenar a hombres como Burbage y Edward Alleyn, es condenar a toda una distinguida sociedad compuesta por hombres de diversos rangos, poetas y protectores, cortesanos y críticos; es tomar por tontos a hombres, entre los que se encuentran Jonson, Aubrey y Mere, los cuales, ¿cabe pensar que se dejaron engañar por el saltimbanqui llamado Shakespeare?

Figurando entre la masa anónima que admira y admite el genio del autor de «Falstaff», contentémosnos con saborear su genio y con admirarlo, mientras no se pongan de acuerdo sus detractores con respecto al nombre de la persona cuyos títulos él usurpa. ¡Qué menos!

III

En Londres ya casi no hay atmósfera shakespiriana aunque en pie están todavía cinco iglesias que sus ojos vieron.

En cambio en Stratford-upon-Avon se admiran las flores, los árboles que él admiró, y se respira la brisa de los campos que él también respiró. Allí vivió él su niñez, allí amó, allí se casó, allí se retiró para terminar sus días, y allí, en el lenguaje de los campesinos, hay ecos de su viejo inglés.

Desde hace unos años los alcaldes de Stratford-upon-Avon se han venido esforzando por hacer de dicho lugar algo así como lo que fué Bayreuth para Wagner y lo que ha venido siendo Salzburgo para Mozart. Garrick previó esto; merece la pena recordar que los habitantes de Stratford-upon-Avon se acordaron de su conciudadano y quisieron celebrar su genio, no se contentó él con poner a su servicio su papel de actor; les recomendó él que honrasen a Shakespeare pero al mismo tiempo que trasformaran uno de los más sucios lugares del mundo en uno de los más atrayentes y limpios. Su consejo fué escuchado. Hoy naturalmente, Stratford-upon-Avon es uno de los tantos pueblos ingleses de casitas pintorescas y de risueña y limpia fisonomía. Buena parte de sus habitantes asimilándose el espíritu shakespiriano, con entusiasmo dedica gran parte de sus ocios a ensayarse en el arte de la escena. Llegará quizás el día en que Stratford-upon-Avon podrá ofrecer al teatro de Shakespeare todos los actores que para todos sus papeles exige.

El festival shakespiriano anual se desarrolla hoy durante varios meses. De todas partes del mundo acuden a Stratford-upon-Avon turistas curiosos y amantes de Shakespeare. Su municipalidad ha construído un gran teatro moderno que, interiormente, tiene fisonomía de cinematógrafo y es muy cómodo, y, exteriormente, no dice mucho a la estética. Pero en él, excelentes compañías representan a Shakespeare con lujo que él pudo soñar pero jamás conoció. No conoció él ni siquiera la modesta discreción con que sus piezas son presentadas al público, en Londres, en el viejo «Old Vic», la sala clásica shakespiriana, más apreciada por muchos que las escenas donde impera el fausto.

Es de lamentarse que en Stratford-upon-Avon no se haya pensado en erigir junto al nuevo teatro uno que fuere exacta reproducción de aquéllos que el autor-actor interesaba, emocionaba y distraía al público con medios materiales de tal simpleza, y con pobreza tal que hoy día ni niños los admitirían para jugar al teatro. Y así se probaría con mayor fuerza aún lo que es el poder del genio.

El día del natalicio de Shakespeare los sucesivos alcaldes de Stratford-upon-Avon invitan al cuerpo diplomático acreditado en Londres a diversos actos relacionados con dicho aniversario. Este año, en el mes de abril, el día 23, aceptando la cordial invitación stratfordiana tome el tren en la estación de Paddington, a las 9.10 de la mañana, llegando a Stratford-upon-Avon a las 11.20, en compañía de colegas que prefirieron ese modo de locomoción al automóvil. Al desembarcar nos esperaban miembros de la municipalidad que nos condujeron a la alcaldía, donde saludamos a la primera autoridad del lugar y a su esposa. Poco antes de las doce, nos dirigimos al centro del pueblo, adornado con astas de banderas en las que aparecían los escudos de todas las naciones, colocándose cada jefe de misión o su sustituto al pie del asta dedicada a su patria. Al sonar las doce del día se escuchó un toque de trompetas, sonó un ligero cañonazo y entonces, tirando cada diplomático de una cuerda, se desplegaron las banderas mientras una banda entonó el **God save the King.**

Se formó entonces un cortejo y se procedió, la banda de música a la cabeza, seguida del alcalde y de su esposa, de los ediles y de los diplomáticos, acompañados de sus esposas, a visitar la casa donde nació Shakespeare. De ella se dirigió el cortejo, flores en mano, a la iglesia donde se encuentra la tumba del bardo; y a la una en un hall del teatro, ofreció la municipalidad un lunch a numerosos invitados, terminado el cual y después de escuchados varios interesantes discursos se visitaron en los alrededores las casas de la madre y de la mujer de Shakespeare, tomándose luego el té con el alcalde en el salón de la alcaldía. Una representación a las 8, del «Enrique VIII», dió fin a la amable **birthday celebration** y, en maletas los chaqués, los fracs, las chisteras y los trajes femeninos de noche, al día siguiente regresamos a Londres los diplomáticos.

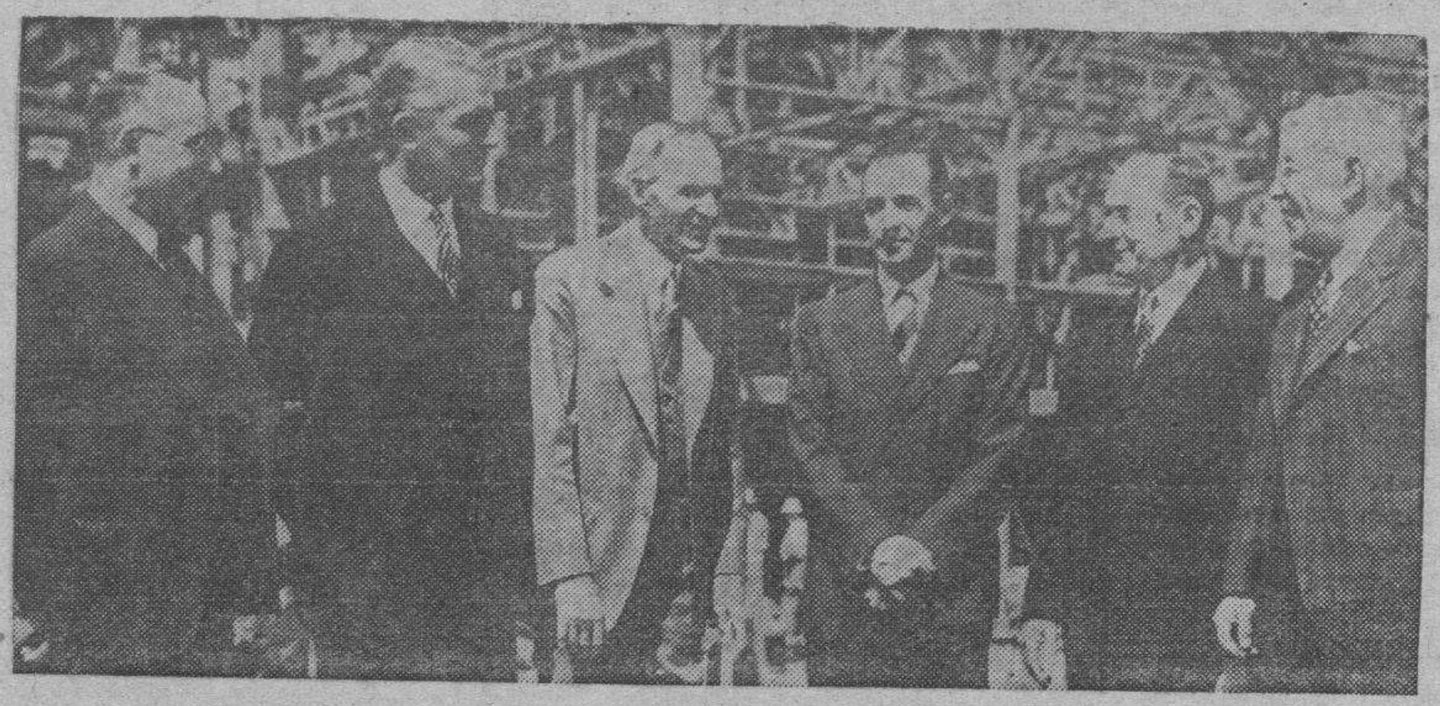
En el país de la clásica escapada de fin de semana al campo no puede, a mi juicio, gozarse mejor **week end** que el que Stratford-upon-Avano nos ofreció recientemente en dos días en que la primavera quiso, condescendiente, mostrarse generosa con los fieles de un gran dios de las letras.

Londres MCMXXXVIII.

Casa donde nació Shakespeare, en Stratford-upon-Avon

M.E.C.D. 2016

FORD, el optimista, actúa mientras los demás discuten sobre la crisis económica



Con motivo de cele se en Dearborn a diados de junio el aniversario de la nización de la Ford tor Co., Henry Ford só para esta foto con los jefes de la presa de esa época aún están con él más su hijo Edsel está a cargo de sus negocios.

LA VUELTA A LA TIERRA ES SU PANACEA, PERO NO LA VUELTA PASTORIL, SINO PARA MECANIZAR LA AGRICULTURA Y HUMANIZAR LA INDUSTRIA.—CUMPLIRA 75 AÑOS EL 30 DE JULIO Y ACABA DE CELEBRAR EL 35º ANIVERSARIO DE LA ORGANIZACION DE LA FORD MOTOR.—SIGUE ENEMIGO DE LA WALL STREET DESTRUCTORA Y DE LOS SINDICATOS OBREROS QUE, A SU ENTENDER, PRETENDIAN UNIRSE PARA DICTAR SU LEY AL PAIS DESDE UNA OFICINA DE NUEVA YORK.

HENRY FORD cumplió 75 años de edad el 30 de julio actual siendo siempre el más desconcertador de los norteamericanos pero el más típicamente norteamericano de todos ellos. Es individualista en cada célula de su huesuda corpulencia; mientras los más pesimistas comentarios ven la luz pública acerca del porvenir económico del país ya bien oscuro, Ford declara que no hay nada malo con el país o sus sistemas y asegura como lo dijo en una entrevista de los primeros días de junio: Vamos a tener la más grande era de prosperidad y felicidad que jamás conocimos... y esto vendrá por un movimiento de vuelta a la tierra».

Y como Ford es hombre de acción, actúa mientras los demás discuten. Acaba de inaugurar una planta para fabricar sus propios neumáticos, en que ha invertido en estos días en que nadie invierte, 37 milolnes de dólares. De la misma manera predica con el ejemplo «la vuelta a la tierra». Ha establecido en varias zonas del país fábricas en los campos, pequeñas aldeas semi industriales, semi agrarias, donde los trabajadores de las usinas son a la vez labradores que viven en pequeñas fincas que les dan habitación y los medios primarios de subsistencia.

En Dearorn celebró Ford a mediados de junio el 35 aniversario de la organización de la Ford Motor Company, como empresa por acciones; nunca salió una acción de su familia. Rechazó una vez una oferta de Wall Street que se dice que fué de 300 millones de dólares por todas sus fábricas.

Individualista y conservador en el sentido norteamericano de estos vocablos es enemigo de Wall Street y de las altas finanzas. Rechaza los sindicatos obreros también porque cree que no dan beneficio alguno a sus trabajadores. Una vez que le preguntaron si se opondría a que sus obreros se sindicalizaran respondió: «No, pero serían unos grandísimos tontos si lo hicieran». La idea de Ford es que sus trabajadores puedan obtener todas las ventajas que les dan los sindicatos negociando directamente con él y lo ha probado. El estableció la semana de cinco días años antes de que la legislación de Washington la requiriera; su salario mínimo ha sido siempre superior a los que logran los sindicatos.

Ford sostiene que el obrero que se incorpora a un sindicato lo único que hace es perder su libertad personal y contribuir de su salario al mantenimiento de una entidad que de nada le sirve. Fustiga a la vez a Wall Street y al C.I.O. al New Deal y a los políticos y financistas. Cree que su deber es impedir que el obrerismo se concentre en unas manos y las finanzas en otras; si eso ocurre «unos cuantos representantes de las finanzas y de los obreros sentados en Wall Street dictarán órdenes a la industria y a los consumidores».

Pero hace sus distingos. Con motivo de haber visitado a Piermont Morgan en su reciente visita a Nueva York, alguien le preguntó si había cambiado su actitud respecto de Wall Street. «No, respondió, hay dos Wall Street, una constructora y otra destructora. Mr. Morgan es mi amigo desde hace mucho tiempo y representa a la primera. El ayudó a financear a Edison que era también mi amigo. «Si se proyectara un foco de luz sobre 25 personas que manejan las finanzas del país, agregó, se tendría a la vista del mundo a los que están preparando la nueva guerra o por lo menos la desean».

No hay nada paradojal en esto de que el más grande industrial del mundo sea el que preconice la vuelta a la tierra. Mucho menos lo hay en que el que así hable sea un capitán de industria americano. Ese fué «el plan de los Estados Unidos». Así se formó el país y echó las bases de su grandeza.

«La industria, acaba de decir el fantástico industrial, no puede resolver sola nuestros problemas. La máquina no puede tampoco. Tiene que venir un movimiento de vuelta a la tierra. Tenemos que volver al viejo plan en que los hombres producían su propio alimento mientras las fábrica le da el dinero... Tenemos que terminar con esta esclavitud a la máquina. Tenemos que poner fin a esta creencia de que la máquina es la única fuente para ganarse la vida. La tierra es tanto o más hoy día la fuente propia de la vida. La máquina puede pagarnos; pero la tierra es la que tiene que alimentarnos. Esto lo sabiamos todos antes pero lo hemos olvidado. Debemos recordarlo y debemos usarlo...»

Mientras Ford recuerda a los americanos que todavía la tierra en tanta parte abandonada puede alimentarlos cuando su cartera esté vacía, la estadística anota que por primera vez en el siglo los dos últimos años han marcado un movimiento demográfico en el sentido que Ford indica. William Austin, director del Bureau de Estadística de Washington anunció a mediados de que un estudio practicado en tres mil fincas demostró que de cada nueve personas que trabajan en ellas una se había unido a esas fincas de la ciudad en los últimos cinco años.

La «vuelta a la tierra» de Ford no es la idea pastoril de otros predicadores. Para él se trata de coordinar la industria con la agricultura; hacer aquella poco agraria y ésta lo más industrializada posible y por ende mecanizada. Ford es el mismo devoto de la industria y de la máquina que en 1885 cuando tenía años, desarmó un motor extranjero de un cilindro movido a gas para estudiar sus posibilidades en la locomoción. Ese fué el comienzo de su genial labor de investigador científico y de organizador industrial. Lo que ha hecho de entonces es por demás conocido. Pero hoy Ford se destaca como «el filósofo de la práctica americana», el símbolo del pragmatismo con sentido humano.

No piensa retirarse de los negocios cuando cumpla sus 75 años. «Estaré aquí mientras pueda ser útil, dijo a quien le preguntó si iba a abandonar su vida activa, y estoy seguro de que podré ser útil mientras ande por aquí». Ford ha dedicado mas afan en los últimos años a la producción de los tractores baratos para la agricultura que todo el que dedica a la fabricación de automóviles. Ese es el vínculo de unión entre la industria y la agricultura; ahí sitúa él la posibilidad de terminar con la desocupación con los ciclos de prosperidad y depresión que están quebrando la estructura misma de la nación.

«A los que nos visitan aquí les mostramos todo, dijo. Lo que no podemos mostrarle y es lo más interesante es lo que estamos preparando para el mañana». Ford es dueño de una fábrica de aviones que está inactiva desde 19[illegible] ¿Razón? Parece que el mago de Dearborn espera algo realmente fundamental que ha de venir para hacer de esa industria y del avión lo que él cree debe ser para la humanidad. A un reporter que fué a verlo en Dearbon hace una semana le observó enigmáticamente que podría muy bien encontrarse en el «helium» la solución para el avión. Hay mucho espacio vacío en los fusilajes y estructura entre del avión; si esos vacios se llenaran con «helium» se ayudaría al poder de elevación del aeroplano en forma que no es posible calcular y que puede hacerlo barato y seguro. Ford tiene una patente desde hace tres años par un motor horizontal de aeroplano que llena las alas de la máquina. Cree que tiene grandes posibilidades en el porvenir de la aeronáutica.

SE CASARON SIN AVISAR A NADIE

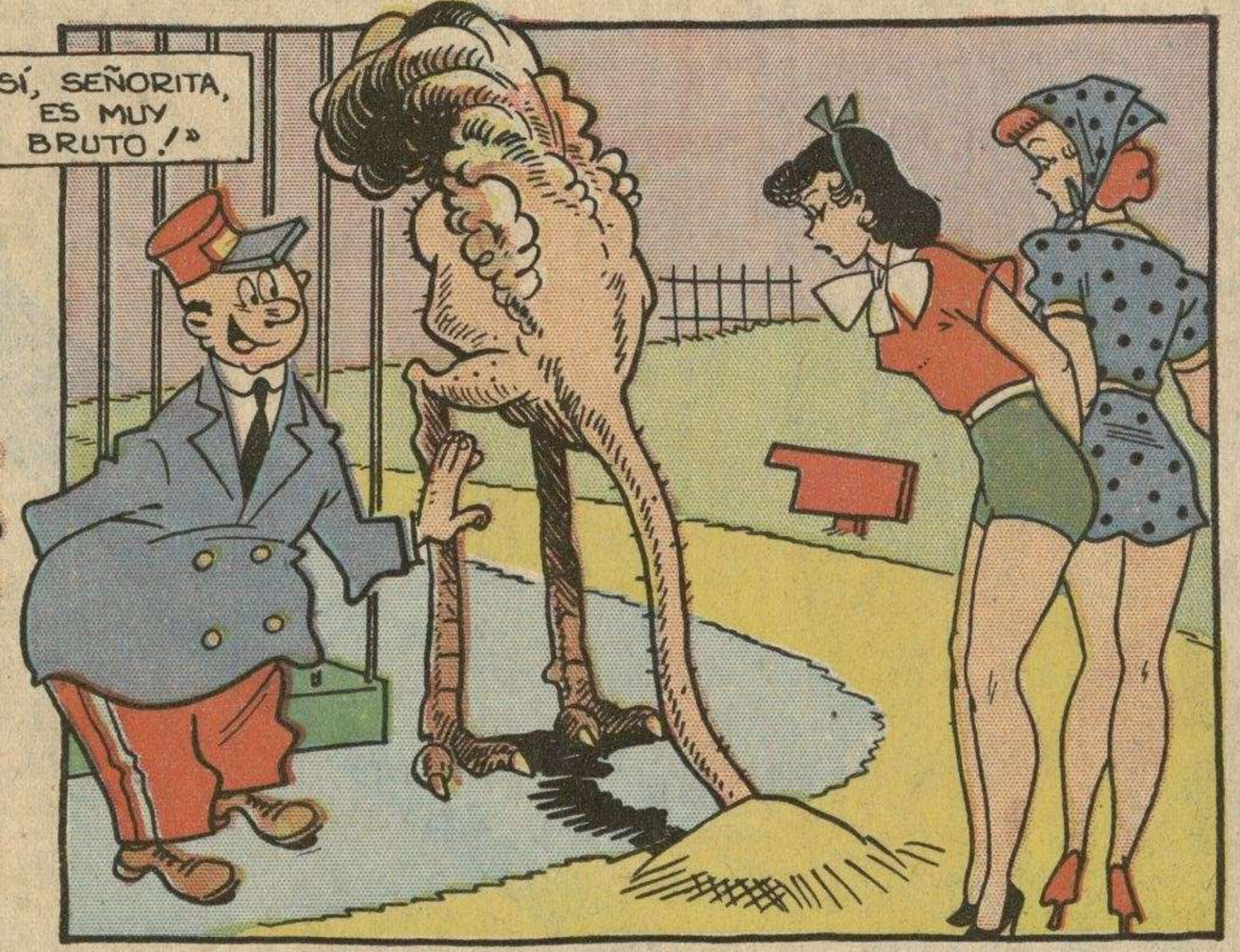
Alfredo Gwynne Vanderbilt, miembro de la prominente familia norteamericana, no le avisó a nadie cuando determinó casarse con Manuela Hudson, de Sands Point, Long Island. El novio es una figura muy conocida entre los «turfmen» de Norteamérica.—(Foto Acme-Editors Press).

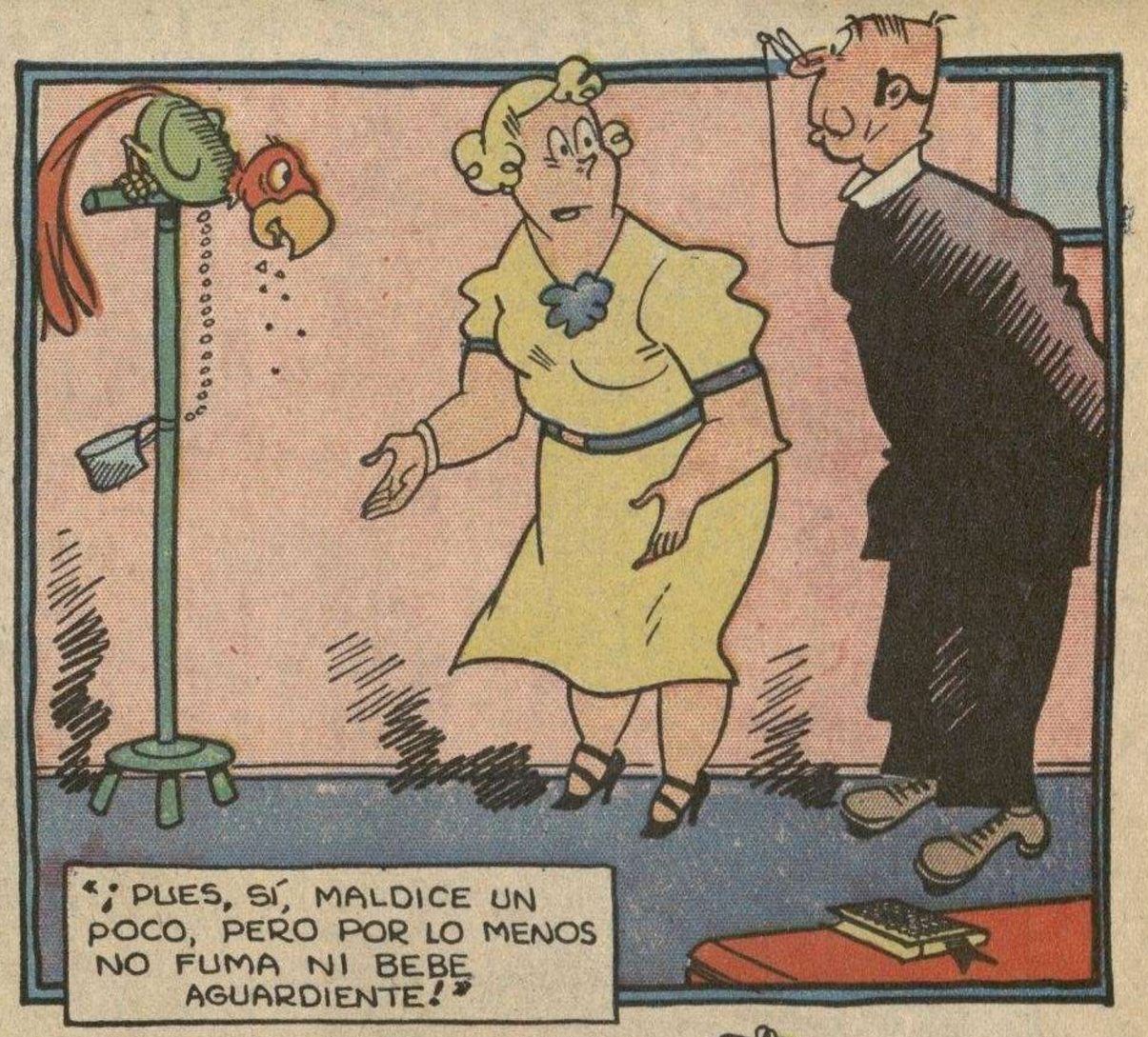
M.E.C.D. 2016

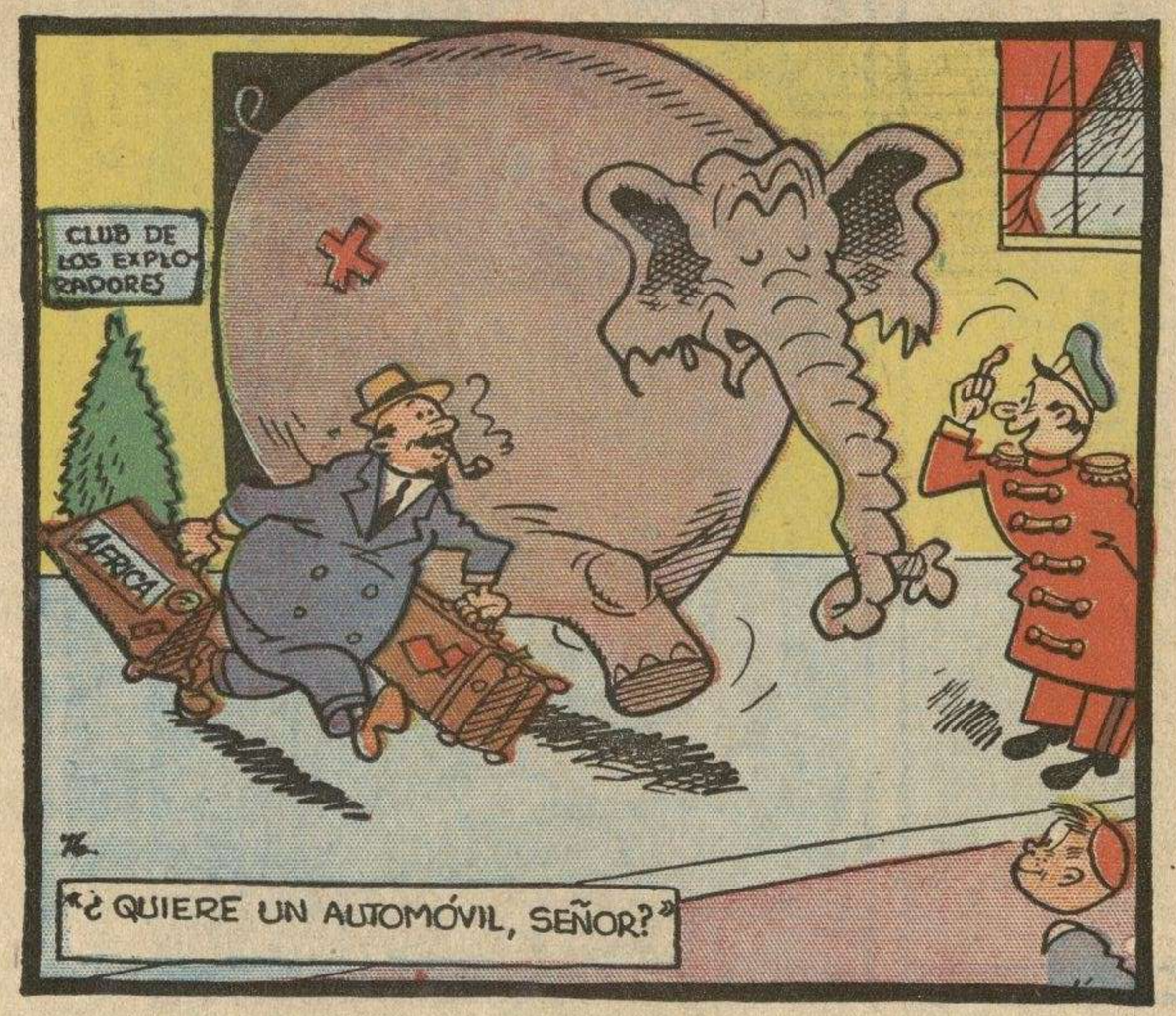
M.E.C.D. 2016

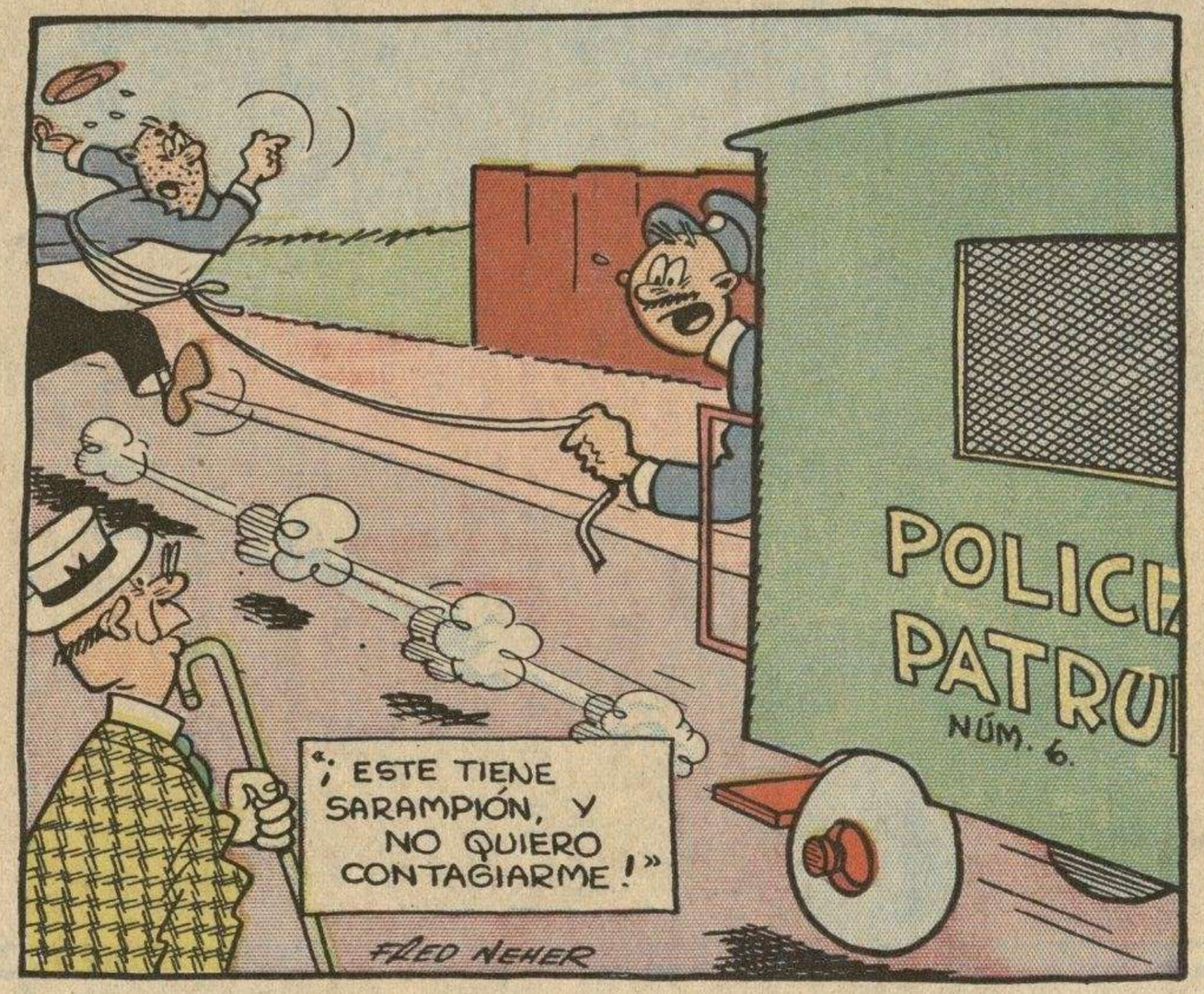
LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.









El **DENTOL** es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrese a usar diariamente el **DENTOL**, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes.

El **DENTOL** destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

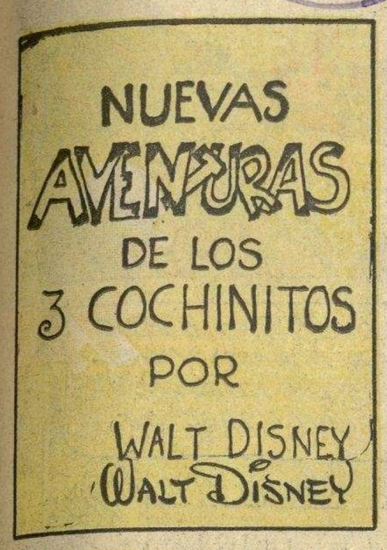
$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

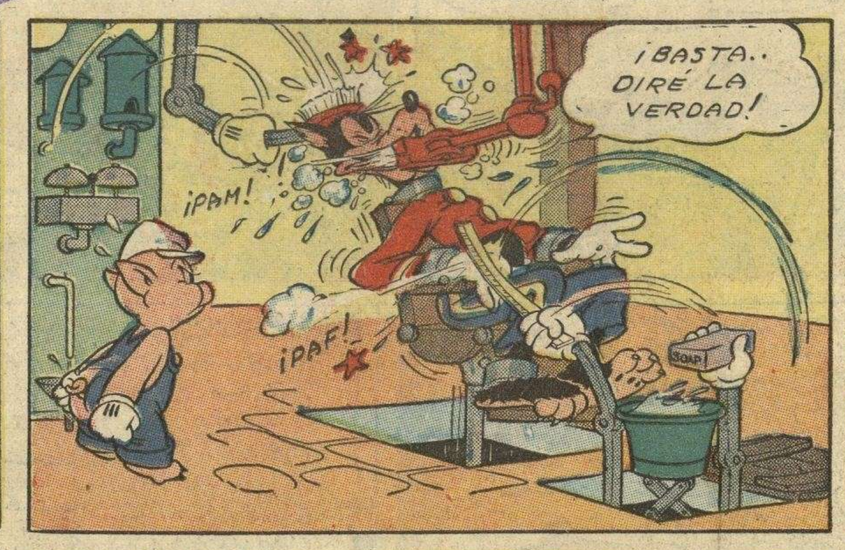
M.E.C.D. 2016

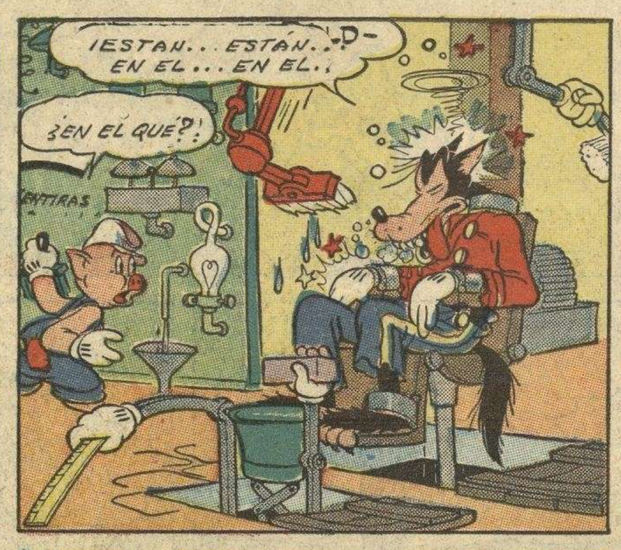
MINISTERIO DE ESTADO
SERVICIO NACIONAL DE PRENSA
HEMEROTECA

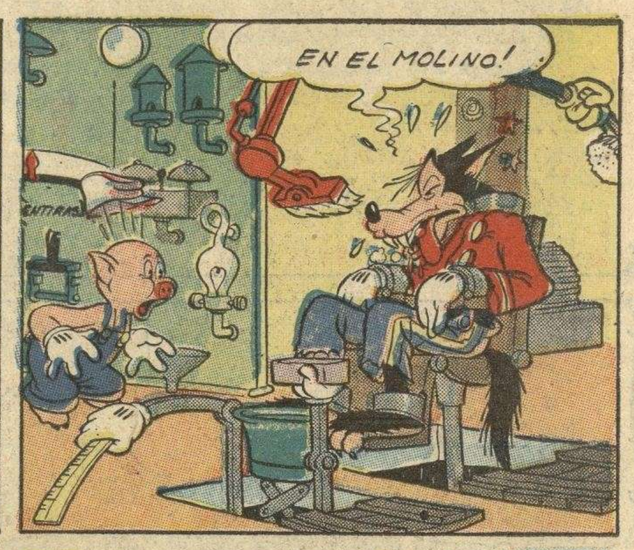
DIARIO DE LA MARINA

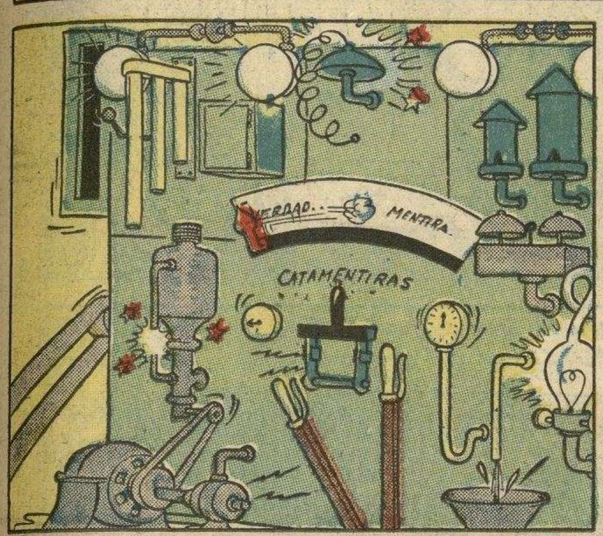
HABANA, DOMINGO 7 DE AGOSTO DE 1938

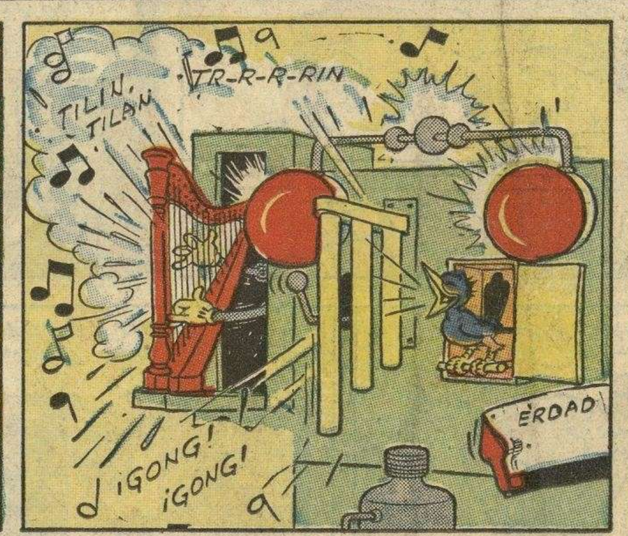


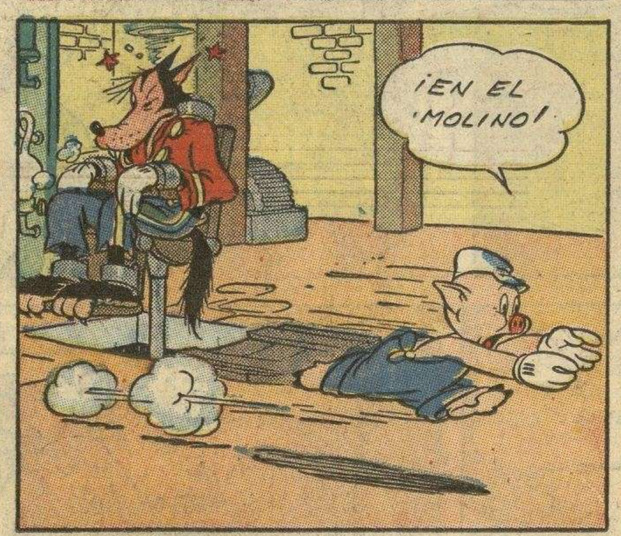


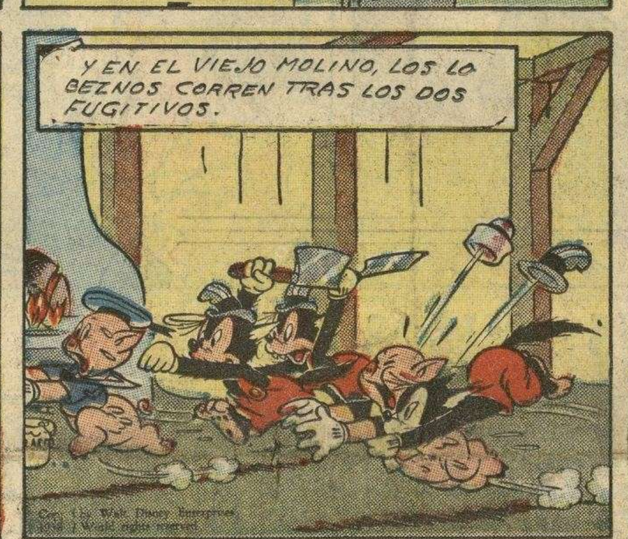


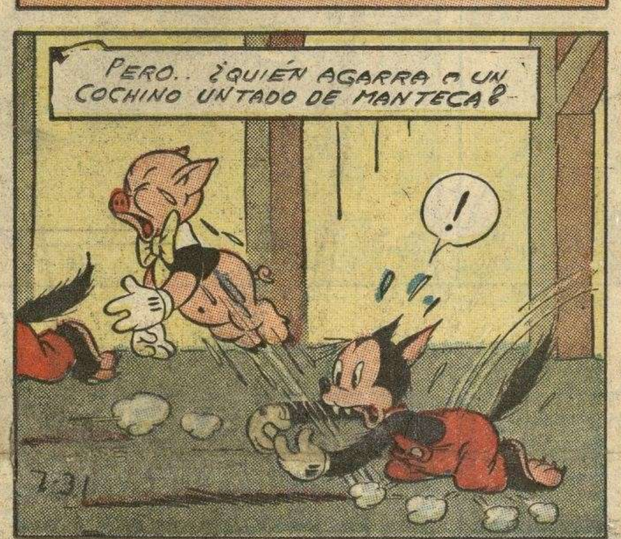






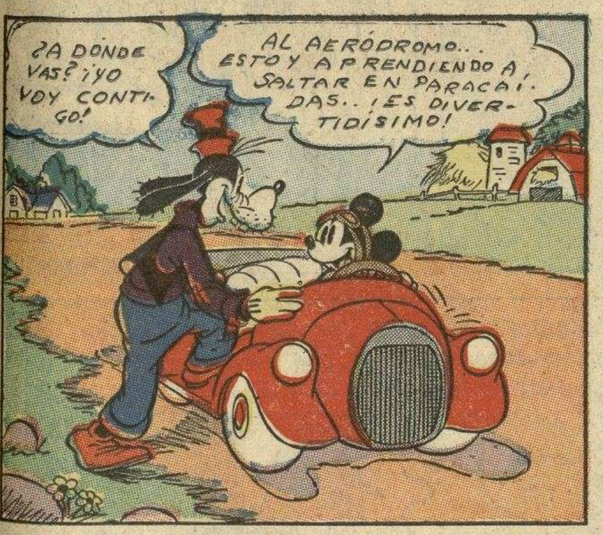


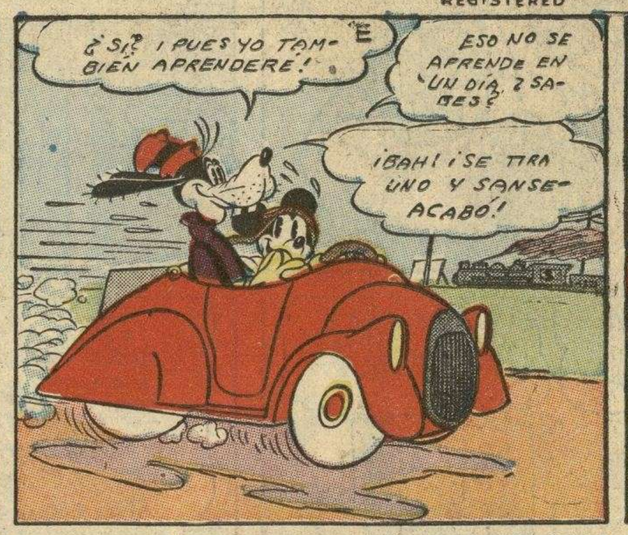


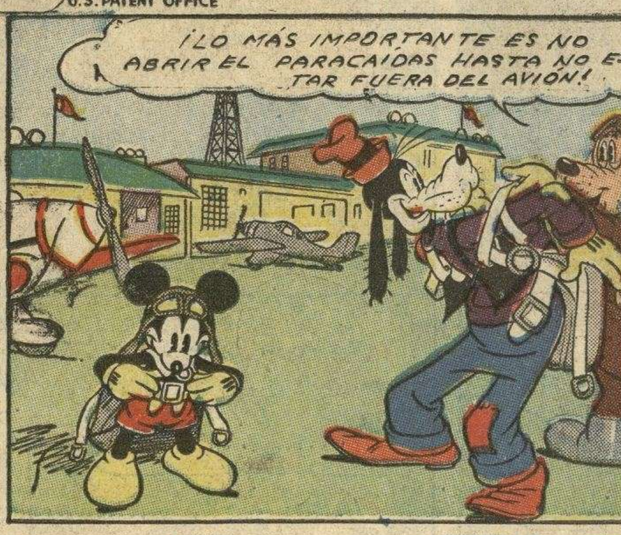


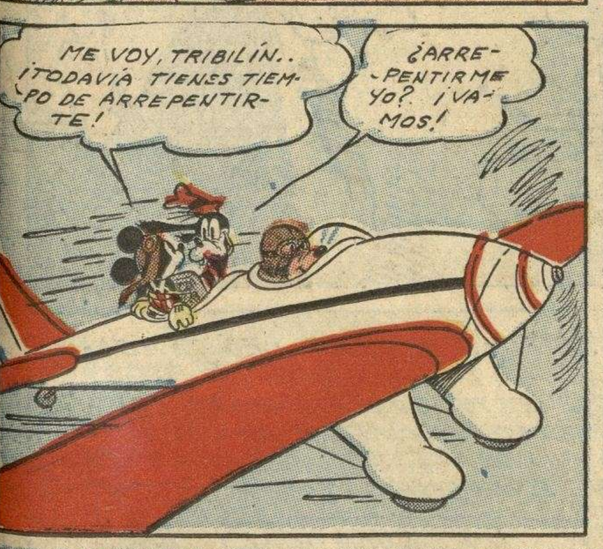
EL RATON MIGUELITO

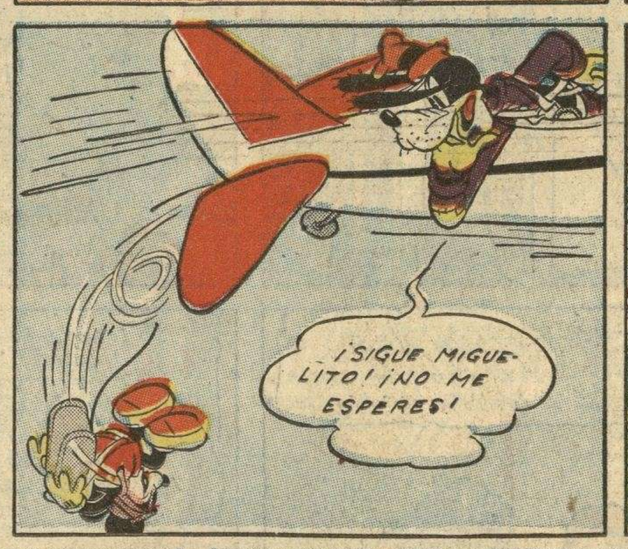
REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

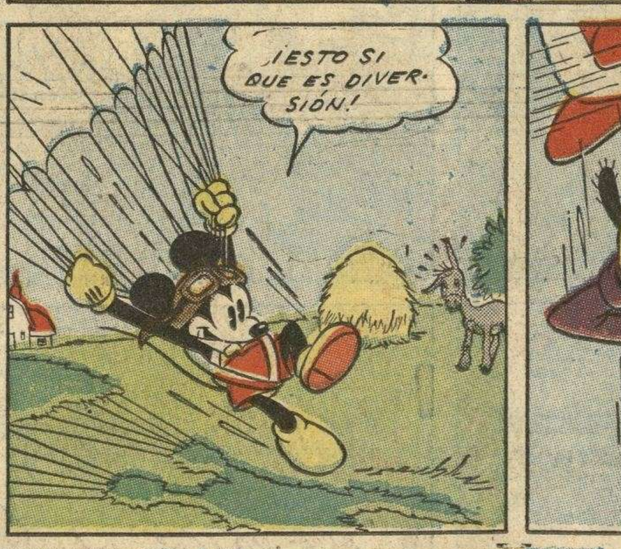


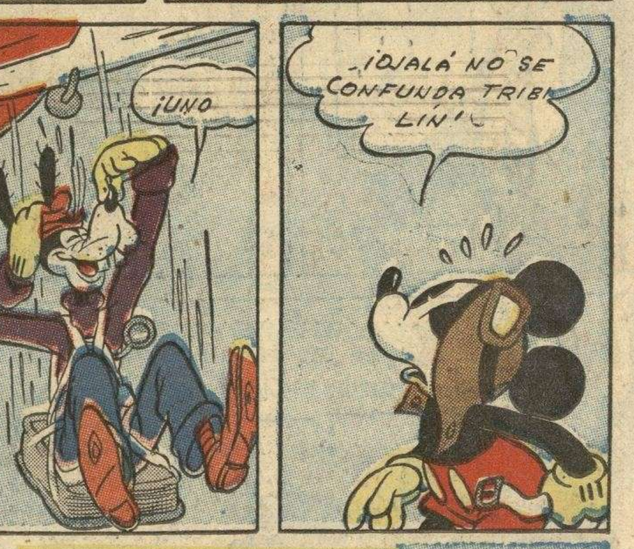


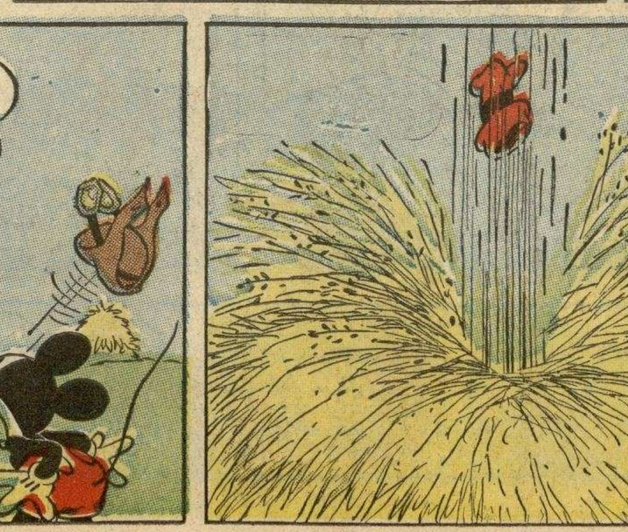


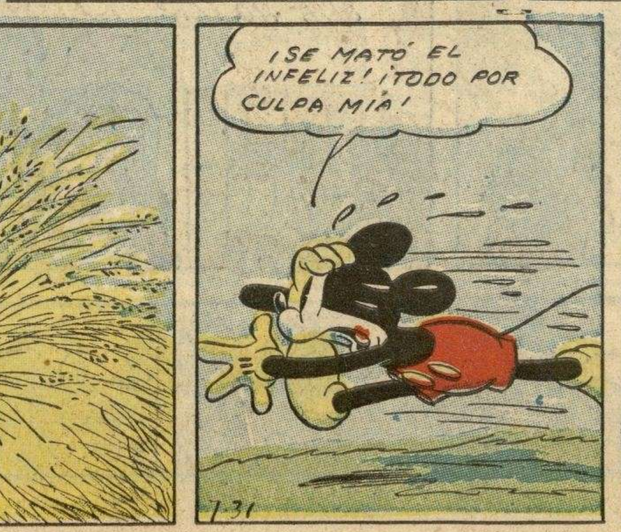


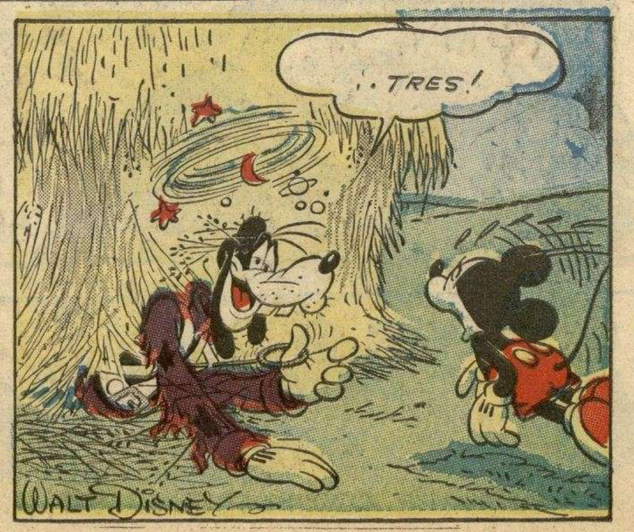












M.E.C.D. 2016

WONG-LO

POR

BRANDON WALSH

NUESTROS AMIGOS RECOGEN A DOS MARINEROS EN UNA ISLA DESIERTA. ESTOS LES CUENTAN QUE SU BARCO HA ENCALLADO EN OTRA ISLA DONDE SE HAN QUEDADO LOS DEMÁS TRIPULANTES; QUE ESTOS HAN DESCUBIERTO UN TESORO RIQUÍSIMO; PERO ESTÁN EN TRANCE DE MORIR DE HAMBRE, PUES SÓLO ENCUENTRAN MOLUSCOS. WONG Y TOMAS DECIDEN IR A SALVARLOS.

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh

MODESTO RIZOS

Registered U. S. Patent Office

¡EL MONO ME NOQUEÓ! ¡Y QUÉ PUÑETAZO!

¡CONQUE EL JEFE QUIERE QUE LO LIQUIDE!... BUENO, AUN DEBE ESTAR DORMIDO DONDE LO DEJÉ!

MODESTO, AL VER LLEGAR UNA FIGURA SINIESTRA, LE ASESTA UN DERECHAZO

...Y LEVANTANDOSE LO EMBISTE COMO UNA FIERA.

COBARDE EN EL FONDO, EL MONO SE DA A LA FUGA

¡MODESTO! ¿QUÉ TE PASA, HOMBRE?

¿VISTE A UN TIPO PATIBULARIO QUE SALIÓ CORRIENDO POR AQUÍ?

EN LA JEFATURA DE POLICIA

TIRÓ ESTE CUCHILLO, SARGENTO!

¡DESCRÍBAMELO, RIZOS, Y RADIARÉ UNA ORDEN PARA QUE LO PRENDAN!

MODESTO VUELVE A LA REDACCIÓN DE "EL CAÑON."

SIN DUDA QUE ESTA AGRESIÓN HA SIDO MOTIVADA POR NUESTRA INVESTIGACIÓN DE LOS "ACCIDENTES" EN LA PRESA DE SAN ELOY.

EL TIPO ESE FUÉ EL MISMO QUE NOQUEÓ AL SUPERINTENDENTE

¿QUIERE QUE ESCRIBA LA INFORMACIÓN, SEÑOR?

NO.: NOSOTROS LO HAREMOS, RIZOS. VÁYASE A CASA A DESCANSAR, PUES MAÑANA TENDRÁ UNA TAREA PELIGROSA

LYMAN YOUNG

CONTINUARÁ

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

Lyman Young

¡NO TE ENTREGAREMOS EL SACO DE ORO HASTA QUE NOS HAYAS CONDUCIDO AL ADUAR DE ABU TAYÍ!

¡BUENO! ¡ACOMPÁÑENME! ¡ABU TAYÍ ME AZOTÓ LA CARA! ¡AHORA ME VENGARÉ!

¡SI AUN VIVE EL SARGENTO, TENDREMOS QUE JUGARNOS EL TODO POR EL TODO PARA RESCATARLO!

¿NO CREES QUE ESTE NOS LLEVA A UNA TRAMPA?

NO, PEPE. ODIA DEMASIADO A SU JEFE.

AL SARGENTO GATES LO SACAN PARA CONDUCIRLO A PRESENCIA DEL PÉRFIDO ABU TAYÍ.

¿CONQUE ME VAN A LLEVAR AL INTERIOR, ABU TAYÍ?

¡SÍ... A UN LUGAR DONDE ESTARÁ MAS TRANQUILO, SARGENTO!

¡HUM! ¡PARECE UNA FORTALEZA ABANDONADA DE LA LEGION EXTRANJERA!

¡COMO LE DIJE, AQUÍ ESTARÁ MÁS TRANQUILO!

¿POR QUÉ NO QUIERE REVELARME SU OBJETO EN MANTENERME PRISIONERO?

¡ESTOY SEGURO DE HABER OIDO RUIDO DE GOLPES! ¿HABRÁ ALGUIEN EN LA CELDA CONTIGUA?

¡PERO DESDE AQUÍ NO VEO EL ADUAR!

YO TAMPOCO. A ESTE NO LE DAREMOS EL ORO HASTA...

¡QUIETOS! ¡TOMARÉ EL ORO, LOS CABALLOS Y LOS RIFLES DE USTEDES!

LYMAN YOUNG

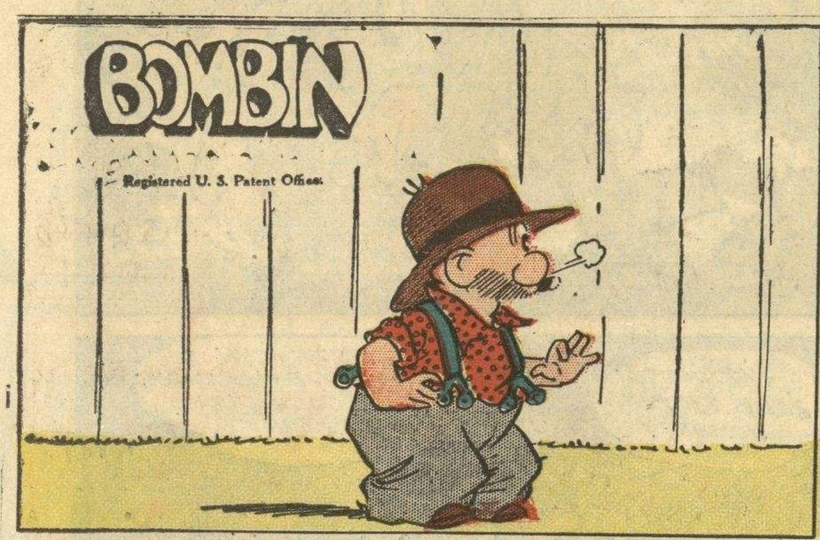
CONTINUARÁ

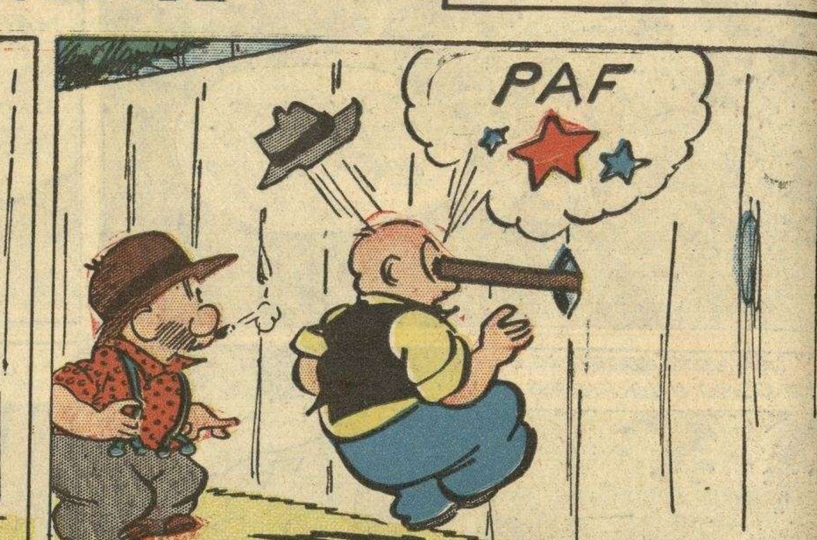
Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

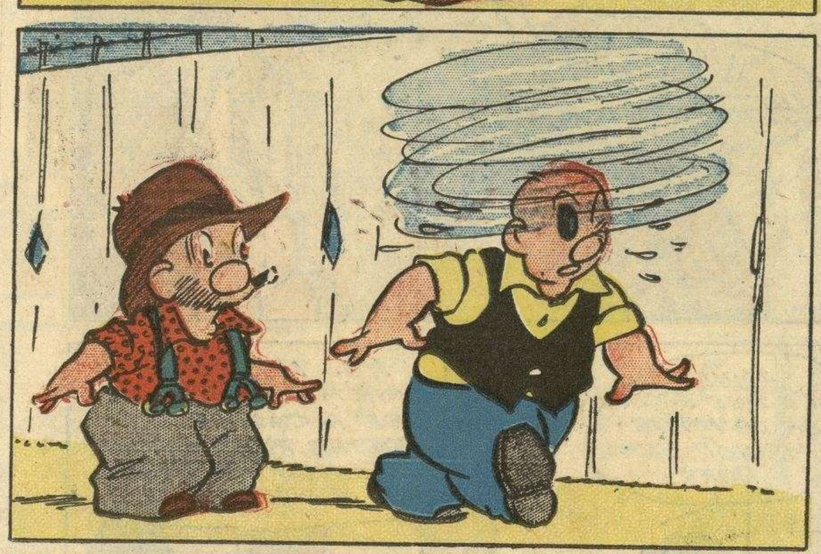
M.E.C.D. 2016

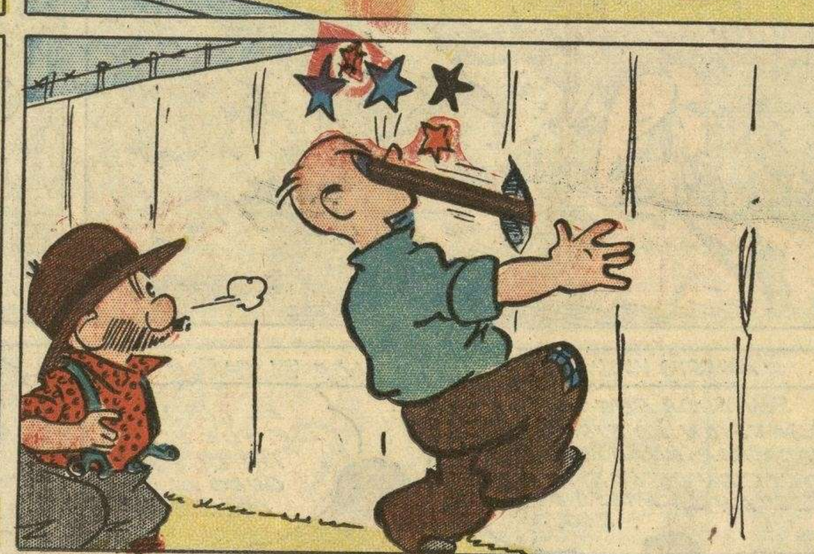
DIARIO DE LA MARINA

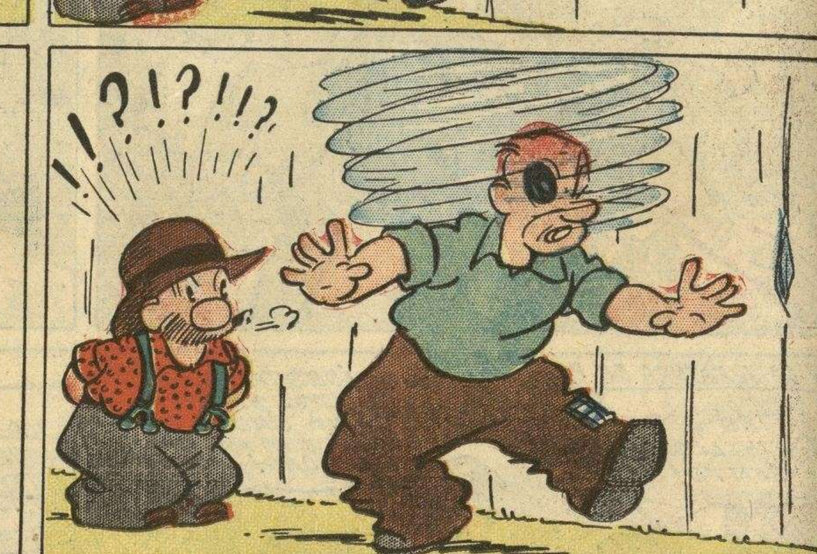
SUPLEMENTO CÓMICO

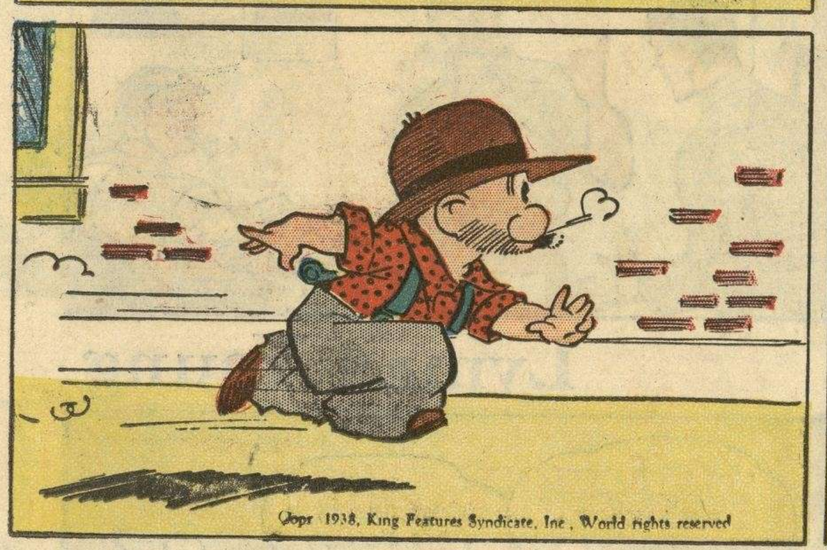


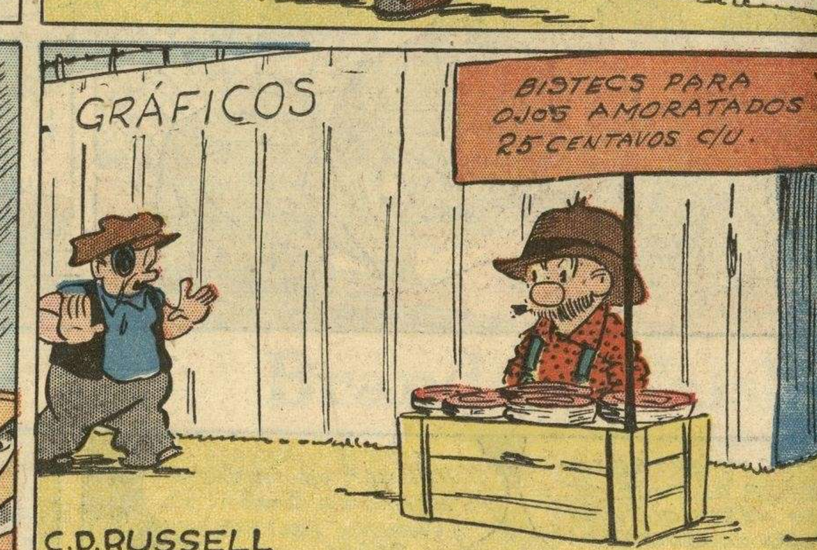






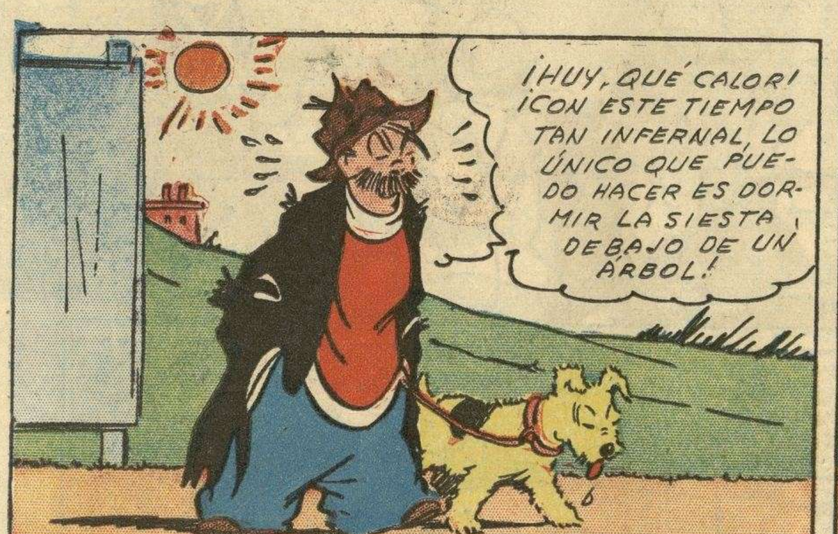


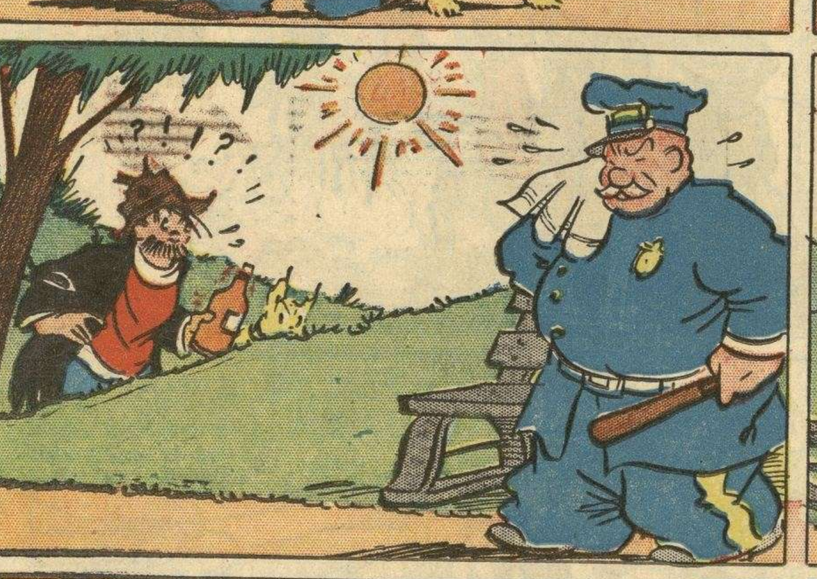


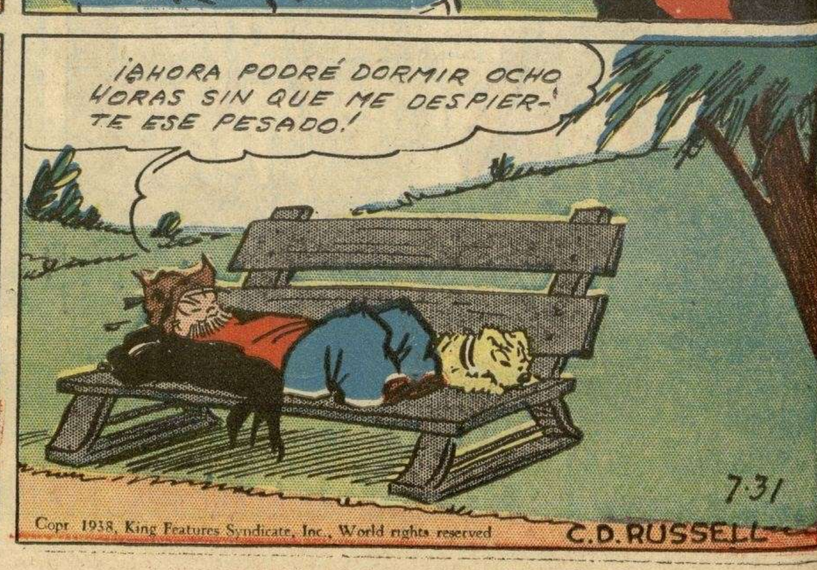


PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office







M.E.C.D. 2016